El Hogar



PINTADA PARA "EL HOGAR"

TENTACION

Por Donald Mackintosh

Jabón AROMAS DEL CAIRO

ESTE exquisito jabón para el tocador encierra los aromas embriagadores del Oriente fantástico y lejano. Por su originalidad es conocido de inmediato su perfume suave y evocativo, que persiste hasta que la pastilla se consume. De ahí que se le distinga con el nombre de JABÓN - EXTRACTO

Medias Holeproof

(Pronúnciese Jolpruf)

Famosas por su belleza y larga duración

LA fascinante belleza y duración increíble de las Medias de seda HOLEPROOF — expresión saliente de su insuperable calidad y perfección de hechura — es objeto de tanta satisfacción para las damas que las usan como de placer, pues con las Medias HOLEPROOF se realza el torneado artístico y gracioso de sus tobillos con ese toque de refinamiento que tanta admiración causa.

"HOLEPROOF" (a prueba de agujeros). Exíjalas con su marca. En todos los establecimientos del ramo. (También para hombres y niños.)

HOLEPROOF HOSIERY Co., Milwaukee, E. U. A.

Departamento de Exportación: 1107 Broadway, Nueva York, E. U. A.

Representante para Argentina y Uruguay: J. FERNANDEZ. Alsina 1328, Buenos Aires.



Do[illegible]los "HO[illegible]OF" más populares para Señoras son los Números 2200 liso y 2000 con cuchilla calada, de rica seda natural con refuerzos de hilo, costura disminuída y pie francés.

SUBSCRIPCIONES

EN LA CAPITAL

Año...........	$ 9.— %
Semestre......	» 5.— »
Trimestre.....	» 2.50 »
Núm. suelto...	» 0.20 »
» atrasado.	» 0.40 »

EN EL INTERIOR

Año...........	$ 18.60 %
Semestre.....	» 7.— »
Trimestre....	» 4.— »
Núm. suelto..	» 0.30 »
» atrasado	» 0.60 »

EN EL EXTERIOR

Año.........	$ 10.— oro
Semestre....	» 6.— »
Trimestre...	» 4.— »

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta, o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Dirección, Redacción y Administración RÍO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. Telef., 63, Almagro, 1120 y 1121 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES

A. DE MAYO 749, 5º p., U. T. 33, Av. 1472

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR

Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR

URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 727, Montevideo

ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York

PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXII — *Buenos Aires, Marzo 5 de 1926* — Núm. 855

Notas y Comentarios de Actualidad

El Domingo se Renueva el Congreso

El domingo, y en circunstancias que el país se encuentra completamente desilusionado de la rama legislativa del gobierno, vamos a tener elecciones de renovación parlamentaria. La palabra renovación, en contraste con la atonía del congreso, parece henchida de esperanzas. ¡Renovación!... Vamos a renovar un congreso que no trabaja; vamos a hacer un congreso laborioso. Pero, aunque lógicamente debiera tratarse de eso en una renovación legislativa y en un caso semejante, las elecciones del domingo sólo servirán para compulsar las fuerzas políticas que actuarán en la futura campaña presidencial; sólo serán un anticipo de esa otra elección. Mientras el país necesita a todo trance un congreso laborioso, no hay el menor indicio de que nadie se ocupe de eso. El entusiasmo cívico de los primeros tiempos de la ley Sáenz Peña ha caído hoy a un nivel muy bajo, y ahora tiene menos motivos que nunca para volver a levantarse. La democracia argentina atraviesa una ya larga crisis, y por ninguna parte se perciben síntomas de reacción. ¿Vamos a volver a los tiempos de la democracia nominal, o los partidos y el congreso acabarán por adquirir el sentimiento de su deber y la noción de su responsabilidad?

El Descanso Semanal en la Casa Rosada

Al terminar la semana de carnaval, que en la Casa Rosada empezó dos días antes que en la Avenida de Mayo, "La Prensa", comentando la afición de nuestros mandatarios a la holganza, contó nueve días de casi absoluta paralización en la Presidencia. Los negocios públicos y el trámite de los asuntos particulares estaban aguardando tiempos de mayor actividad. Los altos funcionarios de la administración nacional, decía contristado el colega, desde el primer magistrado al intendente metropolitano, han dado en abandonar sus despachos y buscar en playas o estancias restauración de fuerzas que nunca se les vió comprometer en el servicio público. Y hacía notar que después de la semana de carnaval debía venir la Semana Santa, después la de Mayo, y después la de Julio...

Ignoramos por qué "La Prensa" habrá dicho: "desde el primer magistrado al intendente metropolitano", colocando así tan atrás al intendente municipal en la serie de nuestros altos funcionarios. Esto sería una cuestión de etiqueta. El hecho es que, en efecto, en la Casa Rosada interpretan con espíritu demasiado amplio la expresión descanso semanal.

Crisis y Desocupación

"En este invierno tendremos de trescientos a cuatrocientos mil desocupados, según mis apreciaciones" — dice el ingeniero don Alejandro E. Bunge en "La Nación". — Y el artículo empieza así: "Se nota un malestar general; se vende poco y con dificultad; no se encuentra trabajo; las empresas industriales no prosperan." El autor entiende repetir con esto las expresiones corrientes; pero por su parte, cree que las cosas son más graves: "La actual crisis no es una crisis del comercio, sino una crisis del trabajo nacional." Y la crisis, en su opinión, puede adquirir proporciones mayores; puede sobrevenir en forma alarmante la desocupación, puede volver a bajar el cambio; y, en tal caso, el país sufriría un nuevo retroceso. Según el ingeniero Bunge, esto se remediaría mediante un enérgico proteccionismo. Dejando esta cuestión a cargo del señor Bunge y de sus enemigos los librecambistas, hagamos una observación en nombre de la olvidada agricultura. Para ella no hay sistema proteccionista que le permita armonizar los precios con los gastos. ¿Qué hace la agricultura, si mientras los granos bajan, sus gastos aumentan, por reflejo del encarecimiento general de las cosas? ¿Se paralizaría también la agricultura, cuyo progreso ya está casi detenido desde hace años? Y si así fuese, ¿a qué santo nos encomendaríamos?

¿Quedó Terminado el Raid?

Aunque no todos queríamos creerlo, nos aseguraban la semana pasada que el raid del "Plus Ultra" había terminado. Franco, como es muy comprensible en él, hubiera deseado volver a España por el aire. Pero el general Primo de Rivera alegaba razones técnicas para mantener la orden de suspensión. ¿Cuáles serían esas razones técnicas? Quizá las efusiones a que se verían expuestos los aviadores, y acaso una que otra garufa en las boîtes del camino. Al cabo de pocas etapas ya no se verían en estado de volar. Si estas eran las razones técnicas, no le faltaba razón a Primo de Rivera. Nosotros creíamos que lo más peligroso de la volación era el volar. Pero ahora hemos visto que cuando el raid mete ruido, lo más peligroso es el entusiasmo de las gentes. Palabra de honor, compasivo como somos, a nadie hemos compadecido tanto como a Franco, al verle sometido a las manifestaciones de simpatía de varios millones de admiradores y paisanos. ¡Pobre Franco!, pensábamos; lo van a dejar cómo un billete de un peso.

Un Pueblo Democrático

Como España es una monarquía, olvidamos a menudo que el pueblo español es eminentemente democrático, y que en los miembros de la nobleza española, y aun de la realeza, es muy común el echarla de popular. Pero el comandante Franco, tan cordial con todo el mundo, ha debido recordarnos cuál es el verdadero espíritu del pueblo español. Un señor comandante que por diversas circunstancias independientes de su raid, por su jerarquía militar, por su actuación en Marruecos, por sus altas vinculaciones en la corte de Madrid, por la espectabilidad que da a su familia el solo hecho de contar en ella dos militares de graduación y de figuración, bien hubiera podido incurrir en cierta tiesura y en cierta pedantería, pues eso es muy humano en los hombres que se encuentran en su caso, aun los ciudadanos de repúblicas democráticas. Pero nos encontramos con un hombre comprensivo, que ha sido tolerante hasta con caprichos infantiles de pesados admiradores. El pueblo español es de constitución espiritual democrática. Puede decirse que la democracia vino a América a bordo de las carabelas de Colón.

Los Conservadores de la Provincia

Se considera que el haber fracasado la candidatura a diputado de un distinguido miembro del Partido Conservador de la provincia, leader de la tendencia aristocrática, significa que en esa fracción política ha triunfado la tendencia democrática. ¿Tendencia democrática en un partido conservador?... Sin embargo, así como hay un liberalismo aristocrático, el liberalismo que cree que la historia la hacen los gobiernos, hay, en efecto, un conservatismo democrático. Entre nosotros, bajo la influencia de los caudillos de barrio y de pueblo, el conservatismo argentino evolucionaba ya muy rápidamente, antes de la ley Sáenz Peña, hacia el conservatismo democrático. Durante la administración Figueroa Alcorta, cuyos opositores más decididos fueron los elementos aristocráticos de la sociedad, dominó el conservatismo democrático. El cisma provincialista en la provincia de Buenos Aires fué un cisma democrático. La tendencia democrática, aun dentro del conservatismo, es inevitable en los países de inmigración, que por añadidura tienen una constitución democrática. El fracaso de la aludida candidatura pudiera muy bien tener, entonces, el sentido que se le atribuye.

¿Por qué Decrece la Edificación?

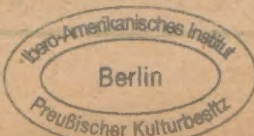
Se hace notar que el movimiento de edificación se ha detenido. Y preguntan la causa. Pueden ser varias, pero los impuestos que gravitan sobre la propiedad bastarían a explicarlo. Hace poco nos decía un señor: "Acabo de vender mi casa, porque tenía que pagar ciento treinta pesos mensuales de impuestos; en esta forma, no me tiene más cuenta ser propietario que inquilino." Aunque los optimistas crean otra cosa, no es posible elevar los alquileres más allá del límite extremo que permiten los sueldos y salarios de un país que debido a su atraso industrial no puede pagar el trabajo tan magníficamente como los Estados Unidos. A partir de cierto punto, los impuestos invaden ya el margen de la renta de la propiedad que es indispensable al fomento de la misma. Esos señores propietarios y esos señores constructores que en lugar de promover un enérgico movimiento contra los abusivos impuestos, sólo han pensado en exprimir al inquilino, han dejado que minaran por su base su negocio.

Los Niños sin Escuela de Santa Fe

¿Cuántos son los niños sin escuela de Santa Fe? Se dijo hace poco que setenta mil. Según el ministro de Instrucción Pública de la provincia no serían tantos, sino sólo cuarenta y tres mil. El ministro, al consignar esta cifra y compararla con la de años anteriores, parece muy satisfecho de la marcha general de la instrucción pública en Santa Fe. Ignoramos si la estadística del ministro no será algo optimista, pues no podemos olvidar las continuas advertencias de los corresponsales de nuestros grandes diarios sobre la cantidad de niños sin escuela. Pero, aun prescindiendo de esto, el ministro no tendría por qué estar tan satisfecho. Si la población escolar de Santa Fe se reduce a ciento ochenta y ocho mil niños, como dice el ministro, poca excusa tiene el que en una provincia tan rica haya cuarenta y tres mil niños sin escuela. Para una provincia de los recursos de Santa Fe, el dar escuela a un total de ciento ochenta y ocho mil niños, y aun a doscientos mil, no debiera parecer tarea que pusiese a contribución sus fuerzas. Si en las provincias como Buenos Aires y Santa Fe, cuya riqueza es acaso relativamente más grande que su población, hay todavía niños sin escuela, excepto que sea en los lugares donde la población esté muy diseminada, se debe tan sólo, a que sus gobernantes no afrontan los problemas de la instrucción pública con el mismo ánimo con que los afrontó Sarmiento.

La Crisis de la Inmigración

La prensa vuelve cada vez con mayor insistencia sobre el descenso de la curva inmigratoria. Inútil que los Estados Unidos entornen sus puertas y que pululen las masas de desocupados en otros países, pues estos hechos no favorecen al caudal de la corriente inmigratoria, dice "La Nación". Y de ahí deduce que el mal está en nosotros mismos. Somos nosotros que hemos perdido el gancho. Pero, ¿en qué consiste la enfermedad? He ahí lo que nadie quiere profundizar, porque afecta los intereses de las dos clases más poderosas del país: en primer lugar, la clase burocrática, y luego, la clase propietaria, que, aunque distanciada, la sigue en importancia. Mientras la producción nacional ha permanecido más bien estacionaria, los alquileres, los arrendamientos y los gastos públicos han experimentado un aumento extraordinario, que ha tenido sobre aquélla la desfavorable repercusión consiguiente. Si nuestros hombres de gobierno no se apresuran a dar máquina atrás, se va corriendo el riesgo de que las cosas no puedan resolverse sin una desvalorización de la moneda, que equipare su valor intrínseco a su valor adquisitivo; y esa solución, que sería traída por las fuerzas de las cosas, vendría acompañada del trastorno de intereses que es de imaginar, y nadie puede decir que no también de trastornos políticos, y aun sociales.



Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI

La policía de la provincia, mediante un hábil interrogatorio obligó a confesarse autor del robo al Bco. de la Provincia al sujeto Jua Pocaspilchas.

























La sonatina

Por

JOSE VICTORERO





EN el patio alegre y bullicioso, común escenario de media docena de familias, agrupábanse los hombres recién venidos del trabajo. Charlábase comentando los sucesos del día, y leíase, hociqueando, en las hojas vespertinas, el espiritual pan de cada día. Corría el mate a modo de aperitivo. El cigarrillo y el "toscano" formaban en el aire un palio negruzco irregular. Los chizos retozaban por las aceras, ahitos de esclavitud. En la calle, un modesto organito lloriqueaba un tango arcaico... En un ángulo, lánguidamente acurrucada en su sillón, María Ester, la pobre histérica, releía un libro de versos. Sus miembros flácidos y sus miradas tibias y vacilantes parecían presagiar un fin próximo.

—¡Les digo que no me comprenden! El trabajo es lo más noble, lo más puro... Si todos contribuyesen, el trabajo sería una cuestión "club". ¿Ustedes conocen algo más bello que el deber?

—Sí... Por eso usted no paga a nadie...

—Dígame —arguyó otro: —si tanto le gusta el "yugo", ¿por qué no trabaja usted?

—Permítame... ¡Hay casos! Yo... Le seré franco. Yo no trabajo "ahora" porque no tengo ganas de trabajar, y lo que se hace de mala gana no sale bien...

El que así hablaba era José Luis, un mozo típico mitad poeta, mitad perillán, cuyas originalidades valíanle un gran ascendiente en la casa. Su elocuencia estupenda permitíale, según los vecinos, vivir a expensas del prójimo. Empero, la realidad era otra. Precisamente, su talento dialéctico, aplicado a ciertas actividades comerciales, proporcionábale medios suficientes y honrados para evitar someterse a las tareas comunes. Sospechábalo el vecindario; pero él complacíase en urdir, con chascarrillos, constantes novelas acerca de su "modus vivendi". En aquella ocasión sostenía que su holganza debíase, únicamente, a su desacuerdo con la ley de jubilaciones. Habíase propuesto no acatarla, no contribuir a ella con un solo centavo. Y, para eso, no trabajaba...

José Luis era el único que animaba, hermoseándole con su nota de color, el aislamiento de María Ester. Adorábalo la pobre niña. Su carácter, su selecta cultura, contrastando con la rudeza de todos, y su predilección por ella, frente a la indiferencia común, llenaba de consuelo su almita enferma. Se la quería en el barrio; pero su intuición, avivada en la conciencia de su inutilidad, hacíala reconocerse un trasto, superfluo y gravoso. Y esto influía, tristemente, en su ánimo. José Luis obstinábase por desechar las sombrías ideas que adivinaba en el gesto de triste renunciación impreso en los labios de la joven. Ella, comprendiéndole, agradecía la dulce tenacidad, el noble engaño, pues no le atribuía otro móvil. Y la gratitud fuése transmutando en amor... Y él, que, en efecto, se había acercado a ella bajo un puro anhelo humano, concluyó por descubrir en su amiguita valores positivos, bellezas recónditas que el dolor iba explayando a la superficie, y cuyo conjunto incluía elementos bastantes para forjar la felicidad...

José Luis armonizaba, pues, los penosos ocios de la enferma refiriéndole anécdotas jocosas, invenciones suyas, y leyendas azules, remembranzas de su niñez. Ella, ignorante de otros afectos, de otras ideas, cuyo sentido no estuviese cifrado en el rabioso presente, entrevió una vida nueva, un nuevo aspecto de las cosas, embellecido aun más por la sensibilidad de sus nervios excitados. José Luis la inició en el goce de la lectura poética, en la comprensión y culto de lo bello por sobre los triviales menesteres cotidianos, los cuales, para mengua de la civilización, vienen siendo objetivo único y fatal del hombre del siglo...

Al aviso de la cena pronta, cada vecino retiróse a su tugurio.

—¿Cómo va, María Ester?

—Bien... Bien... ¡Si no tengo nada! Son aprensiones de mi gente...

—Eso creo yo; y no puede ser otra cosa... A lo sumo, achaques de niña mimada..., ¿verdad?

Ella sonrió dolorosamente. El mal neurótico llenaba de fantasmas su imaginación; fantasmas que, a veces, basta a desvanecer el solo influjo de una dosis de amor y otra de oxígeno...

—Le traigo un nuevo libro. Es decir, no nuevo en el tiempo, pero siempre nuevo en la substancia. Es de Rubén Darío. Creo que le va a gustar. Oiga...

—Lea, lea, José Luis... —rogó ella con amoroso acento.

Él, abriendo el libro, al azar, encontró la "Sonatina".

Los infantiles versos sonaron en el alma de la enferma como arrullos de ángeles; como añoranzas de épocas que, auténticas o no, constituyen la necesidad metafísica de la juventud, como la constituyó la religión para las sencillas almas de nuestros abuelos. María Ester escuchaba en éxtasis, coloreado su semblante, nimbada su alma de luz. La revelación de la Belleza íbala poseyendo por grados. Comprendía... En la aparente frivolidad del poemita reflejábase, para ella, el más rico de los valores humanos. A través de la bella descripción deducía el desdén de la dulce princesa por la prosaica vida de palacio; vida calculada, oropelesca, sensual, circunscripta dentro de los rígidos muros de la "jaula de mármol"... Allí, donde todo obedecía a un método de plomo, el pensamiento sucumbía de asfixia. Todo era presente, materialismo. El bufón, ex hombre, pirueteaba ante ella, como un oso. La dueña, burda e ignara, evocando quizá el borbollar de las ollas, el atrevido requiebro de algún mozo de cámara, tejía historias absurdas sólo por halagarla. Todo estaba al alcance de su mano; todo lo bello, todo lo grato de la corte. Y, sin embargo...

La princesa no ríe, la princesa no siente,
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión...

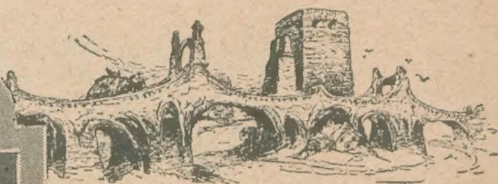
Malográbanse las flores, carentes de aire y de luz. Las joyas, sólo dignas cuando las guarnece el madrigal, desmerecían sobre las carnes mercenarias. Allí se trastrocaban todos los méritos. Pretendíase concentrar en el grave recinto palaciego cuanto de hermoso y sabio creó la Naturaleza. Porque cada palacio quiere ser una miniatura del mundo. Los primores de todos los climas: manjares, flores, joyas, tenían allí, en la mansión adusta, su representación. Y todo, arrancado a su medio, moría de pena o de hastío. Como la princesita que, abrumada de grosero artificio, sedienta de ideal, hubiese dado sus regios resplandores, su vida entera, por un beso de amor...

María Ester aplicó la alegoría a todo lo que la rodeaba. ¿Qué finalidad perseguían sus deudos, sus vecinos, su clase toda, en tan mentada lucha por la existencia? Vivir, vivir en el sentido grosero y cavernario. Procurarse la diaria ración; acallar las ansias del cuerpo, inextinguibles por exclusivas.

Cuando José Luis calló, María Ester esforzábase por evitar una lágrima. Pero no pudo; ni pudo reprimir un sollozo cuando él la hubo interrogado. La honda sugestión de la poesía, la soledad cómplice, y el mutuo amor, oculto hacía tiempo y exteriorizado en la súbita comunión de ideales, uniólos en un intenso abrazo. Entretanto, la sombra de Rubén sonreíales paternalmente, en las estrellas...



"...Lánguidamente acurrucada en su sillón, María Ester releía un libro de versos..."

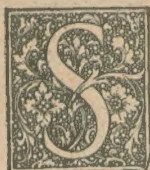


Los dueños de "La Ribera", el fecundo escritor don Francisco Soto y Calvo, y su esposa, la notable pintora doña María Obligado, en el hall del castillo, con los pianistas Lía Cimaglia y Leonidas Mastrostéfano, que dieron brillantes conciertos

Los días de "La Ribera"

Dos almas que se hermanan en el arte y en la vida

Por ERNESTO MARIO BARREDA



SOBRE las barrancas del Paraná, a poco de pasar la histórica "Vuelta de Obligado", aparece el primero de los castillos de familia. Es una mole blanca, de torrecillas esbeltas, cuya arquitectura ofrece una vaga mezcla del arte cristiano y oriental. Su aparición es fantástica y hace soñar al viajero...

Son el alma de ese castillo dos espíritus solitarios y fervientes: un poeta y una pintora; dos vidas consagradas por completo al arte y a la felicidad de sembrar el bien. Don Francisco Soto y Calvo, muy conocido por su vasta obra literaria, y doña María Obligado, cuya labor pictórica mereció los honores del Salón de París.

La belleza es sin duda un gran consuelo, aunque en ella vaya encerrada una chispa de dolor. Pero la bondad adquiere aspectos realmente fascinadores. De allí que aquel castillo tenga algo de encantado, y sus huéspedes sientan deslizarse en él los días con una dulzura de cristalina mansedumbre. Por eso "La Ribera" está siempre llena de gente. Sus barrancas sombreadas de olivos, sus viñedos cargados de fruto, su maravilloso parque poblado de pájaros, sus riachos, sus islas... ¿A quién no le seducen? Yo no saldría nunca de allí.

He visitado todo el castillo, desde su planta baja, con sus pajareras, donde el boyero en cautividad teje la larga media de su nido de briznas. He trepado por sus escaleras tortuosas hasta las almenas de las torres. Allí el viento aullaba como un loco, y entre las torrecillas huían volando las rapaces nocturnas. Todo un gran paisaje de colinas y bosquecillos se desplegaba alrededor, mientras el padre río, el Paraná caudaloso, serpeaba por la llanura baja, con la majestad lenta y sagrada de un río de la India.

La naturaleza es allí pródiga, pero el hombre la ha embellecido notablemente. Un parque donde broten el ciprés, el roble, las casuarinas, con otras cien variedades de árboles forestales, será siempre más colorido y seductor que los monótonos sauzales de un verde uniforme. Y los grandes montes de frutales y las avenidas de arces y los pinares sombríos, que la luz enrojece por dentro, como en un leve incendio rosado, se suceden y multiplican, ora sobre la tierra llana, entre las pantanosas islas, o bien subiendo de las gargantas obscuras como en un pavor tembloroso.

— ¿Y estos árboles?—converso con don Francisco Soto y Calvo, en un largo paseo.

— Todos los he plantado yo... — responde. — Hace ya más de treinta años... Me decían: "¿Para qué planta estos árboles tan finos? No le van a crecer..." También yo edifiqué el castillo, con cuatro albañiles de por aquí, cuatro negros del barrio...

Reímos.

Me señala entonces dos enormes palmeras, con grandes ramas que caen hasta el suelo, formando una tupida y fresca techumbre.

Las trajeron en macetas. Dos hombres no podrían abrazar ahora su tallo.

¡Tierra de una fecundidad maravillosa!

— Usted ha pasado muchos años en Francia, ¿no es así? — le interrogo.

— Es verdad — me contesta. — Fuimos con mi María y allí estudiamos largos años. Ella, dibujo y pintura, y yo, cuanto un hombre puede aprender dentro de una gran civilización... Pero, entremos, sentémonos, y después de oír un poco de música, charlaremos de todo aquello.

En aquel instante el gran salón del castillo se halla todo estremecido por la muerte de Isolda. Una joven concertista, la admirable Lía Cimaglia, pone en aquel trozo wagneriano ese ardiente soplo de tragedia que pasa por la música. Su cuerpo fino y nervioso se agiganta en el piano, arranca de sus notas el desolado grito de pasión y de muerte... Cristalina digitación; fuerza dramática. El sollozo musical se apaga por fin. Estallan los aplausos. Lía Cimaglia, lentamente, como agobiada todavía por aquel dolor, atraviesa la sala y se deja caer en un sofá.

Discurrir sobre cualquier forma de arte, es en "La Ribera" la más natural manera de esparcir el espíritu. En los pocos días que allí viví, me era frecuente ver reunidas a varias personas todas ellas empeñadas en un esfuerzo artístico. Una escribiendo, otra pintando, otra estudiando el piano, cuando no se entregaban a un rato de buena lectura o declamación.

Así, pues, reanudar con los dueños de casa una conversación sobre estos temas, me resultaba fácil y agradable. Doña María Obligado de Soto y Calvo, hermana, como se sabe, del poeta Rafael Obligado, es un alma llena de delicadeza, cultura y pasión por el arte. Su obra de pintora es amplia y compleja. Su gran cuadro titulado "La Yerra", aparte de su indiscutible valor pictórico, ofrece el no menos valioso aspecto de un documento tradicional. Aquella multitud está observada y estudiada de varias maneras, todas ellas típicas, llenas de color y animación. Una copia de esa tela irá a ocupar una sala en el museo de Dresden.

— Desde muchacha—me dice la señora, con expresión suave y amable, — he presenciado yo esas escenas sin moverme de aquí. La naturaleza no era entonces tan apacible como ahora. Las barrancas eran abruptas. Había manadas de potros salvajes. En esa isla que se halla allí enfrente, tan verde y tranquila, he visto yo a los jaguares retozando con sus crías.

Sonríe con aire evocativo. La señora María — como se le dice, — es aquí la madre de los pájaros, que cuida y observa, hasta haber llegado a crear una clave interpretativa de su lenguaje. Tiene hoy esa clave más de trescientas fórmulas. La señora María com-

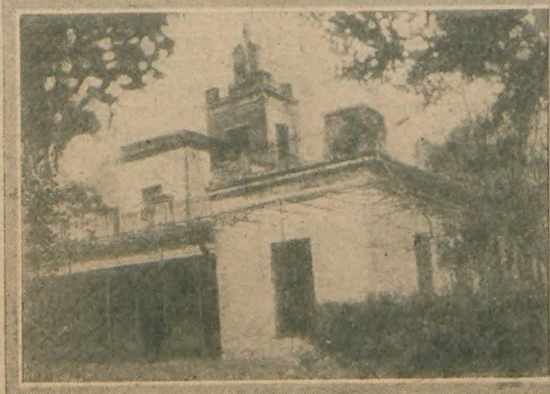
(Continúa en la pág. 64)



Mostrando uno de sus cuadros de costumbres campestres al periodista alemán K. Weigel, que escribe un libro sobre la Argentina



El castillo de "La Ribera", con su mole blanca, sorprende gratamente al viajero que surca el Paraná, al cruzar por la "Vuelta de Obligado"



La vieja casa de don Luis Obligado, donde nacieron María y Rafael, es hoy un grato lugar de recuerdos familiares





Tomás Allende Iragorri

POR HOHMANN

Allende Iragorri

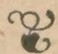
El poeta consagrado y desconocido

Un mundo de bellezas

Creado en el arrebato, la bohemia y el hambre

Por

EDMUNDO MONTAGNE





ERA la agonía del siglo de las luces.... de gas incandescente y eléctrica— agregaría el que llamó al XIX el siglo imbécil.

Moría, repetimos, el siglo en que nosotros, los del parnasillo, habíamos nacido. ¡Por lo mismo, un gran siglo!

El parnasillo aquel, con asiento en un rincón de café de barrio, ¿quiénes lo componían?

Espérense ustedes que hagamos memoria. Lo componían Leopoldo Durán, que, con el tiempo, demostraría su buen gusto dirigiendo "Ediciones Mínimas"; Ernesto Liendo, que, de Rocambole a Jean Lombard y Claude Farrère, viviría imaginando todas las aventuras, todas las épocas y todos los climas; Luis Romeo, histrión genial del discurso, iniciado con dos magistrales artículos en "Los Lunes de El Nacional" y callado luego hasta el día; Enrique Sánchez Aranda, poeta y guitarrista, actualmente más guitarrista que poeta, como lo demuestran sus menudeados conciertos radiotelefónicos y su ningún verso; Jorge Oliveró, que, amando por igual a todos los portentos del parnasillo, sería, en su modestia, el único portento: junto a su mujercita oiría alguno de sus veinte discos wagnerianos o estudiaría griego, para leer directamente a Homero; Alberto Tena, que hizo periodismo de modo evidente, ensayó la novela y falleció con pena de cuantos lo conocieron; Tomás Allende Iragorri, hoy poeta consagrado y desconocido, y éste que redacta la crónica.

Los recordados podían no ser siempre muy cordiales entre sí; pero siendo todos amigos míos, tocábame a mí mantenerlos unidos.

La unión duró un par de años. Mi libro inicial, "Frases rítmicas", traería el desbande.

Un día presenté a mis amigos los originales; leí el prólogo autocrítico, que los deslumbró; Tomás expresó que se imprimiría el libro por contribución monetaria de todos, y, transcurridos unos meses y no reunidos los pesos (¡los parnasistas eran más pobres que yo!), el de la ocurrencia editorial se echó encima, íntegro, el compromiso, y, sacando no sé hasta hoy de qué miliunanochesco tesoro, puso en mis virginales mano los trescientos pesos que exigía la imprenta.

De este modo, mi biografiado de hoy fué mi Mecenas. Y fué más: fué mi paladín. Enardecido por los efectos que produjo mi libro (elogios piramidales por un lado, silencios herméticos por otro, tumbadores insultos desde tal cual trinchera), inicióse en la pluma haciendo de ella una lanza, y salió a quijotear en pro del pobre huérfano que era mi libro. Sólo que en los palenques guerreros no hallaba entrada: se le denegaba por "exceso de lirismo". Lo dicho: por Quijote.

De entonces en adelante Tomás Allende Iragorri se trastornó, según el sentir de su familia. Hecho comerciante junto a sus hermanos mayores... ¡y qué comerciante, capaz de ganarse una ponchada de pesos en un periquete!;... juzgado en tal sentido un dios Mercurio por el autor de sus días, veían los suyos con espanto el afán inusitado del muchacho por los libros, los periódicos, las discusiones poéticas, los amigos, los muchos nuevos amigos ajenos a cosas de negocio...

En una palabra: los suyos presentían en Tomás una barbaridad. Y la cometió. Su juventud, maravillada de idealidad y soñadas emociones, pedía cancha. Su juventud era un potrillo embretado. Dió dos formidables patadas, rompió el brete y salió relinchando campo afuera... ¡Tan afuera, que fué a dar al Paraguay!... ¡El Paraguay, país paradisal, sin disputa, pero, por lo mismo, sin literatura!

Antes de darse por vencido, Tomás pasó a Montevideo. Allí conoció a los alborotadores de ese pago. Tenían que ser, forzosamente, los dos jóvenes de mayor volumen intelectual de la Coqueta del Plata, ya que creían en el talento del autor de "Frases rítmicas". Eran Roberto de las Carreras y Julio Herrera Reissig, quienes acaudillaban a los "de vanguardia" de entonces, a los colaboradores de "La Revista" y de los "Almanaques" de Picón Olaondo y Mallarino, desde aquel altillito amoblado con una mesita renga y dos sillas, el cual pasaría a la historia con el espectaculoso nombre de La Torre de los Panoramas.

Julio y Roberto, en tren belicoso contra la urbe plácida e indiferente, aumentaron los bríos de Tomás, que volvió a Buenos Aires, sí, pero para partir bien luego, rumbo a Europa. Esta vez no salía escapado. En el puerto estaba el padre entre los petimetres del parnasillo. ¡Y de veras que hacía contraste! Pero, a pesar de su terrible figura (grande talla, grandes barbas, gran garrote), nos hablaba conciliatoriamente:

—Yo también he tenido veinte años... Etcétera, etcétera.

¡Política pura! El viejo nos guardó inquina por mucho tiempo. Quien de verdad creía en Tomás era la madre. ¡Fe de la madre en el hijo, fe santa, aunque a veces equivocada! La de doña Flora, además de santa, era certera.

—¿Qué será de Tomás? ¿Tienes noticias de Tomás? —nos interrogábamos los del parnasillo, sin dar tiempo a que el vapor llegase a Europa.

Queríamos saber qué era del argonauta del ensueño, del más atrevido de los caballeros de nuestra dama común, doña Poesía.

Por fin llegan sus cartas, desde Barcelona. La ciudad condal, a orillas del gran mar grecolatino, tiene prendado a nuestro camarada. ¡Qué ciudad! ¡En ella sí que se respira arte por dondequiera! ¡Hasta el más humilde café de barrio tiene su cuarteto para el "Claro de luna", y la presencia numerosa de la mujer, da incesante aire de fiesta al animado ambiente de los parroquianos.

¡Exposiciones de cuadros y conciertos, día a día!

"En pintura dirigen el movimiento Casas, Rusiñol, Mir y Utrillo. La literatura está representada en castellano por Gener, Marquina... y basta de contar. En catalán valen Rusiñol, Apeles Mestres, Verdaguer, Guimerá y Maragall."

Así nos decía Tomás. Los catalanes nos llevaban la delantera en música y pintura. En ambas artes estaban a la última palabra. Pero no así en literatura. A él le tocaba hacer conocer en los grupos de café nuestros libros, que ignoraban: "Azul", "Prosas profanas", "Ritos", "Las montañas del oro", "Castalia bárbara", "Frases rítmicas", "Poemas helénicos"...

Marquina, desde la revista "Pell y Ploma", que dirigía el pintor Casas, se ocupa
ría de nuestras letras, "demostrando el valer de los americanos. Y esto dicho por él — proseguía Tomás, — que se ha impuesto a fuerza de puñetazos, sería de muy buen efecto".

"Tiene Marquina veintitrés años—agregaba,— y se gana la vida traduciendo del francés y el italiano; pero gracias a una férrea voluntad que le hace capaz de levantarse a las seis de la mañana, le queda tiempo para escribir todos los domingos un artículo notable sobre libros y autores."

Entretanto, si en los círculos intelectuales era nuestro camarada un "xicot de molt talent", era también el hombre "que roda", el hombre que ambula siempre.

Sencillamente, que Tomás Allende Iragorri andaba calles abajo, calles arriba, con un cartapacio debajo del brazo, repartiendo revistas para ganarse el sustento. Con el mismo impostergable fin, haría cosas mucho más sufridas, más penosas. Y el producto de esos afanes, empero, no le alcanzaría para vivir, y los únicos de sus colegas ante quienes no se rebajaría pidiéndoles ayuda (Morera y Miguel Utrillo) andaban igual o peor que él. Los "snobs", una calamidad de "snobs" platudos, eran, como son siempre los "snobs": vanidosos al punto de gastarse un dineral en convidadas muy ostensibles; pero, que si les fuera a pedir al día siguiente una peseta, para comer, le volvían a uno la espalda.

Habían transcurrido dos años, y entre las borracheras estéticas, que agotan a vibraciones, y los involuntarios ayunos, que enflaquecen a toda prisa, nuestro héroe se sintió presa de la anemia, próximo a la muerte.

¿Qué creerán que hacía yo, su favorecido, su agradecido, para remediar la situación extrema del amigo? Lo que menos... que robaba, que robaba santamente, a fin de enviarle lo necesario para que no se desvaneciera de pura y legítima hambre... Pues, ustedes yerran de medio a medio. Yo... ¡le mandaba consejos!

¡Allende Iragorri, mi Mecenas, mi paladín, agónico de anemia, recibía de mí... consejos!

Justificar esta ridícula y detestable actitud, sería describir un cuadro complejo y muy triste, cuya figura central era el poetita subterráneo y bilioso de las "Frases": cuadro que hacía "pendant", océano por medio, con el de Tomás.

Sin embargo, véase lo que son las cosas: mis consejos me parecían lógicos, humanísimos, naturales. En las calles de Barcelona, los caballeros de la Sociedad Futura (sociedad próxima inmediata en que todos comerán bien), ¿no se peleaban a garrotazo limpio?, ¿y no acontecía esto a pesar del presidio de Montjuich, siempre dispuesto a emparedar a los más bravos? Sí, era una ciudad de violencia aquella. Y eran violencias también las luchas de Tomás por la poesía y el arte de los nuevos.

Yo, en consecuencia, le escribía: "De hoy en adelante come como te lo pide tu cuerpo. Para eso no tienes más que presentarte allí donde haya qué comer y decir que tienes hambre y que tienes derecho a la vida. Y si en mala hora alguien quisiera anteponerse a semejante rotunda verdad, te apoderas de tu ración. Si no haces eso se te estropeará el estómago, no curarás de tu anemia y, por todo ello, no valdrás para maldita la cosa. Así, pues, voluntad, y ¡adelante! O si no, re-



La carátula del libro inicial de Allende Iragorri. Reproduce una escultura de Dresco, artista argentino. El libro apareció en Buenos Aires, en 1910



Segundo libro de Allende (Bs. As., 1913). En su tapa lleva la fotografía de una escultura de Boleslas Biegas, polaco



Tercer libro de versos de nuestro biografiado. (Bs. As., 1922). Boleslas Biegas también ofrece el tema de su cubierta. Este, como sus anteriores, es libro ya inhallable

gresa, y comerás en mi plato."

Aquellos dos años de bohemia barcelonesa fueron los más fecundos del poeta de "De todo corazón". La vida y el arte vividos a plena alma, aparecen hechos belleza en sus cartas de aquel tiempo y en dicho libro, dado a luz seis años después de concluído (Buenos Aires, 1910).

Los del último grupo a que perteneció Tomás Allende Iragorri, grupo el más apretado por más fiel al Ideal, caldeábanse a los bríos del "america".

Tuvo ese grupo un "Refugio". Tomás dice: "Lo hemos buscado de paz y labor, en barrio extremo, donde forma la ciudad un oasis de silencio. Una habitación que está al bajar del firmamento, como en alta rama un nido de ruiseñores austeros."

He aquí un momento de los refugiados: "Frente al piano, uno de mis amigos persigue la mariposa de una melodía empezada. El otro, que, meditativo, trabaja la tierra ajena de una traducción, afila las bocanadas de humo de su pipa, con toda la gravedad del que no tiene más tabaco. Y yo, que después de gran forcejeo acabo de entregar una imagen al ritmo verdugo de un alejandrino, me he sorprendido con el cerebro vacío y las manos en los bolsillos, mirando por los vidrios de la ventana.

"Un vaho de solicitud hace confortables las cosas que nos rodean. La mirada de mis ojos desvariados se afirma sobre un busto de Beethoven...

"Por la habitación próxima, alguien ha penetrado sin llamar, familiarmente. Un perfume de flores predilectas la anuncia. ¡Temo por tu encendida pipa, caviloso!"

No faltaban allí los instrumentos sonoros para José Coca o Pahissa, el maestro hoy triunfante; lápices y pinceles para Carlos Capdevila, caricaturista de sus compañeros y futuro gran actor; libros para el americano y quienes quisieran escucharlo...

Con lo hecho en aquella buhardilla, formó Allende Iragorri su libro inicial, rico en plasticidad, color y relieve como ninguno otro en lengua castellana, y esto no sólo cuando pinta, sino también en aquellas páginas en que parece primar la preocupación del estado de ánimo. Es sentimiento jugoso todo el libro: sentimiento que se revela en imágenes robustas, a veces como estorbándose entre sí por el tumulto de las emociones que las crea y empuja, dentro de una impuesta rigurosa concisión, sin aire pindárico, con carácter pictórico.

A veces, un tono y lenguaje de vieja conseja agregan a los poemas cierto encanto de lugarejo medioeval. El libreto de una zarzuela de época, "La Bernarda", que confeccionaba entonces Tomás para Morera, y que estrenada en Madrid metería ruido (pero no se estrenó), dió a nuestro poeta el gusto por lo añejo. Banchs haría en ese sentido, muy a su modo, "El cascabel del halcón".

El contenido del rubro "Versos de colores" es en "De todo corazón" como una galería de telas que el poeta dedica a Joaquín Mir. Componen la galería: 'Paisaje para porcelana", "Cartel", "Estampa de invierno", "Crepúsculo de otoño", "Gitana bailando" y "Bajo fondo". Debió poner en ella "La dama del antifaz"; que está en otra parte y es de un vigor extraordinario.

Otra sección, "Concierto", está dedicada a Jaime Pahissa. Componen el concierto las poesías que interpretan lo siguiente: "Improvisación", violín, Strauss; "Declaración", violín, Schumann; "Melodía galante", piano, Scarlatti; "Nocturno I", piano, Chopin; "La Golondrina", piano, Grieg; "La noche reveladora", violoncelo, Bach; "Andante", cuarteto, Beethoven; "Carnaval lúgubre", orquesta, Debussy.

Vinieron, después del de Allende Iragorri, otros conciertos en verso, firmados por gente famosa: ¡los más de ellos, qué fruslería al lado del que inició el género!, ¡la fruslería de la incomprensión y del gusto gárrulo y huero de hacer por hacer! No de balde, en cambio, Tomás es tenido por melómano: tan grande es su pasión por la música. "La música es lo último que me va quedando", suele decir a sus amigos.

Otras secciones hay en "De todo corazón": aquella que agrupa diversos momentos de la vida, y está ofrecida a mí; otra, un poema, "Interior", dedicado a Miguel Utrillo y compuesto de "Iniciación", "La huída", "La voz del hogar" y "La vuelta del peregrino": poesías de un maeterlinckismo superior para mí al de Maeterlinck. Basta leerlas para estremecerse con la emoción de lo misterioso, del mal agüero, de lo trágico escondido, fondo al fin de la vida; "Las mujeres del amor", sección con que agracia a Carlos Capdevila, y que contiene: "A la amorosa de los poetas germanos"; "Emilia, doncella pálida de mirar a la luna", "Carlota, la de labios en celo que nunca suspiraba", aquella cuyo "nombre era un frívolo perfume de violeta", "Sara, fuente de paso" y "La esposa infiel": toda la gama, pues la forman la ligera, la ideal, la fogosa, la extraviada... Y contiene por último "De todo corazón" las "Armonías del regreso"; cuadros de mar, cantos de arribo. En uno de éstos confiesa:

"Hay como un gran ensueño que va a morir con mi llegada a la orilla."

Sin duda sería así. No importa que dijera: "vuelvo, ni vencido ni vencedor". El anuncio se cumpliría: moriría el gran ensueño de vivir su juventud en el arte y para el arte. Moriría porque hallándose otra vez en su patria, el poeta se obligaba a ser comerciante, ya que existían compromisos que no se salvaban de otro modo. El hogar, que "tenía un sitio vacío",... ¡su sitio!... "como una piedra que falta en una joya amada"; el hogar, sentido por el poeta (véase la "Endereza" a la madre) con su corazón "ardoroso y sensual" y muy noble, no podría ser disfrutado por quien tan tesoneramente contribuiría a sostenerlo. Para esto último tenía que viajar lejos (Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba), a través de esos pueblos de colonización desperdigados en la llanura, que hoy son cuatro casuchas y a los diez años una ciudad. De tales viajes sacaría sus "Baúles y linyeras" y sus relatos de crápula en la humilde licencia: libros valiosos, muy "argentinos", que están inéditos.

Aparecería Tomás año tras año, en Buenos Aires. No sería ya el desconocido a fuerza de flaco que nos espantó a la llegada de Europa; pero le quedaría por un tiempo tal cual catalanismo, dicho en un castellano en que la "a" ha de ser forzosamente "e".

—¡Esto me empipe! (me empipa) —solía exclamar.

Sí: esto y lo otro y lo de más allá lo "empipaba", lo fastidiaba, lo reventaba. Nada extraño entonces que su nueva tanda de versos ("Como un grito en la noche: angustia cancionada". Buenos Aires, 1913), conocida por sus amigos, al ser impresa, hiciera contraste con la anterior, por hallarse en ella las imágenes en mínimo número y reducirse el ritmo a cierta monotonía... En comparación al primero, "Como un grito en la noche" es libro ceñido y gris, y lancinante y conmovedor, sin embargo, por la angustia qué aúlla en las tinieblas, a la "abandonada e inevitable desesperación". Libro contradictorio, como lo es el tercero, "Más allá de las lágrimas" (Buenos Aires, 1922): contradictorio, lógicamente, porque está compuesto de todas las aprensiones de un sensorio herido por las asperezas de la realidad exterior.

En ambos libros, hechos de estados de alma, ¡qué de contrastes entre el orgullo y la bondad, el amor a la vida sensual sentimental y el propósito de renunciamiento, el deseo de sentirse vivir en los demás y el abominar de eso como de una comedia vil, los terrores que cercan y la serenidad que llena..., aunque tiene en su hondo una sierpe venenosa, el alivio entre el vicio y la convicción de una posible virtud que se quiere sospechar naufragada...

Es Tomás en esos libros un niño colmado de los dones del Cielo, que él mismo destroza como juguetes de palo y lata, no porque no le gusten, sino porque los desea a todos en una circunstancia diversa a la de su existencia diaria y por tanto rabia contra una Justicia que no quiere admitir como la única posible.

Dos épocas del poeta Tomás Allende Iragorri hemos dejado indicada. Una tercera vendrá en sus nuevos versos.

Si los juicios de Giusti, del chileno Víctor Domingo Silva, de Nalé Roxlo, de este que escribe ahora y escribió cinco veces, siempre insuficientemente, sobre Tomás; si las antologías (ninguna tan popularizante como la de "El Hogar") incluyendo versos de nuestro biografiado; en fin, si el concepto de los intelectuales a quienes la envidia no hizo callar, le ha valido a Tomás Allende Iragorri una especie de consagración, sigue siendo él tan desconocido como en su hora primera. Y es que imprimir no es publicar. Publican, esto es, llevan al público, los diarios, las revistas de gran tirada y la radiotelefonía.

La situación de Allende Iragorri a ese respecto es extremadamente opuesta a la de Lu-

(Continúa en la pág. 59)

La dama del antifaz

Encienden el severo cortinaje de grana
los perdidos reflejos de una ojiva lejana,
y anchas rayas de sombra, con tonos funerales,
marcan la pesadumbre de los pliegues finales.

En un lacio reposo, su cuerpo que aparece
lleno de una madura calidez que se ofrece,
ceñido es por la austera pompa de un brocatel
de amplias flores moradas en fondo moscatel.

Sobre el moreno escote de la fresca garganta,
la opulenta y trenzada cabellera adelanta
y llega hasta sus manos carnosas y prolijas,
crispadas con los oros de abaciales sortijas.

Su boca, más que roja, es sangrienta, y ardientes
las sombras luminosas de sus ojos vehementes.
Sólo un lunar cautivo en el hoyuelo umbroso
de levísimo vello de su mentón mimoso,

alivia con su alarde de una gracia festiva
una expresión que enciende como una llama viva.

Tomás Allende Iragorri



"... No llores, ya verás..."

La esperanza trunca

Por

SOFIA ESPINDOLA



OTRA primavera radiante y milagrosa se había deslizado en la vida de Rosita, sin que sus perfumes hubieran tenido la virtud de llevar a su alma un poco de esperanza.

Ella la veía alejarse, rauda y sutil como un beso dado en la frente, la veía pasar con su paso airoso de Afrodita púdica, sus cabellos destrenzados que el sol hacía más dorados; con sus manos hechas rosas, con la eterna sonrisa en los labios de grana.

La veía alejarse, como un sueño que en vano se pretendió hacerlo nuestro, como una carcajada sin eco, como un cielo blanco y desteñido, por el cual, los ojos, desolados, vagaban esperando encontrar el enigma de la fatalidad.

Hacía cuatro años que estaba de novia con Federico, hombre parco, excesivamente apegado a las obligaciones que él mismo se creaba. Frisaba ya en los treinta y siete años. El tiempo, inexorable destructor, había jugueteado con su cabeza estampando en los cabellos muchas hebras blancas.

Ella, mujercita sutil, toda resignación y todo sufrimiento, había cumplido los veintiocho años, largamente vividos y penosamente llevados a través de la jornada.

La muerte de su padre llevó un paréntesis de angustia a los seres que estrechamente vivían de sus esfuerzos.

Y Rosita tuvo que resignarse a coser para subvenir a sus necesidades. Su pobre madre, enferma, agobiada por la vejez y los dolores, era el único punto luminoso que justificaba la virtud de ser buena.

Y Rosita lo fué por ella.

Cuesta mucho el ser honrada cuando la miseria, cual bruja maquiavélica, se instala definitivamente en la casa.

Federico la conoció en la tertulia que frecuentemente daba una familia amiga. Y en seguida se prendó de sus cualidades físicas y morales. Hombre que veía finalizar su juventud, pensó en la necesidad de formar un hogar, de tener una compañera que le hiciera más llevadera la vida. Pero, a pesar de sus propósitos, sus obligaciones le volvieron a la realidad. El se debía a su madre. A pesar de que sus dos hermanos, hombres ya, podrían tenerla bajo su cuidado, Federico no consideraba oportuno confiarla a ellos, máxime cuando ninguno de los dos tenía un porvenir definitivo. Además, la anciana estaba muy acostumbrada a él. Era su hijo predilecto. Y en su egoísmo, jamás podía consentir que formara un hogar aparte, porque ello significaría la pérdida de su persona, tanto más querida cuanto más alejada veía la de sus otros hijos, muchachos alocados, que encontraban muy cómodo cargar los hombros del hermano mayor.

Federico, que era sincero y muy de palabra, puso a su novia al corriente de su situación.

— Esperaremos a que mis hermanos se labren un porvenir más sólido. Entonces formaremos nuestro hogar.

Ella aceptó sin proferir una queja. Había sido tan azotada por la vida, que ya no la herían los flagelos, ni la desesperaba su infortunio.

Y siguió trabajando, desde la mañana hasta la noche, procurando mayor rendimiento a fin de ahorrar unos centavos para ir preparando su ajuar.

Cierta tarde en que, confidencialmente, le comunicó sus propósitos, Federico permaneció silencioso.

— ¿No te agrada el hecho de que me vaya preparando la ropa?

— Sí..., pero me parece que aun no es oportuno. Todavía hay tiempo...

Y ella, resignada, oyó el repiqueteo de esas palabras que helaron su entusiasmo. "Todavía hay tiempo..."

Y el invierno, blanco fantasma con sus huracanes y sus fríos, pasaba para que la primavera se sentara en su trono de oro. La diosa bullanguera se alejaba a su vez, y el estío, con su beso quemante, imperaba sobre la tierra. Y otra vez la sombra del fantasma blanco se cernía, trayendo así más frío para las almas.

Y la vida, rutinaria, siempre igual, siempre huraña, se deslizaba por sus almas sin dejar la prometida flor en ellas.

Y ambos, esperanzados en que la línea del horizonte les marcaría un camino mejor, vivían con sus ideas propias, sin que una afinidad llegara a hacerlos comprenderse mutuamente.



Una noche, después de haber pasado muchas horas frente a la máquina de coser, Federico la encontró con el ceño fruncido y la boca contraída.

— ¿Qué ocurre? — inquirió él. — ¿Acaso sufres por tu madre?

— No; sufro por mí.

— ¿Cómo?

— Sí; esta vida siempre igual, me ha abrumado en tal forma, que la rebeldía ha estallado en mi corazón. Estoy cansada de esperar, Federico. La luz que ilumina nuestro camino se va extinguiendo lentamente.

Asombrado de oírla expresarse en esa forma, el novio le pidió que se explicara.

— ¿Qué otra explicación puedes exigirme? Tú no me entenderías puesto que tienes trazada tu ruta, y por ella caminas sin que las espinas te hieran los pies. Vuelvo a decirte que me siento muy cansada. La esperanza de una unión entre nosotros se hace cada vez más tenue. Los años van pasando. Y cada día, el Tiempo nos da una nueva nostalgia y nos agosta una ilusión.

— Querida... — musitó Federico. — Te ruego que esperes. Tengo la perfecta seguridad que han de cambiar nuestros destinos. Mira... Uno de mis hermanos ha conseguido un puesto regularmente rentado. En cuanto pasen unos meses, podré encarar la situación en casa, convencer a mi madre... ¡No llores!... Ya verás!...

Pero Rosita dejaba correr las lágrimas tanto tiempo retenidas. Es decir, que aun tenía que consultarlo con su madre... como un colegial, como una criatura... ¡Oh! Ella, tan resignada y tan sumisa, sentía rencor en su alma. Rencor contra esa anciana egoísta, que por el hecho de ser madre, se olvidaba que una vez fué novia... Rencor contra esos hermanos indiferentes, que se recostaban en Federico, encantados de la vida...

— ¡Esperar!... ¡Siempre esperar!... Los años van poniendo desencanto en nuestra existencia... Ahora, que aun nos resta un poco de ilusión, que aun puede ser factible la primavera, sería el momento de la felicidad. Más tarde, cuando el corazón reseco no pueda albergar un sueño y el escepticismo impere en nuestros espíritus, la dicha que buscamos sería vana, algo así como la flor olvidada en la rama, y arrancada demasiado tarde para aspirar su perfume.

Federico se fué a su casa, llevando el descontento que las palabras de su novia le había provocado. Frente al espejo se observó. Muchas hebras en la sombría cabellera; algunas arrugas profundas en su rostro. Y con amargura recordó que pronto cumpliría los cuarenta años... En verdad, Rosita tenía razón. Esa unión retardada sería como la fruta demasiado madura, que apenas se muerde, y luego se arroja al arroyo.

Y comenzó a soñar... Una casita, una compañera buena..., la dicha aleteando como pájaro blanco... Y, sobre todo, Rosita ya no trabajaría más. Comprendía con dolor que su vida se quebrantaba a cada empuje de la máquina de coser. Y él, sensible a pesar de todo, muchas veces había pensado en la difícil situación por la que atravesaba su novia.

Decidido a encarar la situación, reunió a su madre y a sus hermanos.

— Necesito formar mi hogar — empezó diciendo:
— Ustedes están muy bien enterados de mis relaciones con una mujer honesta. Pienso casarme, normalizar nuestra situación, hacer vida nueva.

Las protestas de los hermanos y las lamentaciones de la madre, se sucedieron. Que eso sería una desconsideración, que dónde estaba su sentimiento de hijo y hermano, que antes que su novia, estaba esa madre que se había sacrificado tanto por él.

— Nos quieres dejar el peso de la casa a nosotros—exclamaron los hermanos,—y bien sabes que no podremos darle a mamá las comodidades de que ahora disfruta por estar tú en casa.

— ¡Piensas abandonarme!... ¡Soy vieja!... ¡Ya nada me queda!... — gimió la madre.

Y el corazón blando de Federico se sintió bañado en llanto.

— Bien — concluyó, — esperaré...

Y así transcurrieron otros meses. Rosita ya ni siquiera se interesaba por su ajuar. Una profunda indiferencia poblaba de sombras grises sus días.

Una noche, Federico le trajo la noticia de que uno de sus hermanos se había fugado con una conocida cupletista.

— ¡El ingrato!... Se marchó dejándonos abrumados de dolor y de vergüenza... ¡Y yo que pensaba confiarle a mi madre!...

Rosita quedó más profundamente herida.

El hermano, otros, muchos otros, por un amor lo abandonan todo. Y Federico seguía apegado a sus obligaciones, incapaz de rebelarse, sumiso como un cordero...

Seis meses después moría la madre de Federico. Pasado un breve tiempo, insinuó él la idea de fijar una fecha para su casamiento.

— ¿La fecha?... — preguntó Rosita como si no entendiera.

— Sí... Ya no tengo otra obligación que la de hacerte feliz.

— Bien..., te lo agradezco.

Y así, sin entusiasmos, sin alegría, Rosita se unió a Federico. Y al hacerlo, comprendió con dolor que su amor había quedado muy atrás. Sólo un tibio afecto, un perfume del cariño que fué sentía en su alma. Aquella esencia ardiente, aquel aroma sutil de primavera, aquella risa de fuente, aquel sueño de noviecita dulce y romántica, ya habían pasado.

La primavera de la vida..., esa dulce época de rosas y de risas, de encantadoras visiones de deleites y de sueños... es corta, muy corta. Conjunto de ruidos y de vislumbre de luces, qué fugaz fué... Luego el frío, el cansancio, el invierno eterno y largo... La esperanza trunca en el jardín sin flores...

Y como el invierno, aquel hogar se formó con hojas marchitas y nostalgias de sueños.

La felicidad..., ¿acaso existe?...

Ella, como el arrepentimiento, siempre llega demasiado tarde.



Uno de los últimos retratos de la señora Dolores Lavalle de Lavalle

FOTO CASADA

Anecdotario de la señora de Lavalle

Por

ALBERTO MEYER ARANA

El anecdotario inédito de la ilustre dama argentina fallecida recientemente, que publicamos en esta página, ha sido recopilado por el doctor Alberto Meyer Arana, quien posee la documentación personal de interesantísimos episodios de la vida de la culta y filantrópica matrona hoy justamente llorada en el país



CUANDO la señora de Lavalle abrió la primera Escuela Profesional de Mujeres, bautizada con su nombre, el 18 de octubre de 1908, fué su empeño enseñar la buena cocina, a cuyo efecto contrató un "cordon bleu" de condiciones especiales. Pero, con gran contrariedad vió desierto el taller de azulejos inmaculados, por no haberse inscripto una sola alumna.

Las madres se resistían a que sus hijas aprendieran a hervir pucheros y hornear pasteles; y hasta repudió su enseñanza una humilde morenita, por ser demasiado humilde el oficio y no necesitar de escuela.

Para vencer semejante resistencia, misia Dolores se improvisó cocinera, y una mañana se la vió pelando papas y batiendo huevos, en compañía de la señora de Pita.

El alto ejemplo surtió su efecto, y cuando los carteles anunciaron clases bisemanales a cargo de tan encumbradas maestras, hasta mujeres grandes husmeaban la forma de frecuentarlas. Pero a las alumnas pareció muy sencillo ese sacrificio y no concurrieron a las otras conferencias prácticas, y como las señoras no pudieran perpetuar semejante consagración, a los dos años fué suprimida su enseñanza.

Pero, si ni siquiera la morenita aprendió el arte de las sabrosas empanadas, desde entonces la señora de Lavalle supo preparar los huevos moles más delicados que paladar alguno ha podido gustar.

INSPECTORA de un gran hospital, con frecuencia se encontraba perpleja ante las variaciones mentales de su director, pues su talento fluctuaba al margen del desequilibrio, y después de haber sostenido un principio ante las señoras, no era raro verlo inclinarse por otro bien opuesto en presencia de sus colaboradores científicos.

Inadaptable a semejantes ambigüedades y en la necesidad de resolver un caso difícil, la señora de Lavalle provocó una reunión, que apareció como el resultado del acaso.

Y en ella presentó al propio director sus dos opiniones sobre el mismo punto, rogándole manifestara si debía seguirse lo que había expuesto a las inspectoras o aceptarse la conocida por los médicos, encerrándolo en un disparadero sin salida.

—¡Dios mío! — exclamó el gran médico. — ¡Que nunca pueda con la señora de Lavalle!... ¡Y lo peor es que misia Dolores es la única de las señoras que me entiende!

UNA actuación conjunta acercó mucho a la señora de Lavalle con doña Susana Rodríguez de Quintana, incorporada a la Sociedad de Beneficencia sólo cuando su ilustre esposo fué presidente de la Nación, como ella misma lo hizo notar. Ambas matronas se desenvolvieron en tan ejemplar armonía, que aun cuando debieron resolver numerosos asuntos, de lo más complejo muchos, jamás se alteraron. Por eso, alguna vez misia Susana le expresó el deseo de verla enojada.

—¡Enójese usted primero! — fué la contestación de misia Dolores.

Y las dos señoras recomenzaron sus tareas, momentáneamente interrumpidas por esa veleidad de conocer un sinsabor ajeno a sus voluntades para hacer el bien.

ESTO empero, a los noventa y cuatro años y ya postrada en su último lecho, rechazó con despreciativa energía cierto proyecto de nota dirigida a un ministro.

—¿Cómo cree que yo voy a firmar semejante adulonería? — exclamó, ante la estupefacción atónita de quienes habían preparado y consentido semejante indignidad.

Y sin más palabras ni gestos, echó al olvido la incidencia.

LA señora de Lavalle era peripatética, vale decir, que poseía la facultad de componer mentalmente sus oraciones. Pocas veces usaba de borradores. Cuando empezaba una carta o nota, no dejaba la pluma hasta haberla terminado. Sólo por excepción necesitaba substituir una palabra. De ahí derivaba su facilidad asombrosa para hablar en público, con esa espontánea sencillez que es belleza de elocuencia. De ahí también los grandes servicios que pudo prestarle la máquina de escribir, facilitándole, durante sus últimos años, sus tareas materiales.

CERTIFICABA una encomienda postal que contenía libros para una biblioteca de General Las Heras, en el confín sur de la República, cuando un hombre alto, de complicada barba blanca y fisonomía moruna, con ojos de bondad, acercándosele con el sombrero en la mano:

—Yo soy — le dijo — el doctor Ignacio Albarracín, salvaje unitario.

La señora de Lavalle recibió su saludo y apretón de manos, y como nada más agregara el difundido protector de los animales, la gran anciana continuó su diligencia.

Pero una vez terminada, le retribuyó su saludo diciéndole:

—¡Adiós, salvaje unitario! — entre el asombro de una concurrencia estupefacta por aquel vocabulario tan justamente olvidado en 1920.

CHIQUITA y encogida, sencilla en sus modos y vestidos, como su presencia humilde nada dijera de su valimiento propio, cierto secretario privado de ministro la confundió con alguna postulante vulgar, y con un:

—V. E. no está — bien saturado de guaranguería y envuelto con el humo de un cigarro de bajo precio, cortó la voz semiapagada de misia Dolores un mediodía de temperatura pesada.

—Muy bien, señor; esperaré la llegada del señor ministro — aventuró la ilustre anciana.

—Le he dicho que V. E. no vendrá, de modo que será inútil esperarlo...

Y sin intercalar una sola vez el "señora" de rigor al dirigirse a una persona cargada de años, el secretario se disponía a retirarse, cuando misia Dolores le dijo con serena tranquilidad:

—Lo esperaré, señor; porque como el doctor Lobos, con exquisita gentileza y para evitarme una molestia se ha anticipado a pasar por mi casa, he averiguado que vendría a su despacho...

El cigarro, que el general Mitre jamás acercó a sus labios en presencia de la señora de Lavalle, a pesar de todas sus instancias, cayó de sus manos, y a unas preguntas turbadas del empleadillo, tan poco adaptado a las funciones amables de atender aquellas antesalas:

—Sí, joven — le contestó; — yo soy la señora de Lavalle...

Aguardando la llegada de misia Dolores, el mal diplomático había querido despejar el despacho, de aquella viejecita cuyo exterior le parecía indigno de encerrar el espíritu de la gran dama que tenía anunciada, con especiales honores, el propio señor ministro.

Y el doctor Lobos la estaba esperando.

ESCRIBÍA una nota para el ministro Irigoyen en su despacho de la Sociedad de Beneficencia. De pronto llega una mujer, agitadísima de puro contenta, exclamando:

—¡Señora, señora! ¡Se sacó la grande!

Misia Dolores — que era bien pobre, por cierto — la oyó con tranquilidad inalterable, y, sin interrumpir su tarea:

—¡Bueno! Aguárdese nomás, que esto es más importante — le contestó.

Y recién después de haber terminado la nota y de haberla leído a su presidenta, y de haberla subscripto y remitido, se enteró de aquella "grande", reducida a cuatro mil pesos oro, pues su estrechez pecuniaria pocas veces le permitió comprar más de un quintito de la "chica".

De haber sido entero aquel billete premiado y de haber poseído su "combinación", ¡cuánto bien material habría adicionado a sus generosidades morales!

VERANEABA en San Isidro, en "La Guernica" de María Antonia Beláustegui de Cazón, cuando una tarde, hallándose al amparo del gran corredor del frente, la dueña de casa le rogó leyera una carta recién llegada de Inglaterra.

"Dolorcitas" dió vida a los párrafos de Manuelita Rozas relatando la muerte de su tatita, en una descripción minuciosa, cuyo sentimiento filial ascendía en gradación hasta terminar con un profundo:

—¡¡¡Y su alma voló al cielo!!! — con tres admiraciones.

—¿Le parece a usted, María Antonia — comentó misia Dolores, sin poderlo evitar, — que el alma

(Continúa en la pág. 62)



Simón Bolívar
RETRATO DE N. M.

Los seis amores auténticos de Simón Bolívar

Por ATALIVA R. PALAZUELOS



SOBRE las aventuras amorosas del libertador Simón Bolívar se han tejido más calumnias que verdades.

Sus enemigos nos lo pintan así:

"Un epicúreo que sólo creía en el amor como un simple placer, sin idealismos de ninguna especie. Un fauno inconsciente, perseguidor de ninfas."

Bolívar — de acuerdo con los documentos que últimamente se han desenterrado de los archivos de Perú, Chile, Venezuela y Colombia — es muy otro (en lo que se refiere a mujeres) de aquel que nos presentan los historiadores argentinos. En su afán de poner de relieve la magnífica figura de San Martín, creen que deben denigrar a Bolívar. ¡Ingenuidad de maestros normales! La independencia de América fué una odisea tan colosal que bien caben en ella las dos figuras magnas...

¿A Bolívar le gustaban las mujeres? Era, indiscutiblemente, un hombre de talento. Y las amó, pero no con el sensualismo grosero de un ser inferior: las amó — por lo menos amó a seis — con un amor puro, sentimental, inocente... Tan inocente y tan humano que hasta toca los límites de la cursilería...

— *¡Seis amores!* — gritarán indignadas las mujeres. — *¡Amó a seis mujeres!*

En su vida azarosa los acontecimientos se sucedían como en las tragedias de los teatros. "En veinticuatro horas — dice el irlandés O'Leary, que fué ayudante de campo de Bolívar — la vida del Libertador tenía veinticuatro vidas diferentes." A los veintiocho años de edad era general. Había ya ganado diez batallas...

Además, no amó a las seis mujeres juntas. A medida que la muerte o el desengaño las iba quitando de su lado, Bolívar amaba a la última con la misma pasión romántica con que amó a la primera.

Bolívar amó sinceramente a seis mujeres:

1ª María Teresa del Toro.
2ª Madame Dervieu du Villars, cuyo nombre era Fanny Trobriand y Aristeguieta.
3ª Luisa Crober.
4ª Manuela Sáenz, "la Libertadora".
5ª Josefina Núñez (la Pepa).
6ª Manolita Madroño (la "Vieja de Bolívar").

Sería difícil decir a cuál adoró más. Pero, con documentos a la vista, puede probarse que a las seis las amó locamente.

A los diez y siete años de edad se enamoró de una primita deliciosa: María Teresa del Toro. Ella, apenas tenía catorce... En una carta que Bolívar enviaba a su tío don Pedro Palacios y Sojo, le exponía sus deseos de casarse: *"Estoy apasionado de un ángel."*

Contra viento y marea, Bolívar, a los diez y nueve años de edad — en 1802, — casó en Madrid con la bella primita. Sus cartas de entonces revelan su felicidad. Poco les duró. Regresaron a América, y hallándose los esposos en Aragua, María Teresa se enfermó de fiebre amarilla, falleciendo diez meses después de su casamiento con Bolívar. La desesperación del esposo era inconsolable. Quería suicidarse. Se encerraba en sus habitaciones, llorando a gritos.

En una carta de Bolívar (publicada en "Leyendas Históricas de Venezuela", por Arístides Rojas, segunda serie) habla de aquel fracaso de su amor:

"Caí en una especie de anonadamiento, y los médicos creyeron que la pena me llevaría a la tumba, lo que era, precisamente, mi deseo. Mi estado me permitió darme cuenta de todo. Simón Rodríguez se sentó a los pies de mi cama y me habló con la bondad y el cariño en él característicos. Me reprendió dulcemente, calificando de locura mi apatía y mi deseo de morir a la mitad del camino de mi vida. Procuró convencerme de que en la tierra no sólo existe el amor, y que aun podía ser feliz consagrándome a la ciencia o a la libertad de los pueblos..."

La idea de la Gloria, hermana del Amor, evitó, según Bolívar, que él se pegara un tiro. Era rico, y empezó a idear sus planes de libertador. Le criticaron que le gustara el lujo, y contestó, antes de sus conquistas:

— Amo el lujo porque tiene muchos puntos de contactos con la gloria, y quiero acostumbrarme para que la gloria no me haga perder la cabeza cuando la conquiste...

Respecto a sus amores con su otra parienta, Fanny Trobriand y Aristeguieta, existen dos cartas de Bolívar, en que él le dice a ella: "Tu amor es el mismo amor de mi María Teresa (la esposa fallecida), que Dios ha resucitado para fortalecerme."

Años después, una carta que madame Dervieu escribe al Libertador, le recuerda sus viejos amores: "Este anillo, que siempre me acompaña, me trae el recuerdo gratísimo de una amistad que usted me aseguró que sólo se extinguiría con su postrer suspiro. ¡Adiós! ¡Le amo a usted!... Conserve mi retrato, el cual será más feliz que yo, porque al enviarle mi imagen no tengo la facultad de prestar mi alma a mi fisonomía. Si la tuviera, tal vez olvidaría usted mis años... Adiós, mi querido primo.

Fanny Dervieu du Villars,
née de Trobriand et Aristeguieta."

En 1810 Bolívar se enamoró en Kingston (Jamaica) de una bella niña, Luisa Crober, natural de la isla de Santo Domingo. Era mulata y de una belleza extraordinaria. Los padres se oponían a sus amores, creyendo en las malas intenciones de Bolívar, pero él, todas las noches, como un simple enamorado, iba a conversar con ella en la reja florida... Gracias a esos amores románticos Bolívar no fué asesinado. Una noche, hallándose en la reja con Luisa, dejó en su tienda de campaña, acostado en la hamaca, a su amigo el comandante Amestoy, para que los soldados no sospecharan que abandonaba el campamento... Esa misma noche, un negro fué mandado para que asesinara a Bolívar mientras dormía en su hamaca. El criminal no conocía a Bolívar y mató al que estaba en su hamaca, que era el comandante Amestoy...

La cuarta mujer amada por Bolívar fué Manuela Sáenz, llamada "La Libertadora". Fué, quizá, el amor más duradero y fué, tal vez, la mujer que más amor sincero sintió por el prócer. Las cartas de Bolívar a Manuela son verdaderos madrigales en donde el héroe altivo y glorioso adquiere por magia del amor el tamaño normal de los hombres que sufren la delicia de amar... En las memorias del general O'Leary (en el tercer tomo suprimido), figura una carta de Manuela Sáenz en donde ella narra cómo defendió a Bolívar cuando en Bogotá, el 25 de septiembre de 1828, una turba de revoltosos intentó asesinarlo. Por su parte, Florencio González — uno de los conjurados, dice: "Cuando rompimos la puerta del dormitorio de Bolívar, ya el Libertador se había salvado. Nos salió al encuentro una hermosa señora con una espada en la mano..." Era Manuela Sáenz. Sentíase tan enamorada de Bolívar que lo acompañó en sus campañas militares y hasta lo perdonó cuando Bolívar se enamoró de Josefina Núñez (la "Señorita Pepa").

Según las memorias de Ducoudray Holstein, Bolívar "amaba a la señorita Pepa como un enamorado de novela".

Agrega que el pueblo se quejaba de la sugestión que la señorita de Núñez (o Pepa), ejercía sobre el Libertador: "Había muchos jóvenes a quienes bastaba ser parientes de ella, para conseguir determinados nombramientos. De este modo Carlos Soublette llegó a reunir una fortuna considerable."

Pero, antes que ese, otro amor — que nosotros colocamos al último — agitó el corazón de Bolívar: el amor de Manolita Madroño...

Fué en 1824. Bolívar entraba triunfante en Huaylas. El pueblo lo recibió como a un Dios. Se buscó la muchacha más hermosa para que entregara a Bolívar una corona de laurel. Se hizo un concurso de belleza y salió triunfante una niña maravillosa. "Quince años. Un ángel que enloquecía de pasión al verla y al oírla" —dice Escamilla Anós. Se llamaba Manolita Madroño.

El dictador se enamoró de ella y supo inspirarle también una pasión incontenible. Manolita "loca de amor, acompañó a Bolívar en todas sus excursiones".

Bolívar murió en 1830, cuando las seis mujeres a las cuales amó profundamente, estaban lejos de su lado pero no lejos de su corazón.

Treinta años después de su muerte, una viejecita haraposa recorría las calles de Huaylas, pidiendo limosna. Los pilluelos la corrían, gritándole: *"Ahí va la Vieja de Bolívar!"* Ella los amenazaba con los puños, y lloraba y reía. Era Manolita Madroño, la "mujer más hermosa de la tierra", conocida hasta los setenta y seis años, en que murió, con el apodo de "La Vieja de Bolívar". Cuando Bolívar murió, sus últimas palabras fueron: "Creo que los dos tontos más grandes de la humanidad fuimos Don Quijote y yo."

Bolívar ignoraba que, en amor, todos los hombres son como Don Quijote.



Canción

POR

LUIS CANÉ

Si el amor te ha herido,
poeta, no llores;
busca otros amores
y echa este en olvido

No dejes que el tedio
siga a tu dolor;
amor es remedio
de males de amor.

Con alma encendida
goza tus placeres,
que hay muchas mujeres
y una sola vida.

Siempre debe darnos
gusto de vivir.
¿Para qué amargarnos
si hemos de morir?

La verdadera historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca



EL inspirador de la inmortal obra de Shakespeare es un personaje fabuloso, de principesca alcurnia cuya existencia se remonta a la mitad del siglo I de nuestra era.

Fué el monje Saxo Lange, llamado más tarde "el Gramático", su primer historiador.

Poco sabemos de este último. Nacido en Seeland, en 1150, de padre noble, al servicio del rey Waldemar, desempeñó funciones de secretario junto al obispo Absalón de Lund. Este prelado le aconsejó escribir la historia de reyes y héroes de su país, obra que le valió el título elogioso de "Tito Livio danés" y la admiración de Erasmo ante la pureza del latín empleado.

Según las crónicas de Saxo, Hamlet es un héroe semejante a los tipos legendarios de la mitología escandinava.

Era hijo de Horwendill, rey de Jutlandia, y de Gerutha, hija de Roric, rey de Dinamarca. Fengo, hermano de Horwendill, hizo asesinar a éste y se casó después con la viuda.

El asesino disculpó el crimen asegurando haber muerto a su hermano para substraer a Gerutha de sus brutalidades, y ocupó el trono.

Pero estaba Hamlet. Para no sufrir la misma suerte de su padre, se fingió loco. En tal estado cometía mil insensateces y decía grandes verdades que no hubieran sido toleradas de boca de un cuerdo.

Nos lo presentan débil en su demencia, sucio, degradado: "un monstruo dichoso en su condición abyecta", hablando sin cesar de vengar la muerte de su padre y desplegando gran ingenio para ocultar razonamientos justos en frases de insano.

A su derredor, algunos espíritus finos sospecharon la verdad. ¿No ocultaría bajo ese manto de locura profundas intenciones y sentimientos?

El matador seguía con ansia todos los movimientos del joven. Quiso saber la verdad sobre su estado mental, para lo cual preparóle una celada.

Un hombre de toda confianza debía espiarle y oír la conversación sostenida con una bella dama.

La impresión que la hermosa produciría en el príncipe le incapacitaría para el disimulo. Sería una prueba decisiva — pensaba.

No dió la inocente estratagema los resultados esperados. Hamlet se arregló hábilmente a fin de no perder la agradable ocasión presentada. Dió a continuación una serie de explicaciones tan ridículas que la dama se apresuró a desmentir todas las afirmaciones del supuesto orate.

Afirmaba haber dormido sobre la viga de un techo, sobre la cresta de un gallo y sobre la pezuña de una bestia de carga.

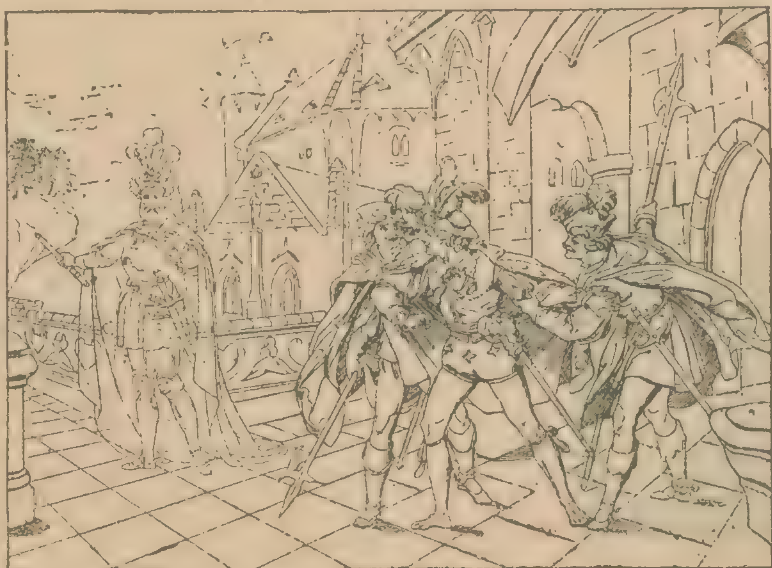
Y no mentía: Hamlet había reunido en su bolsillo fragmentos de estos objetos antes de acudir a la entrevista.

Poco tiempo después destacóse un espía en el aposento de la reina. Escondido tras un tapiz, tenía por misión no perder sílaba de un diálogo entre Hamlet y su propia madre. Descontábase su inútil fingimiento ante quien le diera el ser, supuesta la infinita confianza que en ella tendría. Pero el príncipe adivinó la trampa y se puso a imitar el canto de un gallo, agitando los brazos cual si fueran alas, y, acercándose al escondite, atravesó de una estocada cortina y testaferro. Cortó el cadáver en pedazos y lo arrojó de alimento a los cerdos. Después de lo cual prorrumpió en invectivas contra Gerutha y le manifiesta el ansia que siente de vengar a su padre, agregando esperar únicamente el momento favorable.

No se atreve Fengon a decretar nada en contra de Hamlet, pues le teme. Para salvar las apariencias envíale en misión a Escocia, acompañado de dos servidores de su confianza, con una carta para el rey, pidiéndole que mandara dar muerte al príncipe. Éste consiguió substraer la misiva, cambiando su nombre por el de los portadores, y dejarla de nuevo en poder de los emisarios.

Cumpliendo las instrucciones contenidas en la misiva, el soberano escocés hizo ejecutar a los comisionados.

Hamlet consigue la mano de Hermontruda, hija del rey bretón, y vuelve a Dinamarca, donde se reanudó la farsa de su locura.



DE UN GRABADO ANTIGUO

Hamlet. — La terraza d'Elseneur

Empezó por matar a los cortesanos que festejaban, bebiendo, sus funerales, pues le creían muerto. Puso fuego al palacio, mató al asesino de su padre, cambiando previamente su espada, y fué proclamado rey por el pueblo.

"Tal fué — dice Saxo — el hombre admirable, digno de toda alabanza, que supo ocultar al género humano su inteligencia privilegiada, velándola entre sombras de aparente demencia."

Las aventuras del Hamlet nórdico no concluyen aquí. Obtenida la corona, luego de justificar con discurso elocuente la razón de sus acciones, parte de nuevo a Inglaterra, donde el rey le envía a pedir la mano de cierta reina de Escocia que acostumbraba dar muerte a sus pretendientes.

Enamorada de Hamlet, esta reina se ofrece por esposa a él, quien se casa con ella a pesar de haberse antes desposado con la hija del monarca inglés.

Síguese a esto una gran batalla entre éste y el astuto danés, quien levantaba a sus muertos a medida que iban cayendo en el campo de lucha, los erguía entre rocas y hacía creer al enemigo en un ejército muy superior al verdadero.

Finalmente Hamlet volvió a Jutlandia. Allí fué vencido y muerto por el sucesor de Roric.

Hasta aquí la tragedia histórica...

¡Cuánta distancia hay entre el melancólico Hamlet de Shakespeare y el bárbaro guerrero de Saxo!

. . . .



Conocido el relato del historiador, intérprete fiel de episodios, a quien todos acuden cuando se trata de este tema, quédanos oír la contribución que Luciano Maury aporta al expresarse sobre Hamlet, cuando dice:



Shakespeare, por F. W. Mac Mounies

"Roma antigua conoció una aventura semejante. Junio Bruto, fundador de la República, vengó en igual forma a su padre y hermanos, derribando a Tarquino, luego de simularse loco. ¿Casual analogía? Simple circunstancia explicable en costumbres análogas de dos civilizaciones igualmente bárbaras?"

Observemos de cerca.

Bruto, significa en latín: demente, débil de espíritu. *Amlode*, nombre irlandés de Hamlet, quiere decir *el loco*.

Otra coincidencia significativa y extraña: el loco, Bruto, al ir a consultar el oráculo de Delfos, llevó un bastón hueco lleno de oro para ofrendar a la sacerdotisa Pitia. El mismo bastón conteniendo oro se ve en manos de Hamlet cuando se traslada a Inglaterra.

Tales similitudes son difícilmente obra del azar. La saga escandinava es, ciertamente, tributaria de la leyenda romana y de un poema bizantino.

Celebra este poema la perspicacia del sabio Ptocholeon. Esclavo de un príncipe, el sabio declara que una piedra preciosa a la cual su amo atribuye gran valor, tiene un defecto. Dice también que la prometida del rey es de vulgar nacimiento y que el mismo rey es hijo de un esclavo. Estas tres afirmaciones se comprueban luego.

Hamlet no tiene menos agudeza. Invitado a un festín por el rey de Gran Bretaña, asegura percibir en el pan olor a sangre, de armas en la bebida y de carne humana en las viandas.

Legítima observación la suya, puesto que la harina procede de trigo cultivado sobre un campo de batalla. El agua mezclada al hidromiel salía de un pozo en cuyo fondo se encontraron varias espadas enmohecidas, y el cerdo servido en la mesa del príncipe había devorado a un hombre.

Hamlet advierte igualmente que la reina es hija de una esclava y el rey desciende de un siervo. La verdad dió razón a estas conjeturas del príncipe.

Veamos una tercera infiltración extranjera en la leyenda de Hamlet: corresponde a un relato griego llegado a nosotros mediante un arreglo francés de la Edad Media. El emperador Floriano ha ordenado la muerte de un niño recién nacido, señalado por el oráculo como destinado a ceñir la púrpura imperial. El asesino designado deposita en

(Continúa en la pág. 59)





"...entró una señora alta..."

Un hombre práctico

Por

GASTON H. LESTARD





CUANDO aquella mañana tuve que atender en mi ventanilla de cajero de banco a un señor alto, fornido, de mejillas rosadas y que con aire de triunfador me ponía delante un fajo de billetes de mil para abrir una cuenta corriente, mi asombro no tuvo límites al notar que en el encabezamiento de la boleta decía: "Para la cuenta de Lucio Giral".

Observé con atención al cliente, su indumentaria, sus gestos, su aire. La sorpresa que me embargaba era tal, que no atinaba a hacer el recuento de los billetes. Al poco rato el señor Giral, agregó:

— Estos otros cincuenta mil los depositaré a plazo fijo de ciento ochenta días.

Debí haber cambiado de color, o mi actitud era de visible aturdimiento, por cuanto el señor Giral repuso en tono malhumorado:

— Deseo ser atendido con prontitud, pues debo hacer más operaciones en otros bancos.

Volví a la realidad y comencé a contar maquinalmente los billetes. Como fueron doscientos mil pesos pudieron haber sido cien mil, o viceversa. Mi pensamiento estaba en otra parte, remontándose a episodios de veinte años atrás, y que de repente despertaban en mis recuerdos como si un relámpago cruzara mi cerebro.

Entregué los comprobantes de depósito, y dije:

— Lucio Giral: en cinco minutos desfilaron por mi mente recuerdos de veinte años.

Me miró extrañado y frunció el ceño. Indudablemente se creyó confundido.

— No me creas un alucinado y menos víctima de la confusión: soy Julián Trelles...

— ¡Julián! ¡Tú, mi amigo de la infancia! Pero, hombre, ¿a qué tanto misterio? Ven, acompáñame a almorzar. Yo soy muy amigo del gerente y le pediré que te dé permiso para salir. Pasarás la tarde en casa y cenarás también conmigo.

II

CON Lucio Giral nos habíamos criado casi juntos en Entre Ríos. Nuestro temperamento, nuestro idealismo y nuestras veleidades literarias habían atado nuestras almas en un solo lazo fraterno. Lucio estaba empleado en una agencia de seguros, y yo en el escritorio de unos cerealistas judíos. Esos prosaicos menesteres nos proporcionaban un modesto pasar en la villa, pues el porvenir nada mejor nos ofrecía. Eso sí; peso que nos sobraba lo dedicábamos a comprar libros de Kropotkine, de Jaurés, de Prudhome, de Malatesta y de cuanto demoledor social lanzaba sus teorías por el universo. Era de ver cómo tronábamos en nuestro cuartucho por la redención social, y contra los burgueses enriquecidos que oprimían a las masas. Soñábamos con la demolición de catedrales y palacios y casi nos desayunábamos con dinamita, pero todo ello no obstaba para que al día siguiente cumpliéramos nuestra prosaica obligación con mansedumbre de ovejas.

Éramos mozos fúnebres a los veinte años. Traje negro, sombrero negro de anchas alas y corbata voladora del mismo color. Las muchachas del pueblo nos miraban como a individuos raros e incomprensibles. No frecuentábamos bailes, ni reuniones, ni fiestas. Estábamos consagrados en absoluto a la lectura de nuestros maestros favoritos del comunismo. Románticos éramos los dos, cada uno a nuestra manera. Lucio gustaba de caminar con lentitud, vagando hacia el cielo la mirada pensativa, sin preocuparse de lo que pasaba a su alrededor. Cuando hablaba lo hacía en voz altisonante y en lenguaje fogoso. Yo, en cambio, jamás he podido desprenderme de mi timidez, y gustaba pasar horas sentado en un banco de la plazoleta del pueblo. Tenía horror al ruido y a la tilinguería social, y me sentía feliz únicamente ante un libro nuevo. Mi ideal era único y debía practicarlo con constancia. Quería ser hombre de carácter y de una sola conducta rectilínea. Bronce y cristal puro todo mi pensamiento, sin una mancha y sin doblez.

Una noche estábamos en la plaza del pueblo. Hallábanse muchas niñas reunidas, y, como escaseaban los bancos, Lucio ofreció el que ocupábamos. Cambio de palabras, dichos y sonrisas, hasta que una niña preguntó:



— Ustedes son anarquistas, ¿no es cierto?

— Señorita — repuso Lucio, — anarquistas que queremos construir belleza, que desearíamos renovarlo todo, pero para hermosearlo. Deshacer esta plaza mísera y cultivarla con jazmines, rosales y nardos para que fueran cortados por las delicadas manos de ustedes. Más justicia, más igualdad en las costumbres. ¿Por qué ha de ser el hombre quien siempre se declare a la mujer? ¿No puede hacerlo ésta, acaso, también cuando presiente al elegido de su corazón? Ese es mi anarquismo, ese mi ideal. Renovación de belleza y de sentimientos humanos.

— ¡Qué bien! ¡Admirable! — dijeron las niñas. — ¡Qué distinto piensa usted a los otros jóvenes del pueblo! No hay que hacer: los de aquí son todos unos bobalicones que aburren. Y el señor — refiriéndose a mí, — ¿qué opina?

— Yo..., yo..., opino que podríamos caminar un poco.

— ¿Nada más que eso? ¡Qué poquito! — dijo una negrita pizpireta.

— El señor es así, un poco apagado — dijo Lucio — porque su tía Rosa le hizo siempre miedo con las mujeres.

Fué una carcajada general. Yo hervía de cólera, pero en mi horrible timidez se me había hecho un nudo en la garganta. Me retiré apabullado, en medio de un ridículo doloroso para mí.

El domingo siguiente debíamos dar ambos una conferencia en un salón de la localidad. Cada uno habíamos preparado un tema de carácter sociológico. Derribábamos todo lo constituído, dividíamos entre todos las fortunas y quemábamos a los burgueses y a los almaceneros. Era necesario implantar cooperativas de producción y terminar con los pulpos cerealistas.

Resultado: el día anterior a la conferencia Lucio tuvo que irse a Paraná, llamado por telegrama urgente con motivo de una enfermedad de la madre. Después supe que no fué sino una coartada de Lucio.

Yo pronuncié mi peroración, y antes que terminara ya estaba decretada mi cesantía en el empleíto que tenía.

III

DESDE el banco, Lucio me condujo a su casa en flamante automóvil. A poco llegamos a un regio chalet, profusamente amueblado, como una mansión de gran señor.

— ¿Y todo esto, Lucio? ¡Tú eres un poderoso!

— No tanto, no tanto. Tuve la suerte de que se enamorara de mí una mujer rica, y aquí me tienes. Es buena, me quiere, y ya tenemos cuatro hijos.

— Entonces, aquellas teorías de 1905, igualdad social, ni ricos ni pobres, ni reyes ni esclavos; todo en olvido, todo fué un cuarto de hora divertido donde no hubo una pizca de sinceridad.

— Pero, ¿y tú persistes en aquel romanticismo impracticable? ¿Siempre envenenado tu cerebro con ese lirismo inútil? No, hijo; la vida es esta: automóvil en la puerta, libreta de cheques, Colón, Mar del Plata, sirvientes, comodidades que proporciona el dinero. Lo demás no merece aprecio, es ridículo.

— Entonces, tu pensamiento, Lucio, está muerto para todo lo que no sea un goce material o una satisfacción fisiológica? ¿No alientas una sola aspiración espiritual?

Entró una señora alta, rubia, elegantemente trajeada, y cuyas formas mórbidas denunciaban a la naturaleza que disfruta de todas las regalías de la vida.

— Rosalía, mi esposa. Aquí están mis hijos. Aquel rubiecito es el que más me preocupa: fíjate que tiene ocho años y le ha dado por hacer versos. Rima temprana con palangana y amigo con altillo.

El padre y la madre rieron. Los otros festejaron la gracia de los mayores; solamente el pobre niño quedó compungido ante el espectáculo de risa. Miró a todos, y como si sólo en mis ojos hubiera encontrado una llamarada de acercamiento o una comprensión de su pena secreta, vino corriendo hacia mí y se guareció en mis brazos. Lo estreché con cariño, y me miró larga, profundamente, como si en mi protección hubiera querido buscar un fuerte apoyo espiritual. Yo permanecí abrazado a mi niño, tan dulce, tan tierno, tan sincero y pequeño amigo.

Por primera vez en mi vida sentí el frío cortante de mi soledad; mi cuartucho de la casa de pensión, la mesa sin afectos, el obscuro aislamiento de las horas pasadas sin una caricia y sin una sola ternura. Justifiqué el cinismo feliz de Lucio.

— He ahí los dos soñadores que se comprenden — dijo Lucio, a manera de suave ironía; — dos ingenuos que hablarán de la luna y de los rosales...

La mano, espejo del alma

Cómo sus gestos revelan el carácter de las personas



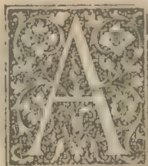
Aprensión



En reposo



Resignación

DEMÁS de la cara, el hombre tiene otra fisonomía, no sólo más expresiva y más significativa que el rostro, sino también más sincera. Esta segunda fisonomía la constituyen las manos.

Suele creerse que el alma humana se refleja en el rostro; pero, ¡cuántos desengaños se llevará el que crea en todas las sonrisas, en todos los gestos, en todas las miradas amistosas de la cara! Por fortuna, la otra fisonomía, la mano, no ha podido todavía corromperse ni acostumbrarse al engaño.

Aunque los movimientos de la mano sean infinitos, sus gestos son en número relativamente corto, comunes a todas las gentes, y responden a un lenguaje evidentemente instintivo e igual para todos los pueblos.

Para bendecir, la mano se extiende, como para proteger, con la palma hacia abajo, sobre la cabeza de la persona amada; vuélvese, en cambio, hacia arriba, mostrando su concavidad, para pedir o implorar. En la blasfemia, se cierra con él pulgar metido entre los dedos, y amenaza a Dios; ciérrase nerviosamente en la impaciencia, y tiembla cuando el espanto, la ira o el deseo ahogan las palabras en la garganta. El índice levantado sobre los labios, impone silencio; el mismo dedo, extendido amenazadoramente hacia adelante, sirve para indicar a alguien que debe tomar la puerta inmediatamente. La mano soba la oreja durante el mal humor, se cierra en los momentos de despecho y rasca el cogote en las dudas y dificultades. Cuando las palabras de cualquiera nos dejan mudos y confusos, a falta de palabras, y según los casos, con la mano ajustamos los lentes sobre la nariz, deshojamos una flor o hacemos cualquier acción mecánica semejante.

La mano se extiende horizontalmente, a la altura de los ojos del adversario, para amenazar; y, cuando falta la memoria, corre veloz a golpearse la frente, gesto que no es sino una llamada instintiva a la memoria y una protesta contra su pereza. Cuando, siendo el silencio obligatorio, queremos contar cualquier novedad a alguno de los presentes, los dedos se agrupan con las uñas hacia abajo y la mano oscila en un movimiento de llamada. Si queremos expresar el concepto de la perfección, a la vez que hablamos unimos la punta del pulgar con la punta del índice, y en esta forma acercamos la mano al rostro de nuestro interlocutor.

Pero aun hay más: las manos se retuercen para expresar el dolor, se frotan mutuamente con la alegría, se levantan en la plegaria y caen a plomo cuando se pierde la última esperanza.

Como regla general, la mano se cierra y los dedos se acercan al puño siempre que se necesita concentrar la energía; y, por el contrario, la mano se abre siempre que expresa el abandono, el gozo, la confianza. El deseo obliga casi siempre a abrir y encorvar los dedos; es el gesto propio de la mano del avaro que extiende sus garras huesosas sobre sus montones de oro. Es indiscutible que la mano dice muchas más cosas y expresa muchos más conceptos que podría decir y expresar la cara si no contase con el auxilio de la palabra. Para saber si un hombre es honrado o pillo, expansivo o calculador, generoso o egoísta, basta fijarse en cómo pone las manos en ciertas circunstancias de la vida. Todo el que tiene el propósito de engañar esconde instintivamente la mano. El hombre leal jura extendiendo el brazo, orgulloso de sí mismo, presentando valerosamente la diestra con la palma hacia abajo; es como si dijera: "Bajo palabra de honor, esa es la verdad." El embustero dirá lo mismo, pero lo dirá poniéndose la mano sobre el pecho o sobre la boca del estómago, ocultando instintivamente la palma. San Vicente de Paul dice, extendiendo las manos abiertas con las palmas hacia arriba: "¿Dejaréis perecer de hambre a estos pobres niños?" Y Clitemnestra, incitando a Egisto al parricidio y mostrándole a Agamenón dormido, le dice extendiendo las manos con las palmas hacia abajo: "¿A qué esperas?"

El criminal de ocasión, el que asesina impulsado por la pasión y no por costumbre, para dar el golpe levanta el brazo como una maza, mostrando la mano armada al adversario y dándole así implícitamente tiempo para defenderse o para huir. El criminal de oficio se acerca a su víctima mirándola fijamente como para inmovilizarla con los ojos y no le deja ver el movimiento de su mano, que traidoramente ha de herirle.

Una parte importantísima de la mímica de las manos corresponde al pulgar. Los niños recién nacidos tienen siempre los dedos pulgares escondidos debajo de los otros hasta que aparece en su tierno cerebro el primer resplandor de inteligencia; y cuando una persona enferma repliega los dedos sobre el pulgar, puede considerarse perdida toda esperanza, porque el gesto de substraer de la luz los pulgares es indicio infalible de la muerte. Podemos, pues, considerar los pulgares como el emblema del espíritu, de la inteligencia y de la vida.

La mano no siempre expresa sola; para su elocuencia necesita muchas veces aliados, ya sea la voz, y en este caso tenemos la expresión completa y perfecta, ya la otra mano, y entonces resultan el aplauso y otras expresiones análogas.



¡Un momento!



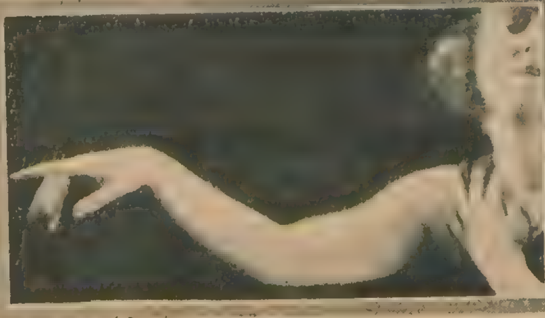
Duda



Súplica



Resuelta



Angustia



Deseo



Tristeza


Bahía de Valparaíso

FOTO N. N.

Valparaíso, la ciudad trágica vista a la luz de la luna

Por

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY



IEDO?... Miedo no es la palabra. El miedo no es poesía. Y este es un miedo romántico. Una inquietud miedosa. Una angustia inocente y confiada como el temor a Dios que sienten los católicos ricos. Algo como la evocación de una tragedia vieja que va a ocurrir mañana. O ahora mismo.

— *¡Valparaíso a la luz de la luna!*

Desde el Cerro de la Artillería, desde el Cerro Barón, desde la altiplanicie de Playa Ancha, desde cualquiera de los veinte o treinta cerros en cuyas faldas florece la ciudad, puede admirarse este panorama loco de un pueblo de doscientas cincuenta mil almas que parecen ausentes... Son doscientos cincuenta mil habitantes que están y no están. El silencio luminoso que se extiende frente a nuestro estupor de papanatas, sugiere la idea de una ciudad teatral, pintada en un telón de fondo. La penumbra del escenario destaca las mil y una ventanillas iluminadas desde atrás por lámparas eléctricas. Ni una sombra se mueve en los huecos radiantes.

Se diría que las doscientas cincuenta mil almas de Valparaíso se han ido muy lejos o han muerto de pronto. Al irse han dejado las luces encendidas...

¿Qué clase de acústica es esta? Va a ser medianoche. Los automóviles y los tranvías circulan, seguramente, porque Valparaíso es una ciudad voluptuosa como todas las ciudades marítimas que huelen a marisco. Se alegra de noche. Se cura en salud... Sin embargo, no hay ruido. Ni un murmullo asciende de las grandes avenidas donde el lujo y el derroche justifican el progreso de Chile.

Al principio vemos sólo una alfombra de luces. Mirando mejor percibimos hileras de focos colocados en zigzag. Suben. Bajan. Estrechan en abrazos luminosos a los cerros que simulan ser, de súbito, castillos. De repente, buques. Siempre pedazos de un cielo estrellado...

Por detrás de los cerros, la luna. Va rumbo hacia el mar. Pero el astro, a pesar de su luz vanidosa, no consigue bañar la ciudad por entero. Blanquea, a trechos, una franja de bahía o ilumina de perla los frontis y los tejados de casitas que son como juguetes que la misma luna ha construído de harina de luz. Y es, entonces, cuando el alma se encoge de frío. ¡De miedo cristiano!... Aquellas casitas de madera blanca que la luna construye, son casas de dos y tres pisos, donde miles de seres humanos viven o sueñan, contentos de vivir. Son nidos de almas que han olvidado la tragedia vieja que puede repetirse mañana. O ahora mismo...

— *¡El terremoto!*

La gente se acostumbra a ser valiente. No es ningún trabajo ser heroico en la guerra... A fuerza de observar que nadie teme una catástrofe, nadie se acuerda de ella. Sin embargo, ¡cuántas veces Valparaíso, con todas sus altiveces de ciudad encantadora, se vino al suelo como un castillo de naipes urdido por la luna! Los terremotos de Valparaíso son una tragedia que se reproduce cada veinte, treinta, cuarenta o cien años. No hay cálculo posible para verlos venir. Cuando sus habitantes menos piensan, la catástrofe descarga sus cañones. Los cerros comienzan a temblar a somatén como tambores. La tierra se abre en cuevas. Las casas se hunden dentro de las grietas, entre nubes de polvo y entre nubes de gritos. Y por la noche, sobre las ruinas y los muertos, la luna aparece detrás de los cerros para bañar en su luz la tragedia... ¡Canalla!

El primer terremoto que destruyó Valparaíso ocurrió el 8 de julio de 1730. Es decir, la ciudad hermosa y fatal fué destruída antes de ser fundada, pues don Pedro de Valdivia la fundó, oficialmente, catorce años después del terremoto, el 3 de septiembre de 1744. Con prioridad a su fundación oficial, el capitán español don Juan de Saavedra encontró, en el sitio donde hoy está Valparaíso, un pueblecito de indios que los araucanos llamaban *Aliamapu*. Vale decir: *Tierra Caliente*.

"A Saavedra — dice el historiador doctor Juan Ignacio Gálvez (1) — llamóle la atención lo pintoresco del paraje, las hermosas colinas, la fertilidad del valle, regado por cristalinos arroyos, y, recordando su patria, Sevilla, en cuyas cercanías había un risueño pueblo llamado Valparaíso, dióle este bello nombre al puerto que acababa de descubrir."

Más tarde vino un italiano, don Juan Bautista Pastené — que llegó a ser almirante chileno, — y construyó la primera casa de Valparaíso.

Veinte años después del primer terremoto — el 25 de mayo de 1751, — una nueva catástrofe destruyó la ciudad. Este terremoto fué fantástico. Todas las casas desaparecieron. De los tres mil habitantes de Valparaíso sólo se salvaron veintiséis... Dos cerros se levantaron como por la fuerza de una palanca misteriosa y cayeron, se volcaron, como dos cubiletes, en el abismo abierto alrededor, mientras que en el mar, cerca de Valparaíso, en la bahía de Concón, surgían del abismo cuatro islotes fantásticos que parecían pedazos de los cerros hundidos. A esos islotes van ahora los pescadores en busca de congrios...

Pasaron setenta y un años. Los sobrevivientes de la catástrofe volvieron a los cerros alucinantes. ¡Prodigio de las tierras tumbas que atraen como las sirenas del bataclán homérico! Se construyeron nuevas casas. La ciudad se repobló. Llegaron hombres y mujeres de todas las razas. De todas las razas sin miedo... En setenta y un años de paz y de noches de luna, las generaciones olvidaron su suerte. Y el 19 de noviembre de 1822 — dos años después de la partida de San Martín y Cochrane rumbo a la libertad de los peruanos — la tierra de Valparaíso tornó a abrirse y a tragarse casi un siglo de labor progresista...

¡Y vuelta a empezar! El destino de las hormigas es luchar con el milagro y con el viento. Arriba otra vez las paredes. Arriba los techos. ¡Arriba, sursum los corazones! Pasaron ochenta y cuatro años de progreso que transformaron a Valparaíso en una ciudad enorme. La ciudad febril ya no cabía en los cerros. Ni en las colinas. Ni en la orilla del mar... Las casas subían. Subían. ¡Y subían!

¡Qué silencio! Dormían los niños en su vieja inocencia. Ciento ochenta mil seres humanos soñaban felices hasta en el amor. Y, de repente, el 16 de agosto de 1906, Valparaíso se hundió y ardió y murió brutalmente, en una catástrofe sísmica que no tuvo más semejanza que la improbable del Diluvio Universal.

1926. Han pasado veinte años desde el último terremoto. Valparaíso se ha reconstruído. Está más grande. Más grandiosa que nunca. Ya no son ciento ochenta mil habitantes. Ahora llegan a un cuarto de millón... Es inútil que los incendios castiguen de continuo a la ciudad. ¡Y qué incendios! (Debido a las construcciones de madera, a que obliga la naturaleza sísmica del terreno, cuando en Valparaíso empieza a arder una casa, deja quince manzanas en escombros.)

Es inútil que todas las amenazas floten sobre la belleza de Valparaíso. El progreso la ensancha. La población trabaja. Con sus esfuerzos, tranquilamente, la eleva cada día. Cada noche más...

Y, ahora mismo, duerme tranquila. La luna se pasea en los tejados...

La evocación nos pone en la sangre un romántico miedo.

— *Si esta noche, un terre...*

(1) "El amigo del viajero", por el Dr. Juan Ignacio Gálvez. Pág. 199.


Desde el Cerro de la Artillería

FOTO N. N.


Buques de guerra frente a la ciudad de los terremotos

FOTO N. N.

Nerón

Por PAUL DE SAINT-VICTOR



El emperador Nerón



A Nerón no conviene juzgarle y considerarle como tipo clásico del tirano. La política influye muy poco en sus crímenes, que extravían todos los razonamientos y todos los cálculos. La lógica no tiene la menor parte en esa quimérica amalgama de loco y de histrión, de malvado y de apasionado a las artes. Nerón es un niño mimado a quien el azar da al mundo por juguete: un niño perverso y robusto en quien ninguna resistencia ha refrescado jamás la cabeza ni calmado los nervios. Nerón quiere y puede; y quiere a todas horas, y su voluntad, sobreexcitada por la ejecución inmediata, se hincha, se exagera, se extiende desmesuradamente, se agita convulsa y choca contra todo lo imposible.

La tranquilidad de su carácter en los primeros años de su vida, no debe atribuirse a ningún germen de virtud, sino a inexperiencia de la tiranía. Entonces tanteaba las almas que estaban bajo su dominio, sondeaba la bajeza humana, medía atentamente la vía de crímenes y de escándalos que más tarde había de recorrer. En los comienzos de su reinado se limitó a vagar durante la noche por las calles de Roma, a saquear las tiendas y a maltratar a los transeúntes. Éstas no pasaban de ser distracciones de príncipe, el pueblo presentaba humildemente la espalda y reía la gracia a su señor, haciéndose cargo de que César necesitaba divertirse.

Pero no tardó en ocuparse de cosas más serias: un día, y con el mayor cinismo envenenó públicamente a su hermano en medio de un festín. Apenas tocó con los labios el brevaje preparado por Locusto, Británico cayó muerto: los convidados se espantaron; pero Nerón no pestañeó siquiera, y componiendo todos el semblante a ejemplo de su dueño y señor, continuaron las risas interrumpidas.

"Después de un instante de silencio — dice Tácito — se reanimó la alegría del convite." (*Post breve silentium, repetita convii lætitia.*)

La impunidad le excita, y de un solo salto llega a los últimos límites del crimen. Agripina le molesta y decide su muerte. Hace construir un navío destinado a ahogarla en alta mar. Uniendo la ironía al parricidio, antes de embarcarla le da una fiesta en Baia, y previa la venia de la madre condenada a muerte, la besa en los ojos como para cerrárselos... Pero el navío se abre, la ola que debía tragarse a Agripina retrocede espantada y la deposita blandamente en la ribera. Nerón, al saberlo, se impacienta y se irrita: sus dos graves preceptores, Séneca y Burro, permanecen mudos ante su cólera, y sintiéndose sin fuerzas para domar al trigre, renuncian, acobardados, a tamaña empresa.

Burro llegó a señalarle el hombre proporcionado a la enormidad del crimen. Aniceto y sus lictores hieren a Agripina en el vientre. Apenas vertida la sangre maternal, ilumina por un momento la razón del monstruo. Nerón se arrepiente, se amedrenta; su imaginación de artista se turba y se conmueve; ve en todas partes el rostro de su madre muerta, oye los chasquidos del látigo de las furias y siente sonar en derredor de la tumba de Agripina la trompeta final que toca un fantasma invisible. La noche del asesinato sueña por primera vez; el espectro de su madre le abre la puerta de la mansión de los sueños.

El mundo se apresura, sin embargo, a tranquilizar a su señor. Los centuriones y los tribunos besan su mano como para limpiar la sangre que la cubre, el incienso humea en los pueblos de la Campania, y la vuelta de Nerón a Roma es un enorme triunfo. El Senado le sale al paso y el asesino sube al Capitolio y da gracias a los dioses. Tres mudas protestas hubo contra aquella glorificación del crimen. Tráseas abandonó el Senado cuando se decretó allí que el día del nacimiento de Agripina se contaría en adelante en el número de los días nefastos; una mano desconocida ató durante la noche al brazo derecho de la estatua de Nerón el saco de cuero donde la ley mandaba coser vivos a los parricidas, acompañados de una víbora y un mono, y se encontró en las calles de Roma un recién nacido, en cuyas ropas se leía esta tremenda inscripción: "Hijo abandonado por temor de que llegara a matar a su madre."

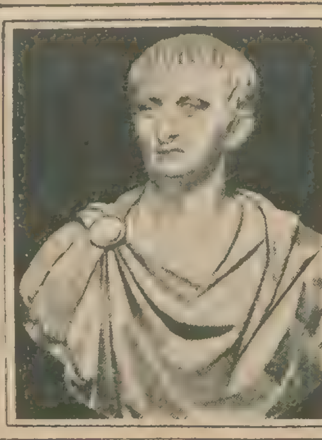
Según Tácito, diferentes prodigios protestaron también contra el infame atentado; la naturaleza, ultrajada, mostró su indignación con monstruosidades y meteoros; el sol se eclipsó, una mujer engendró una serpiente, y el rayo cayó en los catorce barrios de Roma, como para purificarla por medio del fuego.



La emperatriz Agripina

Si este trastorno del mundo moral turbaba los corazones más firmes y las más rectas inteligencias, ¿qué vértigo no habrá de producir en aquel adolescente que le dominaba desde la altura de un poder sin obstáculos y sin freno? A sus pies un pueblo envilecido, por el cual ha pasado el nivel de la servidumbre sobre su cabeza, dioses lejanos e indiferentes, de los cuales es un igual y con quienes irá a reunirse apenas abandone la tierra...

"Cuando termine tu carrera en este mundo — le cantaba Lucano — ascenderás hacia la bóveda celeste, sea que quieras empuñar el cetro de Júpiter, sea que, nuevo Febo, quieras iluminar este mundo, al que no afligirá la pérdida del sol. No habrá una sola divinidad que no te ceda su puesto, y la Naturaleza te dejará decidir qué Dios deseas ser... Pero no te coloques en uno de los extremos del universo, porque tu peso haría vacilar al mundo: colócate en mitad del éter y que el cielo puro y sereno no empañe con la nube más tenue el resplandor de César." Libre de responsabilidad y falto de conciencia, Nerón pierde por completo la noción de lo justo y de lo injusto; llega a ser más que un dios: es el destino, del cual se apropia el poder ciego, la tiranía sin apelación, los irresponsables caprichos, hasta el derecho de dar la muerte, fatal, absoluto, ininteligible, tal como aparentemente lo ejerce la Naturaleza.



Busto de Tiberio, existente en el Museo Capitolino, de Roma

No hay espectáculo comparable al que presenta el reino de Nerón después del asesinato de Agripina. La sociedad se deja diezmar con la obediencia pasiva de un ejército acobardado, y las vidas ilustres se extinguen por todas partes como las luces de una fiesta que termina. Tácito consigna, lleno de sorpresa, la suerte de un cónsul que resolvió el difícil problema de vivir.

"Memmio Régulo — dice el historiador — pudo vivir en paz, porque el brillo de su raza era reciente y porque su fortuna no era bastante considerable para despertar envidia."



El filósofo Séneca, preceptor de Nerón

Las víctimas eran sacrificadas sin resistencia ni extrañeza de ningún género: el heroísmo, la gloria y la virtud ofrecían de *motu proprio* el dócil cuello a la cuchilla. Nerón no tardó en suprimir, por inútiles, los verdugos y los instrumentos de suplicio. ¿Para qué un aparato que suponía la eventualidad de la resistencia? La víctima debe entregarse voluntariamente a la muerte, y hasta sufrirla de su propia mano. El suicidio llega a ser una moda en Roma, como lo ha sido siempre en el Japón. Los ciudadanos romanos, advertidos por el tritinio de que su hora ha llegado, se abren las venas con un cuchillo y se meten en un baño para desangrarse y morir. ¿Era esto justa impaciencia de abandonar la vida, maquinal servilismo o familiaridad con la idea de la muerte? Sea lo que fuere, los más fuertes y los más ilustres obedecían pasivamente la consigna fúnebre dada por César. Corbulón, vencedor del Oriente, del cual Tiridates, asombrado de que tal hombre sufriese tal amo, había dicho a Nerón, irónicamente: "¡Buen servidor tienes en Corbulón!", se mató gritando: "¡Bien merecido lo tengo!" Plauto, desterrado en Asia, lejos de los lictores y de los pretorianos, puede levantar legiones con pronunciar una sola palabra, y entrega su garganta a la cuchilla de un eunuco. Vecio, hombre de la antigua Roma, al saber que su condena está cercana, se encierra con su mujer y con su hija, las hiere con el mismo estoque que ha de servirle después para atravesarse el pecho, y muere en familia, como ha vivido.

Séneca dicta máximas a sus discípulos, colocado ya en su sangriento baño; Lucano corrige en el suyo su poema; Petronio abre sus venas, las cierra, vuelve a abrírselas, juega con la muerte, la provoca, la aleja, la llama de nuevo, canta, corre, gratifica a unos esclavos, castiga a otros y compone una sátira exótica durante los entreactos de su voluptuoso suplicio. Tráseas dedica a Júpiter Liberator una libación con la sangre de sus arterias, empobrecidas por la edad. La lanceta del cirujano, convertida en el arma del verdugo, es el temeroso símbolo de un tiempo en que la muerte era realmente el único y heroico remedio de la vida.

El estoicismo, cuya secta rígida ofrece, en medio de la disolución romana, es sólo núcleo de resistencia en derredor del cual podía organizarse un levantamiento contra el tirano, estimula con su resignación aquel horrible desenfreno. Hace más: lo acepta como una gran escuela de dolor y de sacrificio: en vez de espadas y puñales, clava sarcasmos en el corazón de Nerón.

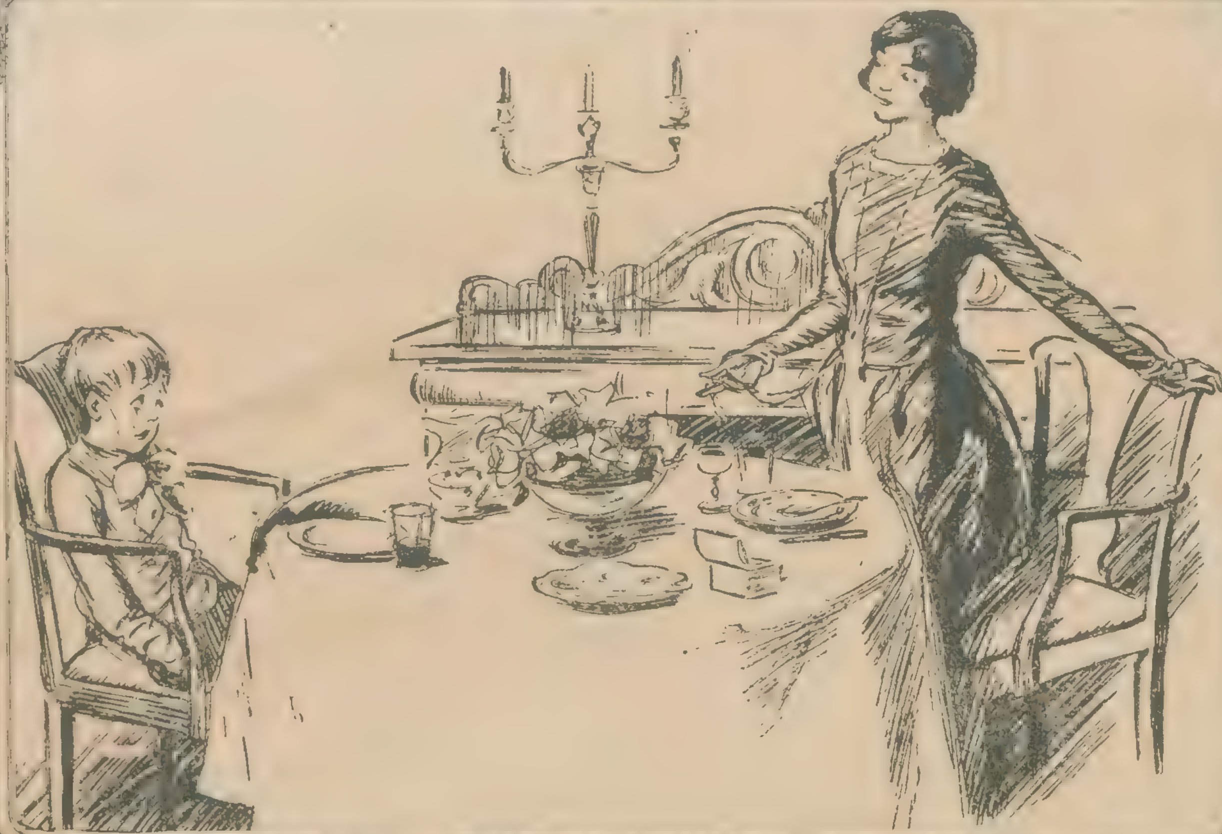
Plauto, una de las víctimas del César

Demetrio le grita: "Me amenazas con la muerte, y la Naturaleza te devuelve tu amenaza." Canio Julio camina hacia el suplicio acompañado de un filósofo, cual hoy van los reos acompañados de un confesor. "Me preguntáis — dice a sus amigos — si el alma es inmortal... Voy a saberlo, y, si me es posible, volveré a sacaros de la duda."

Algunos, indultados por César, renuncian a su gracia y se matan, no queriendo perder la ocasión.

Dejando aparte esta manera trágica de encontrar su fin que tienen los héroes y los filósofos, el reinado de Nerón no es más que una farsa grandiosa en la que el príncipe es a la vez el histrión y el empresario. El mono del apólogo, así que suelta el rayo en que quiso parodiar a Júpiter, vuelve a sus brincos y a sus muecas naturales, y Nerón es, ante todo, un cómico. Para él, el imperio es simplemente un tablado colosal donde puede mostrarse a un público de naciones. Cantante, mímico, atleta, bailarín, actor,

(Continúa en la pág. 51)



"...terminado el almuerzo, al final del cual..."

El niño terrible

Por

MIGUEL ZAMACOIS

Ilustración de L. Pavner

UNANTE! ¡Pillo!

Y, ¡zas! Toto — nueve años — recibía de su mamá, la quinta bofetada de la mañana.

El reloj marcaba las diez menos veinte.

Dado que ese domingo, Toto se había levantado a las nueve, y recibido cinco bofetadas en cuarenta minutos o sea una bofetada cada ocho minutos, más o menos, había, pues, batido todos sus "récords".

ES justicia, también, reconocer que esa mañana, Toto no tenía suerte. Para empezar el día había derramado una parte de su café con leche sobre el cobertor, haciendo un falso movimiento al instalarse en la cama para tomar su desayuno: primera bofetada.

Al salir atropelladamente del lecho, con las piernas al aire, había tropezado con la mesa de noche y hecho caer su reloj, cuyo resorte parecía haberse roto: segunda bofetada.

Al higienizarse, quiso efectuar un molinete con la toalla mojada, y sólo consiguió hacer caer un pequeño florero en el que agonizaba una verbena. El florero "de un golpe de toalla, desmenuzóse" como dijo el poeta, con la única diferencia de que al ruido acudió doña Serafina y: tercera bofetada. Luego, ensayándose en hacer juegos malabares con el jabón y el cepillo de dientes, Toto había enviado simultáneamente ambos adminículos dentro del balde de aguas servidas: cuarta bofetada.

En fin, habiendo conseguido introducir el gato en el fondo de la cama "para ver lo que diría" hizo que el pobre animal se enfureciera y que, al evadirse medio rabioso, obsequiara con un buen arañazo en la mejilla a su verdugo: quinta bofetada, y eran sólo las diez menos veinte.

— ¡Vas a callarte o te sacudo otra! — amenazó doña Serafina, mientras Toto proseguía aullando con todas su fuerzas.

PROSIGUIENDO en su inveterada costumbre, los aullidos transformáronse al cabo de un rato en sollozos; luego, en hipo, y el chico continuó vistiéndose ayudado por la diligente madre.

— Pero, ¿te convences de lo insoportable que eres? ¿Quieres decirme que hay dentro de esa cabeza que nunca pierde ocasión de hacer algo malo? Bueno, ¡basta de lloriqueos! ¡Vístete pronto! ¡A causa de la distribución de premios, que tiene lugar a la una, debemos almorzar a las once y media! ¡Apúrate!, que todavía tienes que ir hasta la casa de la mercera a comprarte un par de guantes de hilo blanco.

Toto puso para calmarse el necesario tiempo que su dignidad exigía, y continuó procediendo a su acicalamiento.

PERO la mala suerte estaba con él. Mientras se calzaba, advirtió que el gato pasaba a su alcance, sin rencor o quizá por falta de memoria. Un repentino deseo de venganza surgió en el corazón de Toto: se aproximó cautelosamente y aprovechando un descuido de su progenitora, quiso remojar abundantemente a su enemigo, pero lo intentó con tan mala suerte que hizo caer el jarrón, cuyo contenido se expandió por el suelo y la manija se hizo pedazos.

Doña Serafina estremecióse de ira:

— ¡Pero, chico del infierno! ¿No podrás estarte quieto un minuto? ¿Será imposible que permanezcas un rato sin causar algún daño?

Y, acompañando estas imprecaciones, una mano pesada completó la media docena de cachetadas.

— ¡Un jarrón de cinco pesos! ¡Si no es una desgracia! ¡Imbécil! ¡Canalla! ¡Te lo descontaré del dinero que te den para tus aguinaldos! ¡Así aprenderás a estarte quieto!

Inútil consignar que durante esa reprimenda, Toto exteriorizaba su rabieta bajo la forma de aullidos inaguantables.

— ¡Basta de gritos o te sacudo otra! — vociferaba doña Serafina mientras lo zamarreaba y lo cinchaba dentro de su traje de gala sensiblemente estrecho.

Prudentemente Toto sorbió un último sollozo y recogió con la punta de la lengua una postrer lágrima.

— Y ahora vete a comprar un par de guantes blancos de hilo... Dirás a la mercera que te los dé un poco anchos a fin de que te duren... Y que mañana pasaré a pagárselos... No demores más de diez minutos... Almorzaremos en seguida que vuelvas...



Aseado, cepillado, lustrado, peinado y con una deslumbradora corbata de seda blanca, anudada al cuello, Toto se encaminó hacia la mercería. A los veinticinco minutos todavía no había vuelto, y doña Serafina, trajeada con sus más vistosas galas lo esperaba impacientemente en el umbral de la casa... Al fin apareció, caminando como con sentimiento.

— ¿Qué te ha pasado, infeliz? Vuelves hecho un asqueroso...

La verdad es que Toto presentaba un aspecto lamentable... Su hermoso sombrero de paja estaba todo ajado; sus zapatos llenos de polvo; los cabellos enmarañados y su cuello se había dado vuelta, y con él la deslumbradora corbata blanca, que ahora colgaba lamentablemente en sus espaldas.

Previendo la séptima bofetada del día, Toto optó por aullar de antemano.

— En vez de gritar, ¡habla!..., ¡explícate!... ¿Qué te ha pasado?

Toto habló, puntualizando su relato con sollozos.

— Fué Eusebio, al que encontré... Ayer me dió un puntapié y se escapó... Entonces, hoy se lo quise devolver... Y como yo era el más fuerte, Gustavo y Jorge se pusieron contra mí y lo ayudaron... ¡Así me han dejado!...

— ¡Si no hubieras empezado, nada te hubiera sucedido, granuja!... ¡Siempre es por tu culpa! ¡Desventurado! ¡Niño dañino!... ¡Sinvergüenza!

Y cayó la inevitable séptima bofetada...

MÁS mal que bien, y con toda premura, el cuello y la corbata fueron vueltos a colocar en su sitio; el sombrero fué reformado; el calzado limpiado y la raya vuelta a trazar al medio del cabello encosmeticado. Con toda prisa se sentaron a la mesa, pues ya eran las doce menos veinte y el tiempo urgía, pues necesitábase veinte minutos para llegar a la ciudad y otro tanto para alcanzar el local del ayuntamiento donde debía realizarse la ceremonia de la distribución anual de premios, bajo la presidencia de honor del señor alcalde.

Terminado el almuerzo — al final del cual Toto recibió la octava bofetada por haber derramado una copa de vino sobre la blanca corbata, — doña Serafina se puso su deslumbrante sombrero, y se encaminaron apresuradamente hacia la alcaldía.

Era día de gran calor.

Casi sin resollar, sudando a mares, madre e hijo llegaron a destino.

— ¿Y tus guantes, Toto? Ya es hora de que te los pongas.

No sin vacilar, Toto extrajo de sus bolsillos dos pequeños harapos húmedos y llenos de barro:

— ¡Son los otros que me los hicieron caer en la acequia!... — explicó, lagrimeando.

PERFILÓSE en el aire la novena bofetada, pero en ese preciso instante el secretario de la alcaldía, que acechaba desde la puerta a los retardados, se precipitó.

— ¡Apúrate, Toto!... ¡Pronto!... ¡Ya ha llegado tu turno!

Y asiéndolo de la mano arrastró rápidamente a un Toto asombrado, escarlata, despeinado, con la corbata deshecha, una mejilla arañada y la otra hecha una lástima a causa de la última bofetada recibida. Cruzó, brutalmente, la concurrencia, y llevando al chico casi en andas, hízole subir de a cuatro los escalones que conducían al estrado, para llegar en el instante preciso en que el señor alcalde anunciaba con voz solemne:

— ¡Serafín Víctor!... ¡Primer premio de buen comportamiento!...

Antología de los grandes poetas

MELENDEZ VALDES

NACIÓ el poeta español Juan Meléndez Valdés en Ribera de Fresno (Badajoz) el año 1754, y murió en Montpellier (Francia) el año 1817. Estudió latinidad y filosofía en su pueblo natal, trasladándose después a Segovia, donde, con la ayuda de un hermano suyo, se desarrollaron sus aficiones literarias. A los diez y ocho años se trasladó a Salamanca a cursar leyes. Cadalso le inició en las bellezas de la antigua literatura castellana; en la misma época entró en relación con Jovellanos, quien ejerció sobre el joven poeta una poderosa influencia. Una égloga premiada en Madrid por la Academia fué la primera obra importante que le dió a conocer.

En 1783 recibió el grado de doctor en leyes. En 1784 obtuvo, con su famosa obra teatral "Las bodas de Camacho", un premio instituído por la villa de Madrid para solemnizar el ajuste de la paz con Inglaterra. En 1785 escribió un libro de poesías, la mayor parte líricas y pastoriles, casi todas notables por su elegancia y delicadeza.

A partir de 1789 desempeñó algunos cargos públicos, lo cual le indujo a meterse en política, abandonando algo la literatura.

Meléndez, que había empezado escribiendo poesías eróticas, cambió luego de rumbo, bajo la instigación y consejo de Jovellanos, que le convidaba sin cesar al cultivo de la poesía elevada, retrayéndose de los asuntos pastoriles y amatorios que constituyeron las primicias de su numen.



En su segunda manera escribió: la oda "A las Artes", la "Despedida del anciano", la oda "Al fanatismo", la oda "A la prosperidad aparente de los malos", etc.

En 1802, después de sufrir un destierro político, fijó su residencia en Salamanca, donde se dedicó a escribir un poema lírico sobre la Creación y una traducción de La Eneida.

Durante la invasión francesa aceptó un cargo bajo el gobierno de José Bonaparte, viéndose por tal razón obligado a emigrar, al producirse la retirada de los franceses.

De sus poesías se han publicado varios volúmenes y ediciones.

A LAS MUSAS

(Fragmento)

Perdón, amables musas, ya rendido,
Vuelvo a implorar vuestro favor: el fuego
Gratas me dad con que cantaba un día
Mis ansias de amor ciego,
O de la ninfa mía
Las dulces burlas, el desdén fingido,
Y aquel huír incierto para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme, en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El escuadrón fulgente,
Que en la noche serena
El ancho cielo de diamantes llena.

. . . .

Alguna vez en el silencio amigo
De la noche callada,
Puedo en sentidos cantos
Adormir mi dolor, y al crudo Cielo
Hago de ellos testigo,
Y en las memorias de mis dichas velo.
Musas, alguna vez, pues luego airada
Temis me increpa, y de pavor temblando,
Callo, y su imperio irresistible sigo,
Su augusto trono en lágrimas bañando.
Musas, amables Musas, de mis penas
Benignas os doled; vuestra armonía
Temple el son de las bárbaras cadenas,
Que arrastro miserable noche y día.

CONVITE A UNA ZAGALA

Por entre la verde yerba
Baja un arroyuelo al prado,
Manchando de espuma y nácar
Las flores que encuentra al paso.
Con mil vueltas se desliza:
Ora va apacible y manso,
Y ora hace un blando susurro
Las guijas atropellando.
La arena en sus ondas bulle,
La arena que entre sus granos
Esconde un oro más puro,
Que el del celebrado Tajo.
Luego el fugaz paso enfrena;
Y parece que cansado
De tanto correr, se duerme
En un plácido remanso,
Do se ven los pececillos,
Ya ir sus cristales surcando,
Y ya que asoman sobre ellos
Con mil bulliciosos saltos.
Los árboles de la orilla
En el fondo retratados,
Dos veces la vista alegran
Con la pompa de sus ramos.
Entre ellos los pajarillos,
O alternan su dulce canto,
O de rama en rama vuelan
Lascivos y alborotados.
Aquí un ruiseñor se escucha
Querellarse enamorado;
Y allí tras su compañera
Sale un colorín volando.
Allá la tórtola gime,
Y al arrullo solitario
Rendida, su fiel consorte
Le vuelve un quejido blando.
Las oficiosas abejas
En un tomillar cercano,
Con dulce trompa susurran
Entre violas y amarantos.
Aquí está la grata sombra
Del álamo consagrado,
Zagala hermosa, a tu nombre,
Desde que en él nos hablamos.
Crece en su lisa corteza,
Tallada por mi fiel mano,
Nuestra cifra (¡eterna dure!)
Entre un mirto, al Amor grato.
Pues, ¡ay!, ¿qué nos detenemos?
Ven a su umbroso descanso,
Que ya del sol y tus ojos
No puedo llevar los rayos.
Ven, y a mis ruegos te inclina:
Dame, adorada, la mano,
Que bien este don merece
Quien su corazón te ha dado.
Celebrarán nuestra gloria
Las avecillas cantando,
Murmurando el arroyuelo,
Y balando los ganados.

LOS HOYUELOS

¿Sabes, di, quien te hiciera,
Idolatrada mía,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mejillas?
¿Esos hoyos que loco
Me vuelven, que convidan
Al deseo y al labio
Cual copa de delicias?
Amor, Amor los hizo,
Cuando al verte más linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un día.
Mas tú que fueras siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz a los juegos
Insensible y esquiva,
La cabeza tornabas
Y sus besos huías;
Y él doblando con esto
Más y más la porfía,
Apretó con las manos
En su inquietud festiva
La tez llena, suave;
Y así quedara hundida.
De entonces, como a centro
De la amable sonrisa,
En ellos mil vivaces
Cupidillos se anidan.
¡Ah! Si yo en uno de ellos
Transformado... su fina
Púrpura no, no ajara
Con mis sueltas alitas.
Pero tú, aleve, ríes;
Y con la risa misma
Más donosos los haces,
Y mi sed más irritas.

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS

(Fragmento)

En medio de su gloria así decía
El pecador: "En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mía.
A las nubes mi frente se levanta
Y en el cielo se esconde.
¿Dónde está el justo? ¿Las promesas dónde
Del Dios que humilde canta?
Hiel es su pan, y hiel es su comida,
Y espinas son su lecho:
Con su inútil virtud ¿qué fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.
A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades,
Y ellos mi ínclita fama a las edades
Lleven más apartadas.
Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Sólo el del poderoso va creciendo
Y a las estrellas sube.
Caiga, caiga en mis redes su simpleza."
Él habló, yo pasaba,
Mas al tornar por verle la cabeza
Ya no hallé dónde estaba.
Su gloria se deshizo, sus tesoros
Carbones se volvieron,
Sus hijos al abismo descendieron,
Sus risas fueron lloros.
La confusión y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomaron,
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenía.

LA PALOMA DE FILIS

. . . .
Después que hubo gustado
De Filis la paloma
El regalado néctar
de sus labios de rosa,
La deja, y de un vuelito
Al hombro se me posa,
Y de allí lo destila
Con su pico en mi boca.
Yo apurélo inocente;
Pero, ¡ay!, ella, traidora,
Me dió del amor ciego
Mezclada tal ponzoña,
Que el pecho se me abrasa
En ansias y zozobras,
Después que hubo gustado
De Filis la paloma.

EL AMOR MARIPOSA

Viendo el amor un día
Que mil lindas zagalas
Huían dél medrosas
Por mirarle con armas,
Dicen que de picado
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo,
Como suya, extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.
¡Oh, qué bien que parece!
¡Oh, qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!
Ya en el valle se pierde;
Ya en una flor se para;
Ya otra besa festivo,
Y otra rinda y halaga.
Las zagalas al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una a cogerle llega,
Y él la burla y escapa;
Otra en pos va corriendo
Y otra simple le llama.
Ya que juntas las mira,
En un punto mudada
La forma, Amor se muestra,
Y a todas las abrasa.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido,
Y así a todas alcanza.
También de mariposa
Le quedó la incenstancia;
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

DE LA VERDADERA PAZ

Delio, cuantos al Cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y a Dios la están continuo demandando.
Las manos extendidas,
En su hogar pobre el labrador la implora,
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar, la demanda el mercader que llora.
¿Por qué el feroz soldado,
Rompiendo el fuerte muro, a muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay, Delio! Así asegura
El ocio blando que la paz procura.
Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla y gimen;
Mas por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazón comprimen.
¿Por qué no el verdadero
Descanso hallarse puede ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarín, causa de lloro;
Sino sólo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores;
Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Sólo en el Señor fía,
Y veces mil le ensalza cada día.
Cuando de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado Oriente
La risueña mañana,
Cuando en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el cenit fulgente;
O cuando el veloz umbroso
Corre la augusta noche, y al rendido
Mundo llama al reposo,
Y el escuadrón lucido
De estrellas llena el ánimo embebido;
Ensálzalo y le entona,
Humilde en feudo, el cántico agradable
Que su bondad pregona,
Su ley santa inefable
Con faz obedeciendo inalterable.
¡Oh vida! ¡Oh sazonado
Fruto de la virtud! ¡De la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Cuándo el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo:
¡Cuándo será que deje
El suspirar, temer y el congojoso
Mandar, o que se aleje
Del oro, a su reposo
Muy más letal que el áspid ponzoñoso!
Entonces tornaría
Al lagrimoso suelo la sagrada
Alma paz, y sería
Tan fácil, Delio, hallada,
Cuán hora es, ¡ay!, en vano procurada.

"...Tomaban en serio sus deliberaciones estupendas..."



De tierra adentro

Por FEDERICO B. SOLER



AL pueblito de mi cuento se lo denominaba "Puerta del diablo", en honor y homenaje a las diabluras que a continuo se fraguaban.

Aquella noche la sala de reunión, en donde el "Club de la Liga" celebraba sus fulminantes acuerdos, estaba deslumbrador más que nunca.

La luz caía cruda sobre las cabezas cerdudas de los congresales, que tomaban en serio sus deliberaciones estupendas.

Este club era el gran consolador de toda esa pobre gente, y don Fausto, hombre diablo y ambicioso, había sabido captarse sus votos para la elección desde que fué de la comisión directiva, con aquella famosa moción que hizo pasar, verdadera ley de olvido, que perdonaba las mensualidades atrasadas, quemando los recibos y abriendo nuevos libros a fin de regularizar la marcha del club, lo que consiguió en parte sin que por esto los demás socios, tertulianos asiduos, se dieran por entendidos contando siempre con la proverbial vista gorda del flamante presidente.

Don Fausto, con este formidable contingente que no le costaba más que uno que otro cigarrillo, así, al pasar, o alguna copa de vino o anís cuando respiraban fuerte, y que el bolichero de la esquina, don Simón, guardaba muy bien de cobrarle, manejaba el club a su manera haciendo lo que le daba la real gana.

Hombre de relativo bienestar, rico para aquel pueblo, era estimado y respetado por la mayoría porque todavía no había mostrado la "hilacha".

El comisario Zabala era su amigo, y buenos servicios le prestaba de cuando en cuando en sus apuros financieros de poca monta, es cierto, pero algo frecuentes.

El cura, criollo viejo, gran comilón, buen bebedor y conversador agradable, simpatizaba con don Fausto, a cuya mesa se sentaba frecuentemente gracias a la habilidosa cocina de misia Mercedes, que se esmeraba en esas ocasiones.

Sólo el presidente municipal que estaba mal con el cura y el comisario, y que también aspiraba a la diputación provincial, no miraba con buenos ojos a don Fausto, en quien veía, por anticipado, sin equivocarse, a un probable competidor.

Los albores de una nueva lucha electoral no tardaron mucho en presentarse. Los dos candidatos, atrincherados cada cual en su plaza fuerte, el uno en el "Club de la Liga", y el otro en la Municipalidad, empezaron a tirotearse primero, y luego a tirarse a fondo.

La villa se descompaginó en dos bandos, los faustistas y los villistas, porque hay que saber que el presidente de la municipalidad se llamaba Villa.

Los dos grupos se canallaban y trompeteaban que era un gusto.

Nadie era ya hombre de bien, la honradez y la probidad de todos, eran, según los bandos, arrastradas por el suelo por los contrarios, de la manera más inconcebible.

Como surgidos de la nada, aparecieron dos periódicos "El Látigo" y "Justicia", y dos nuevos personajes, los redactores de ambos, ajenos al pago, y a quienes nadie conocía, sentaron sus reales en la villa de "Puerta del Diablo".

Al siguiente día, desde las columnas impresas, empezaron un espantoso bombardeo de todo, sacando al sol cueros reales o imaginarios a medio mundo.

Los ánimos se hallaban exaltados ya; cada cual, por precaución, cargaba revólver, y algunos, agregaban a su arsenal personal filosa daga de hoja de lima, que amorosamente colocaban entre el chaleco con la empuñadura al lado del sobaco.

Allí ya nadie se saludaba; todo el mundo era enemigo.

El gobierno había helado el alma del comisario con órdenes rajantes de abstención, y un tétrico anónimo sellado con una calavera y un puñal sellaron los labios del cura.

El comisario tuvo una idea luminosa, y sin consultar a nadie, pidió la intervención. El herrero del pueblo fué nombrado interventor. Y he aquí al señor Pastraña, hombre ducho y severo, investido con todas las inmunidades que el cargo demandaba.

Pero la consternación fué general. Pastrana llegó, y si al principio de su desempeño hubo palizas entre los dos bandos, Pastrana, repetimos, se arregló de una manera tan salomónica, que bien pronto puso paz al conflicto.

Con habilidad suma "trabajó" a ambos contendientes y decidió apoyar al opuesto hacendado don Fausto, gauchón ladino, quien, desconfiándole al interventor Pastrana, le ofreció lo que quiso, pero a pagar después.

Don Fausto triunfó con gran estupefacción de todos y cada uno; los dos periódicos elevaron un himno de alabanzas al distinguido e ilustrado ciudadano que sacrificaba su bienestar y su fortuna en aras de la patria, y los enemigos de ayer, bajo el cielorraso de arpillera pintada como decoración de teatro, empezaron a sonreírse y se apresuraron a darse la mano.

El ex presidente de la municipalidad, mascando coca y rabia, se conformó con seguir "la corriente", pero con la promesa de ser elegido en otras elecciones.

Sólo el soberano pueblo, que recibiera las palizas y las puñaladas, no tuvo ni siquiera la esperanza de que se les rebajaran los impuestos.



Grata Frescura
en el Rigor del Verano

Las damas que representan el ideal de la belleza argentina, anteponen las Aguas de Colonia "4711" a los demás perfumes. Debido a su calidad suprema y a la selección de sus componentes, las Aguas de Colonia "4711" refrescan, vivifican y confieren ánimo y vigor para combatir con éxito las molestias del calor intenso.

"4711" Etiqueta azul-Oro La legítima Agua de Colonia que se destila desde el año 1792 de acuerdo con la receta original de la ciudad de Colonia.

"4711" Nenita Agua de Colonia económica, destilada de acuerdo con el gusto porteño. Su perfume es exquisito, muy persistente y revela distinción. Frasco prueba, **$ 0.70**. Por correo, **$ 0.90**.

"4711" Flor de Durazno Agua de Colonia muy adecuada al gusto de las personas a quienes agrada un perfume fuerte y atrayente. Reemplaza con ventaja a la loción más fina. Frasco prueba, **$ 0.70**. Por correo, **$ 0.90**.

Las "4711" Aguas de Colonia destiladas por la "4711" Eau de Cologne & Parfümerie-Fabrik-Colonia/Rhin se envasan en nuestra Sucursal Bs. Aires.



Representante: Pablo Harpe MÉJICO 1069

N°4711. Aguas de Colonia

"4711" Etiqueta azul-Oro "4711" Nenita "4711" Flor de Durazno

Agua de Colonia "4711" "Nenita". Al adquirir un frasco de Agua de Colonia "4711" "Nenita" (exceptuando el de $ 0.70) en todos los establecimientos entregarán un ejemplar del nuevo tango "Nenita" que se ha hecho popular y de moda.

JABON "4711" exquisitamente perfumado. Refresca y embellece el cutis.

Manual de labores

FLORES DE PLUMAS

Las flores de pluma son de una belleza singular.

Las flores hechas de esta manera, imitan admirablemente las flores naturales, y forman bouquetes deliciosos.

Cada una de las anémonas que se ven agrupadas en el bouquet del florero representado en el grabado, se confeccionan muy fácilmente de acuerdo con las instrucciones siguientes:

Se toman ocho plumas blancas, cor-



Fig. 1

tas pero flexibles y suaves; plumas de ánade, de pollo, etc., y se las corta según la forma dada en la figura 4, usando tijeras muy afiladas con las cuales se pueda cortar muy netamente los bordes y la pluma a fin de darle la silueta perfecta que se quiera.







Fig. 2 Fig. 3 Fig. 4

Para hacer los estambres del centro, se emplea un alambre fino de seis a siete centímetros de largo, se coloca una pequeña cuenta de vidrio amarillo en el medio y se barrenan las extremidades como lo muestra la figura 2; se juntan así cinco a seis cuentas montadas sobre alambre (fig. 3). Una de ellas será montada en un alambre más





Fig. 5 Fig. 6

largo, de diez y seis a diez y ocho centímetros de longitud, que formará el tallo de la flor.

Se enrollan estos alambres con cuentas, en la parte alta, con algodón blanco (fig. 3), y usando siempre el mismo hilo de algodón se colocan los pétalos de pluma alrededor del centro (fig. 5). Se cierra y aprieta bien, y se curvan los pétalos en la última vuelta.

Una cinta de caucho verde, como la que se emplea para montar las flores artificiales (figura 6), se enrolla después sobre el alambre del tallo.

Advertimos que se puede valer del dorso de un cortaplumas para curvar las plumas, según la forma que se desee.

La parte interior hueca (se la dispone hacia el interior de la flor), para lo cual se cierra el lado del medio de la pluma entre el pulgar derecho y el dorso del cortaplumas manejado con la mano derecha.

TRABAJOS CON HILO DE LANA

Vamos a dar las instrucciones convenientes para confeccionar con las agujas especiales que se usan para trabajar con hilo de lana, un cuello de abrigo, instrucciones que servirán después para trabajos análogos.

Se necesita un simple marco de madera y la indispensable aguja.

1. Manera de clavar la aguja en la tela y de retener con la mano izquierda el bucle



Los bucles se hacen del modo que se ve indicada en el grabado número 1, donde se notará la forma de tender la tela estirada en el marco, sujetándola con chinches, y también el modo de clavar la aguja con la mano derecha y de retener con la izquierda el bucle.

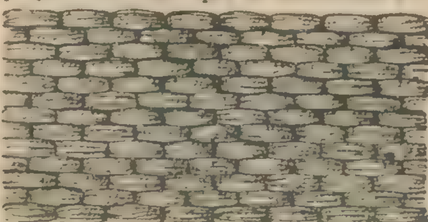


2. Modo de cortar los bucles

Se enhebra la aguja por arriba con diez hilos, como lo muestra la figura 1.

El trabajo se ejecuta por el revés, trazando previamente con lápiz, sobre el revés de la tela, los contornos del trabajo que se desea hacer.

Se clava la aguja en la tela hasta el pequeño tornillo que se encuentra a la



3. Anverso del trabajo

mitad del tubo, y que sirve para dar la extensión del bucles que debe medir unos tres centímetros de largo, reteniendo el bucle por debajo. Después de retirar la aguja, se clava de nuevo a un centímetro de distancia, sujetando siempre el bucle anterior que no debe soltarse sino para tomar el siguiente.

La segunda vuelta se hace como la

(Continúa en la pág. 43)

Para ALHAJAS FINAS de calidad y buen precio no busque otra casa, visite **El Trust Joyero - Relojero**

Nº 5—**ANILLO** de platino, 1 brillante de primera agua, pesos **400**

Nº 4—**ANILLO** de oro 18 k. y platino, 1 brillante, diamantes y zafiros.......... $ **265**

Nº 1—**ANILLO** de oro 18 k. y platino, 2 brillantes, 1 esmeralda fina y diamantes.... $ **450**

Nº 2—**ANILLO** todo de platino, 6 brillantes y [illegible] firos calibré, pesos **500**

Nº 3—**ANILLO** de oro 18 k. y platino, 1 brillante, perla fina y diamantes, pesos **350**

Nº 18—**JUEGO de ALIANZAS** de oro 18 k., macizas, ultra modernas, de 6 gramos de peso cada una, con un cintillo de oro 18 k. y platino, 3 brillantes y dos zafiros de primera.... $ **235**

Nº 14—**ANILLO** de oro 18 k., con 1 brillante y 2 zafiros engarzados en platino, pesos **145**

Nº 19—**JUEGO de ALIANZAS** de oro 18 k., macizas, media caña, de 6 gramos cada una, con un cintillo de oro 18 k. y platino, con 5 brillantes............... $ **215**

EDIFICIO PROPIO

Nº 10—**AROS** de oro 18 k. y platino, brillantes, diamantes y zafiros, pesos **200**

Nº 12—**AROS** de oro 18 k. y platino, con dos brillantes y diamantes, pesos **160**

Nº 13—**AROS** de oro 18 k. y platino, con dos brillantes y diamantes, pesos **210**

Nº 16—**JUEGO de RELOJ y CADENA.** El reloj es de oro 18 k., con 3 tapas: 2 son grabadas artísticamente; máquina finísima E. T. J. Relojero Suiza, garantida por diez años; la cadena es de oro 18 kilates maciza, de último modelo. El juego, pesos **225**

Nº 8—**Par de GEMELOS** de oro 18 k. y platino, 1 brillante y diamantes, pesos **130**

Nº 6—**PENDENTIF** de oro 18 k. y platino, 2 brillantes y diamantes, con collar de platino..... $ **650**

Nº 15—**PULSERA con reloj** de oro 18 k. blanco, inalterable, imitando platino, con **zafiros y diamantes**, máquina Suiza garantida por 5 años .... $ **115**

Nº 7—**MEDALLA** de oro 18 k. y platino, nacar, diamantes y zafiros, pesos **95**

Nº 11—Gran oportunidad **PULSERA RELOJ** de oro 18 k., fuerte [illegible] Suiza garantida, con 8 diamantes [illegible] $ **55**

Nº 9—**ALFILER** de oro 18 k. y platino, 1 brillante de primera, pesos **80**

ARTICULOS PARA REGALOS

En nuestro edificio hemos habilitado el 1º y 2º piso exclusivamente con objetos apropiados para REGALOS.

El Trust-Joyero-Relojero

Carlos Pellegrini esq. Corrientes - Buenos Aires

Nº 17—**PULSERA** de oro 18 kilates, de gran moda, con piedras cabouchón de varios colores......... $ **85**

CATALOGO L 1926

Se envia gratis a quien lo solicite desde el interior de la Republica

"Reyes" modernos

Por RAFAEL DI YORIO

Personajes: EMILIO, MARIO y OFELIA.
Escena: Un "hall" con un balcón a la calle.



"...Tengo que hacerle una pregunta..."

EMILIO. — *(Entra con Mario. Trae una botella y dos vasos.)* Sí, todos han salido... Hasta la llave de la despensa ha salido... Así que disculparás si sólo destapo una botella de cerveza. *(Lo hace, y sirve.)*

MARIO. — No hacía falta... Venía a buscarte para dar una vuelta...

EMILIO. — Mentira. Tú has venido creyendo encontrar a mi hermana en casa...

MARIO. — Hombre...

EMILIO. — Tú quieres a Ofelia. No lo niegues.

MARIO. — Te diré...

EMILIO. — Titubeas. Luego, afirmas. Y ¿por qué no te le has declarado? Tienes mi consentimiento, porque eres un buen muchacho. Juegas a las carreras, no simpatizas con el trabajo, y hasta creo que le debes dos trajes al sastre.

MARIO. — Un momento... Se los debes tú. Yo sólo fuí tu garante.

EMILIO. — En fin, que harías un excelente cuñado.

MARIO. — Pero, ¿acaso ella sospecha...?

EMILIO. — ¿Que eres todo eso?

MARIO. — ¡No! Si sabe..., si cree que yo...

EMILIO. — ¿Y cómo quieres que lo sepa, con la batata que te cazas cada vez que podrías dárselo a entender?

MARIO. — En fin, te confieso que soy algo tímido... Cuando hay gente, preparo mi discursito, pero ni bien nos quedamos a solas, se me traba la lengua... La miro, ella me mira, largo el primer monosílabo, ella se sonríe, y adiós...

EMILIO. — Es que se divierte.

MARIO. — Entonces no hay nada que hacer.

EMILIO. — ¡Al contrario! ¿Qué es el marido? Un juguete. Cuando la mujer se divierte con un hombre es porque ha encontrado su juguete.

MARIO. — Bueno; salgamos. Si que no podré contar con tu ayuda.

EMILIO. — Te equivocas. Cuenta conmigo. No por nada somos como hermanos desde el banco de primer grado... Acuérdate cuando, por un borrón que me hiciste en el cuaderno, casi te borro un ojo de la cara.

MARIO. — Y no era yo el culpable...

EMILIO. — Pero tenías cara de culpable...

MARIO. — Esa era la prueba de mi inocencia... De ser culpable, hubiera tenido cara de angelito...

EMILIO. — Por ese chiste, que de otra parte no debe ser tuyo, voy a darte una idea espléndida... ¡A ver! ¿Qué hay sobre ese musiquero?

MARIO. — Dos zapatitos de raso... ¿Son de "ella"?

EMILIO. — Sí, son de Ofelia. Los puso allí para el regalo de los "Reyes"...

MARIO. — ¿Todavía cree en los "Reyes"?

EMILIO. — *(Mirándolo con lástima.)* ¡Qué excelente marido harás con el tiempo!

MARIO. — ¿Y esa idea espléndida?

EMILIO. — Poco a poco. ¿Tienes ahí algún retrato tuyo?... Sería lo mejor.

MARIO. — Casualmente..., aquí tengo uno... Uno que...

EMILIO. — Basta. Uno que tiene dedicatoria.

MARIO. — ¿Cómo sabes?...

EMILIO. — Bueno, dámelo. *(Mario lo saca delicadamente de la cartera y se lo entrega.)* ¡Ajá! Linda la dedicatoria. Sobre todo, nada cursi. *(Lee.)* "Mientras el rocío de tu celestial mirada baña la modesta efigie, el original, tímidamente, espera." Bueno; coloquémoslo en uno de los zapatos...

MARIO. — ¡Cómo!

EMILIO. — ¡Claro! Los "Reyes" quieren regalar un marido.

MARIO. — Es muy original...

EMILIO. — Por no desentonar con la dedicatoria. *(Pone el retrato.)*

MARIO. — Emilio, por este servicio pídeme lo que quieras.

EMILIO. — Cincuenta pesos prestados, después del éxito.

MARIO. — Ahora mismo... Le jugué quince a Botafoguito...

EMILIO. — No. Después del éxito me prestarás los cien pesos.

MARIO. — ¿No eran cincuenta?

EMILIO. — Si te empeñas, te aceptaré ciento cincuenta..., pero después del éxito. *(Y toma de la percha los dos sombreros.)*

II

MARIO. — *(Por engañar la espera, se pasea. Está muy nervioso.)*

EMILIO. — *(Entra de pijama, despeinado, los ojos hinchados de dormir.)* ¡Qué tal!

MARIO. — ¿Estabas durmiendo?

EMILIO. — Como anoche nos separamos tan tarde... ¿Qué hora es?

MARIO. — Las cuatro.

EMILIO. — ¿Y? ¿Qué te trae por aquí?

MARIO. — Deberías suponértelo...

EMILIO. — ¿Yo?...

MARIO. — ¿Pero no consideras mi impaciencia, después del rasgo de audacia que anoche llevé al cabo por tu consejo?

EMILIO. — ¡Más despacio! Yo no te aconsejé que arrastraras a cuanto amigo te topaste, y gastaras ochenta pesos en una cena...

MARIO. — Pero, ¡quién te habla de eso! ¡El retrato! ¡El zapato!

EMILIO. — *(Golpeándose la frente.)* ¡Ya me acuerdo! ¿Y?... ¿Cómo te fué?...

MARIO. — ¿Acaso lo sé?

EMILIO. — ¿No?... *(Llamando.)* ¡Ofelia!

MARIO. — ¡Espera que me prepare!...

(Continúa en la pág. 57)

La caricatura en el extranjero



DURANTE UN PARTIDO DE RUGBY

El que está abajo, sin perder el buen humor.— Por suerte, dentro de dos meses comenzaremos a jugar cricket.

(DE "THE MERRY MAGAZINE", LONDRES)



EN LA TIENDA

La amiga.— Ya que no piensas comprar nada, es mejor que revisemos las cosas caras...

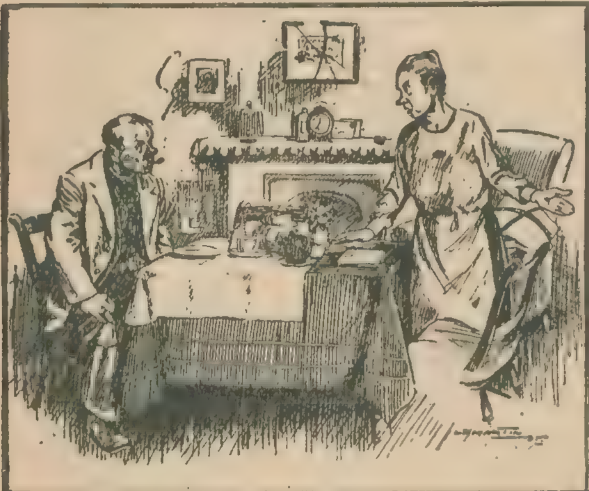
(DE "THE HUMORIST", LONDRES)



ORGULLO VARONIL

—No, mamá, no quiero que me cortes el cabello. No quiero ir por la calle como una chica...

(DE "THE MERRY MAGAZINE", LONDRES)



POR LAS CONSECUENCIAS

—Te ruego que no empieces a discutir conmigo, Alberto, porque acabo de arreglar esta pieza...

(DE "THE HUMORIST", LONDRES)



LOS NUEVOS RICOS

El huésped.— Parece un cuadro de Rembrandt.
El nuevo rico.— Lo compré por tal.
—¿Es genuino?
—Me dieron una garantía por tres años

(DE "THE PASSING SHOW", LONDRES)



LAS SIRVIENTAS MODERNAS

—Le ruego, entonces, que venga a trabajar el jueves próximo...
—Caramba, señora; ese es el día en que yo iba a salir de su casa.

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



DIFÍCIL DE CONTESTAR

—Me permite, señor: ¿es ésta la segunda esquina, a la derecha?

(DE "PUNCH", LONDRES)



SUGESTIÓN

Lo que parece suceder cuando uno quiere echar a la calle un gato en un día de lluvia y de frío.

(DE "JUDGE", NUEVA YORK)



LA TEMPERATURA Y LA CONVENIENCIA

—Parece que esa señorita tuviera frío.
—Si mi tapado hubiera estado listo para hoy, yo hubiera sentido lo mismo...

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Mister Palock Homes usa tan a menudo su pipa como revólver...



...que nadie puede extrañarse de que a veces se equivoque.

(DE "PUNCH", LONDRES)



UN REGALO ADECUADO

—¿Qué te parece bueno regalarle a Juanita para su cumpleaños?
—Me parece que lo mejor será la novela "Las edades del hombre".

(DE "LONDON OPINIÓN", LONDRES)

Descubrimiento del barómetro

AL recorrer, aunque sea someramente, las páginas de la historia de la humanidad, sobresalen en ella hombres tan eminentes, acciones tan heroicas y épocas tan brillantes, que sería preciso revestirse de la indiferencia más culpable para pasar inadvertido a nuestra admiración; de la misma manera en la historia de las ciencias aparecen tipos tan esclarecidos y descubrimientos tales, que por su importancia y ventajas que reportan grábanse con los más indelebles caracteres en la época en que nacieran, formando un brillante período en los fastos científicos.

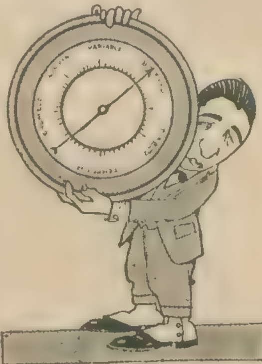
Tal es el notable descubrimiento del 1643, en cuyo honor la Universidad de Wittemberg instituyó, un siglo después, la fiesta secular Torricelliana, año del que la física se enorgullece, recordándole con el más vivo entusiasmo.


Galileo Galilei


Benedicto Castelli

La imponderabilidad del aire era admitida por los sabios anteriores a esta época, pues si bien se tenían ideas vagas de lo contrario, no supieron demostrarlo. Aristóteles sospechó el peso del aire, y los epicúreos comparaban el viento a una corriente de agua; sin embargo, faltaba un experimento definitivo que corroborase tales aserciones, y para explicar el ascenso de los líquidos en el interior de los tubos, se echaba mano del aforismo tan decantado como absurdo resumido en estas palabras: *la naturaleza tiene horror al vacío.*

Pero llegó un día en que el gran duque de Florencia tuvo el singular proyecto de elevar el agua a las habitaciones superiores de su palacio, sin sospechar que tal deseo iba a inmortalizar a un sabio, siendo la piedra fundamental sobre que descansara la construcción de uno de los aparatos más maravillosos que las ciencias físicas poseen. Expresado su intento a los fontaneros florentinos e instaladas que fueron las cañerías y bombas, se observó, cuando comenzaron a funcionar, que el agua, ascendiendo hasta treinta y dos pies, se estacionaba como contenida por una fuerza superior. Se creyó que este fenómeno era resultado de faltas puramente materiales en la construcción de los tubos; pero inspeccionados con escrupulosidad, se vió con general asombro que todo se hallaba como era de desear.



Cuestión era ésta por demás trascendental para que no ocupase a los sabios coetáneos, viendo tirado por tierra el pretendido horror al vacío: sólo un hombre se creyó digno rival capaz de oponerse frente a frente a tan raro problema, y éste fué el ciego florentino Galileo Galilei. Precisado a poner un dique, siquiera fuese superficial contra la revolución científica operada por el atrevido pensamiento del gran duque, y obligado a dar pronta solución, se contentó con responder: "El peso mismo del agua impide elevarse a mayor altura la columna líquida." Respuesta que demuestra bien claramente no ser el error esclusivo patrimonio de la ignorancia, sino también peculiar de los hombres de ciencia.

Existía por aquella época la Academia fundada por el naturalista italiano Federico, príncipe de Cesi, titulada de los Lincei, entre cuyos individuos se encontraban el fraile toscano Benedicto Castelli, discípulo de Galileo, Miguel Ricci y Evangelista Torricelli. Este joven, conocido ya entre los sabios por su obra "De motu" y grandes conocimientos físicos, no hallando satisfactoria la solución de Galileo, sin embargo del gran respeto que demostraba a su célebre anciano maestro, se comprometió a dar desde el retiro de su gabinete una demostración más convincente, y a fuerza de inducciones llegó a entrever el principio de una notable teoría, conociendo que iba a salir airoso del sacrificio que en aras de la ciencia se impusiera. "Si el peso del agua — dijo — no permtie a ésta elevarse a más de treinta y dos pies, ¿por qué no le impide llegar a ese punto?" Basado en esta suposición, y reflexionando sobre ella, sospechó, con razón, que cuando no hay cuerpo alguno que obre en el interior de los tubos sobre la superficie de los flúidos, el contrapeso que los sostiene a un determinado nivel es el peso del aire que gravita directamente sobre la capa superior de los mismos. Pasando del razonamiento a la experiencia, supuso que a ser cierta su teoría, el mercurio, 13,6 más denso que el agua, sólo debía ascender a veintiocho pulgadas. Hízolo así, introduciendo mercurio en un largo tubo de cristal, y vió coronados sus afanes con el descubrimiento del barómetro, aparato tan sencillo como de incalculables aplicaciones, que por sí sólo le inmortalizara, si no ocupase ya uno de los primeros puestos entre los académicos de los Lincei. El aserto, pues, del "fuga vacui", era una quimérica ilusión hija de la más crasa ignorancia.

Al dar cuenta Torricelli a su amigo Ricci de su precioso descubrimiento, que llenaba un gran vacío creando una ciencia nueva, le decía: "que con su instrumento podía llegar a conocer cuándo el aire era más ligero o más pesado", y que éste "pierde en densidad a medida que se eleva sobre las cimas más altas de los montes".

Sabedor su pariente Pascal de esta experiencia por el padre Mersenne, la hizo demostrar en Mont-Dose, después de probar él mismo la verdad de la segunda observación en una de las torres de París y en Puy de Dome por medio de Perrier.

Con pruebas tan definitivas no cupo duda alguna sobre la ponderabilidad del aire y de su presión sobre las columnas de los líquidos con que se operó.

Actualidades gráficas

Nuestro gran mundo

FOTO VAN RIEL

Señora
Nelly Pietranera
de Sicardi





Señorita María Alicia Molina, que contraerá enlace en abril próximo con el señor Amílcar A. Muschietti

La moda de la sombrilla japonesa en Mar del Plata



Señorita de Romero



Una coqueta precoz



Señorita de Quiroga



Señora María Elena Casares de Miguens y su hijito



Una pebeta que promete



Señoritas de Monlao



La visita de Franco a Mar del Plata



El comandante Franco, conducido por la lancha de la Prefectura, a su llegada a Mar del Plata



El intrépido aviador español, después del desembarco, rodeado de las autoridades, miembros de la comisión de recepción y periodistas



Franco y Durán, durante su visita a la Sociedad Española de Mar del Plata, donde se les hizo entrega de una medalla de oro



El público en los murallones del puerto esperando la llegada de los aviadores

En el mundo del cine



Una expresión de Thomas Meighan que refleja la fuerza interpretativa del gran actor de la Paramount

FOTO FAMOUS-PLAYERS-LASKY CORP.



FOTO FAMOUS PLAYERS LASKY CORP

En "El Correo Aéreo", producción que la Paramount acaba de presentar a nuestro público, interpreta el papel de protagonista la actriz Billie Dove, a quien representa nuestra fotografía en una escena de la mencionada película



FOTO FAMOUS-PLAYERS-LASKY CORP.

Margaret Morris, perteneciente al elenco de la Paramount, ha sido reconocida como una de las mejores nadadoras aficionadas de las playas yanquis. Miss Morris ha dictado con frecuencia, por radio, conferencias sobre natación, y viste en tales ocasiones la malla de los balnearios



FOTO METRO GOLDWYN MAYER

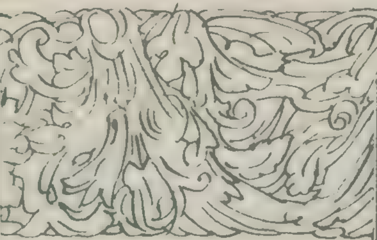
Sally Long, antes una de las estrellas del Ziegfeld Follies, ha sido contratada por la compañía Metro Goldwyn Mayer, anunciándose para dentro de poco tiempo su estreno en la pantalla

Paseos por el mundo

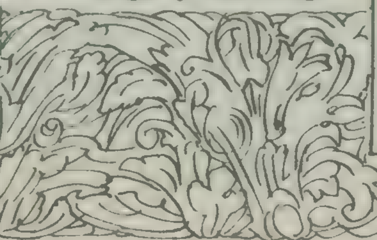
Buda en Alemania



Edificio del convento de la misión budista en Frohnan



PARECERÁ un tanto exótico que en los centros más influenciados por la civilización esencialmente europea pueda florecer una religión como el budismo, que tiene su origen y ejerce su secular influencia en los países orientales. Sin embargo, el hecho es cierto, pues la difundida religión bramánica, buscando prosélitos para sus dogmas, ha llevado sus templos al mismo corazón de Europa. Es en Frohnan, localidad próxima a Berlín, donde una misión budista, dirigida por uno de los más ilustres predicadores de la secta, ha fundado un convento, en todo al estilo oriental, donde con riguroso celo se observan y practican los ritos de la antigua y sabia religión.





El predicador ambulante Dharmapala, a la entrada del templo de Frohnan



Portal de la "Casa de Buda", una imitación del Stupa de Sandji



En el convento de Frohnan, el predicador Dharmapala, que es a la vez director de la Asociación Mababodhi, de Calcuta



"...la barranca tenía una especie de cornisa..."

El Lorohuasi

Por

LUIS L. FRANCO

(Para el Hogar)

Ilustración de Gustavo Goldschmidt



ONTADOS en sendos burritos y arreando uno cargado, Lorenzo Aballay y su mujer marchaban por el campo desierto. El solazo de enero se volcaba ya de lleno sobre el jarillal inmenso y árido, que daba como un olor de chamusquina. El cielo era de una limpidez cruel. Sólo allá lejos, en el horizonte, se columbraba una nubecilla blanca. El polvo levantado hacía estornudar los jumentos. El silencio profundizaba la soledad. Se oía, rarísimo, el grito de algún pájaro. Al pasar junto a una retama, unos caranchos levantaron pesadamente el vuelo de sobre una osamenta ya limpia.

Promediaba la mañana cuando los viajeros llegaron al pie del Lorohuasi.

Era éste un enorme barranco de ocho a diez metros de altura, que caía a plomo sobre el lecho de un arroyo seco. Toda su parte superior negreaba de agujeros: eran las cuevas de los loros.

Loros sin número revoloteaban junto a esas cuevas, se posaban en ellas, se alzaban más arriba de la barranca, se alejaban en verdes nubes bullentes, regresaban, todo en "queoqueo" más ruidoso que un repiqueteo de campanas o un recreo de escolares.

La pareja detuvo sus burros un poco más allá del Lorohuasi, donde un manchón de humedad se destacaba en la arena reseca: era un pequeño manantial, casi agotado ahora por el calor, pero que en invierno dejaba correr un hilo de agua. La mujer y el hombre se apearon; y éste arrodillado en la arena, comenzó a cavar un pocito, que poco a poco fué llenándose de agua. Entonces bebieron él y su mujer, llenaron los chifles que traían en las alforjas, abrevaron sus borricos y regresaron a pie al Lorohuasi. Allá, encima del talud, despuntaba el único algarrobo que existía en aquellos contornos. Subieron. A la sombra del árbol desensillaron, descargaron y ataron a soga los jumentos. En la carga traían, entre otras cosas, una gran olla de barro. Empinado sobre una piedra, el hombre quebró un gajo de algarrobo, y con su cuchillo empezó a separar cuidadosamente las grandes y duras espinas, llamadas propiamente "clavos". Su mujer fué amarrando con un hilo de lana esos clavos a la punta de un palo, hasta formar una especie de hisopo de púas.

Los loros, con la vecindad de la gente, aumentaron, si era posible, sus estrepitosa algarabía... Se levantaban como un enjambre del Lorohuasi, se dividían en pequeñas bandadas, se alejaban algunas, pasaban a veces casi rozando a los loreros. Allá, en el río, el pocito que había cavado el hombre veíase cubierto de una verde y movible alfombra de loros, que se renovaban sin cesar. A veces, en el extremo horizonte, surgía alguna bandada de vuelta de las aldeas remotas, comentando acaso en su jeringoza sonora alguna depredación reciente en los maizales.

—Bueno, ya'stá—dijo el hombre, terminando de anudar la punta de un gran lazo trenzado en la parte media de un sólido y pulido garrote de algarrobo.

—¿Y ya te vuá'soltar?—preguntó la mujer.

—Y ya no más, po...—respondió el varón, avanzando hasta la orilla del barranco.

Él era petizo, menudo, enjuto. Ella corpulenta y recia, de voz y bozo casi hombrunos.



El hombre, sentándose sobre el garrote de marras, dejando pasar el lazo por entre los muslos, agarrándose de éste con una mano, llevando en la otra el espinudo hurgonero, empezó a soltarse barranca abajo, en vilo, sostenido por su mujer, que había amarrado la otra punta del lazo en una jarilla. Favorecía la operación la circunstancia de que la barranca tenía una especie de cornisa, donde se apoyaba el lazo. El peligro no era menos real por eso ni porque los loreros lo hubiesen desafiado ya otras veces. Consistía menos en la probabilidad de que la mujer dejase escapar la soga o en que ésta pudiese cortarse, que en la de que un guijarro del talud, desprendiéndose, fuera a dar en la cabeza al operador, obligándole a soltar el lazo...

—¿Más tuavía?—gritó ella.

—No; ahi no más—respondió el hombre, que había llegado a nivel de las primeras cuevas.

Entonces, introduciendo en ellas el palo de las púas, empezó a remover a fondo.

Los pichones, ya emplumados, comenzaron a caer al suelo—dos o tres de cada cueva,—en medio de un vocerío desesperado, a que hacían eco, más ensordecedor aún, las falanges de loros viejos.

Apoderarse de ese modo tan sencillo como peligroso de los pichones de loro, sancocharlos allí no más en una olla llevada exprofeso y venderlos después en el pueblo, como quien vende pasteles, era industria que Lorenzo Aballay y su mujer practicaban con éxito desde hacía años.

Porque lo que tiene de dura e ingrata la carne del loro adulto, lo tiene de tierno, sabroso y pingüe la del pichón.

No le iguala la de un lechón, ni acaso la de un faisán.

—Soltá más—gritó el hombre.

La mujer dejó correr media vara más el lazo.

El lorero introdujo el espinoso palitroque en la cueva más próxima, que quedaba a la altura de su hombro.

Removió y tiró.

Nada.

Repitió la operación con más brío...

Un gran viborón obscuro sacó su cabeza de gato dos jemes fuera de la cueva, chillando...

Junto con un grito inarticulado, la mujer sintió, helado el cuero cabelludo, que el lazo oscilaba sin peso...

Allá abajo, en el río, Lorenzo Aballay era ya un montón inerte.

En el Club Mar del Plata

DINER DANSANT EN HONOR DE LOS AVIADORES ESPAÑOLES



La cabecera de la mesa, ocupada por el comandante Franco, en el banquete ofrecido en su honor



Mesa presidida por el capitán Ruiz de Alda, teniendo a su derecha a la señora Bianchi de Cárcano



Señoritas de Huidobro, Boero, Irigoyen Irigaray y Fernández



Señoritas de Monlao, Terán y Balbiani, y señores Cacecí y Montanaro



Grupo de concurrentes al baile, en que se advierte cómo están en mayoría las niñas en Mar del Plata



Señoritas de Rodríguez y el señor Huidobro, en un descanso durante un intervalo del baile



EL BAILE DEL MANTÓN

Grupo de damas que vistiendo, en honor del comandante Franco presente en la fiesta, el clásico mantón español, concurrieron al baile con que el Club Mar del Plata clausuró las fiestas del carnaval

Ecos del carnaval

EN LOS COSOS DE MONTEVIDEO



La graciosa carroza "Aprovechate que te vió la vieja"



Carroza "Los pescadores de ranas"



"Las cabras indómitas", otra interesante carroza



"El muchacho travieso", carro municipal





FOTO ADAMI

Otro notable carro "El peluquero del pueblo"



FOTO PADILLA

CAPITAL FEDERAL

Niños premiados en el concurso de máscaras realizado en Villa del Parque, el domingo 21 de febrero

Una deuda

Por

MANUEL PEÑA RODRIGUEZ

Ilustración de Pablo Matzel



"...A su lado veíase constantemente a don Domingo de Vivar y Marquina..."



BAJO el maravilloso cielo del Chaco se gestaba la aventura. La noche, semitropical, caliginosa, del mes de diciembre invitaba a la ensoñación. Indolentemente sentados en torno a las fogatas, encendidas para alejar a los leones y a los tigres guarecidos en los bosques, los soldados charlaban, aguardando la hora de reposar. Eran doscientos hombres que, al mando del teniente don Domingo de Vivar y Marquina, habían salido de la Asunción en busca de la tierra del oro y de la eterna juventud. Habían instalado su campamento en un calvero situado junto a una laguna, rodeado por una selva cuyo enmarañamiento habían vencido con las picas en una constante labor. Algunos de los soldados españoles, y bien españoles, llenos de nostalgia por la patria lejana, entonaban cántigas de marcado sabor regional, mientras otros divertían el ocio haciendo deducciones del desarrollo de la expedición.

Don Domingo de Vivar y Marquina y dos de sus subalternos, Melchor de Bastidas y Juan Silvade, formaban un corrillo ante la india Elvira, bautizada así cristianamente, y hablaban de la expedición:

— Yo os digo — decía De Vivar — que si el adelantado don Pedro de Mendoza no hubiérase tornado a España, otra sería hogaño nuestra suerte.

Nadie respondió a estas palabras. Gozaba don Domingo de Vivar y Marquina fama de descontento y díscolo; Melchor de Bastidas y Juan Silvade sabían que el jefe dirigía sus ataques contra don Juan de Ayolas, muerto por los indios hacía poco, y callaban, mirando la vegetación selvática donde correteaban espléndidos ejemplares cinegéticos y se arrastraban animales dañinos, como la araña "pausaca".

— Hemos de ir también nosotros — proseguía de Vivar — en busca de esa provincia del Perú. Será la nuestra una expedición magna, porque saldremos de ella con felicidad, y esa tierra, rica, según dicen, en metales preciosos y en mujeres hermosas, entrará a formar parte de los dominios de España, labrando nuestra gloria.

— Nuestros hombres — decía de Bastidas — no ansían otra cosa...

— Más de uno — interrumpió Silvade — ha hablado de abandonar esta aventura que corremos, para acometer con otros revoltosos la conquista de esa dorada tierra.

Hundiendo sus manos en la barba negra, exclamó don Domingo de Vivar y Marquina:

— ¡Ay de los desobedientes, si los hubiere!... Nos declararemos en rebelión, sí, mas contra ese oficialillo ambicioso que se llama don Domingo Martínez de Irala; luego iremos al Perú, pero ha de ser bajo mi guía y dirección, sólo bajo mi guía y dirección...

Asintieron los oficiales y, poco después, fueron a buscar en el sueño un remedio a sus cavilaciones y un lenitivo para los fatigados cuerpos. Habían cesado en el campamento las voces y los cantos; los hombres dormían y las guardias nocturnas, únicamente, avizoraban.

La noche vernal, fragante, con una fragancia prístina, desconocida hasta entonces por los blancos, había despertado en el corazón niño de Vivar y Marquina el afán, su ambición y su sed por lo desconocido. El español miraba las estrellas y daba las gracias, en su fuero íntimo, a Dios, el indudable fautor de su vida. Pensaba, además, el conquistador en otra cosa, en algo que se hallaba demasiado lejos y que, a pesar de ello, le comunicaba bríos y ánimos a su albedrío; pensaba — ¿para qué nombrarlo? — en una mujer. Como buen hidalgo, tenía él en España un amor, imposible a causa de su desventajosa proporción de segundón: una condesita que, amén de noble, era bella en demasía para enamorar a un pobre desheredado.

Embebido en tales recuerdos, olvidóse de su gentil compañera, la india Elvira. Ella, quietecita, ignorante de la lengua española, contemplaba silenciosa a su señor, el capitán, y lloraba ante su imposibilidad de dirigirle la palabra para calmar sus adivinados pesares. El capitán volvióse al escuchar sus sollozos y, fijando la mirada en sus amables ojos, la embrazó a la par que ella, frunciendo levemente el rostro, deslizaba sus manos sobre el cabello endrino y alborotado del "hombre del rayo" (1).

DISPONÍASE a dormir don Domingo de Vivar y Marquina, y un hombre, inadvertido en las sombras, se acercó de súbito a él. El conquistador, sorprendido, dió un paso atrás y echó mano al tahalí. Al reconocer al inesperado visitante, le dijo:

— No es hora esta de bromear, Martín Díaz.

— No bromeo, mi señor don Domingo; quiero parlar con vos.

— Te repito que estas no son horas de bromas. Mañana parlaremos en abundancia.

— Y yo repítoos, mi señor don Domingo, que no bromeo y que he de parlar con vos agora mesmo.

De Vivar miró atentamente al soldado y, después de una pequeña pausa, murmuró:

— Alguna pendencia por mor del juego, ¿no es verdad, tunante?

— No, mi señor don Domingo. Quiero hablaros de cosas que os atañen muy de cerca; quiero que sepáis que la gente anda soliviantada por vuestro proceder; que está cansada de soportaros como tirano; que no os soportará ni un momento más, si me place... ¿Oíslo bien?: *si me place.*

De Vivar, con el puño sobre los gavilanes de la espada, balbució enfurecido:

— ¡Estás borracho, bigardo! ¡Vete a dormir si no quieres que mi espada te enseñe a hablar con tu jefe!...

Martín Díaz, sereno, provocativo, se contoneaba, con la mano también sobre el pomo de la espada:

— ¿Bigardo?... ¡Bigardo al igual de vos, segundón como vos y más caballero que vos!... ¡Martín Díaz de Olmedilla no roba las mujeres de sus amigos!

Don Domingo de Vivar y Marquina comprendió al fin. Martín Díaz quería vengarse porque, arrogándose su autoridad de jefe, se había apoderado de la india Elvira:

— Vete a dormir, Martín Díaz; estás borracho. ¡Vete, si no quieres que mi espada te muestre, rápida, el camino!

Martín Díaz se rió y desenvainó, presto, la suya. Esta fué la señal. Los dos soldados se acometieron y las hojas bruñidas de las espadas chocaron. Al ruido de la disputa habíanse ido acercando, asombrados, los aventureros. Los indios, que acompañaban a los españoles, observaban, atónitos, la pelea de aquellos dos hombres, que cejaron en su empeño al caer Martín Díaz, desangrado, al suelo.

El jefe de la expedición se apartó del grupo de espectadores de la contienda, acompañado por sus fieles Bastidas y Silvade. Lamentaba él esta suerte de incidentes; no había día que entre la gente de la partida, de buen corazón pero ambiciosa, no se produjesen por mera rivalidad. Fácil habríale sido a él ordenar a los centinelas la aprehensión de Martín Díaz de Olmedilla; pero había preferido luchar con él noblemente, a la española, dando y dándose una satisfacción. ¡Ni aun en el peligro podían dejar de mano sus rencillas!... ¡Era triste y cierto!

(Continúa en la pág. 53)

(1) "Hombre del rayo". Nombre aplicado comúnmente por las tribus americanas a los conquistadores españoles.



La moda actual nos presenta una silueta ondulante y flexible

Por BIJOU



OMO todos los años, al aproximarse la "season", o estando ella en pleno apogeo, las modistas preparan las grandes creaciones que han de sorprender al mundo elegante y refinado.

Tienen algo de generales de genio del ejército, que, inclinados sobre los croquis del teatro de batalla, preparan y estudian la táctica del combate.

Todo lo disponen y analizan cuidadosamente, profetizando una seria y completa evolución de la moda.

Esta evolución, que siempre fué anunciada como una amenaza, es hoy una verdad irrefutable.

Vemos la línea transformada en una silueta vaporosa infinitamente esbelta y movible, que diseña el cuerpo en medio de sus ondulaciones, modelando finamente las curvas de los hombros, ciñendo graciosamente los talles, y siendo más atrevida la extensión de la falda.

Los trajes para la mañana serán cortos, muy cortos y amplios. Pero el encanto actual lo acusa la riqueza del tejido y la belleza indiscutible de los colores que se combinan con discreta y sobria elegancia.

Los detalles de estos vestidos son de una simplicidad atrayente, dependiendo casi exclusivamente del corte, el cual cada día tiene más importancia en la toilette femenina.

El espíritu de la época en que vivimos y la influencia deportiva ha venido ejerciendo su influencia, y los vestidos de hoy son hechos para el "sport", para caminar y bailar con ellos fácilmente.

Realmente ha habido una enorme cantidad de ideas progresivas para diseñar estas encantadoras creaciones para la mujer moderna, que tan intensamente vive y se agita.

El sello de "juventud" es la característica de estos trajes mañaneros; en apariencia son rectos, con pliegues o tablones en la falda, que caen a plomo, siendo completamente o parcialmente pespunteados. Se emplea mucho el kasha para la confección de estos trajes a pesar de la gran actuación que tuvo; hoy nos llegan con bordes de fantasía siempre suaves, adaptables y sutilmente coloreados que se imponen en seguida, compitiendo con las nuevas telas rústicas y lanas de tejido estilo canasta o cuadriculadas en gruesos canevás de lana y seda la gama de los reps, sargas, etc., para el footing matinal.

Otra de las novedades son los trajes de abrigo, que consisten en el cuello bien alto y las mangas largas, predominando en estos vestidos el color verde en toda la escala, el morado, el "mauve" y el azul madona, zafiro y los tonos suaves del rosa de moda y beige amarillento.

También cortos y amplios, los trajes de tarde presentan cada día nuevas variantes en los acampanados de las faldas, de los frunces y los plegados que, hábilmente dispuestos, dan a la silueta ondulaciones cimbreantes, cooperando a la esbeltez de la línea.

Los trajes, más adornados que en años anteriores, nos demuestran que pasa en este momento por los dominios de la moda una ola de suntuosidad que trata de quebrar la sencillez y severidad que había hecho época en años anteriores.

Los bordados, los encajes dorados y plateados, corbatas y galones sabiamente colocados que pasan tal vez inadvertidos a los ojos de un profano, son precisamente la razón del chic de quien las viste.

La moda actual exige mezclas de telas, que se combinan con mucho tacto y gran gusto.

Se obtienen lindos efectos con los contrastes de mate y brillante realizado con tejidos reversibles o distintos.

La continua aparición de telas nuevas, "souples" como el terciopelo estampado con dibujos de lagarto, "duvetyn", "tafetán", "diamant" y algunas de las sedas adamascadas, contribuyen a la creación de encantadores modelos.

Muchos originales "ensemblés" hacen la delicia de las mujeres chic, que encuentran con esta moda resuelto el problema de la verdadera elegancia.

(Continúa en la pág. 46)



El "plissé" hace furor para los vestidos. Con pespuntes encontrados este trajecito nos demuestra toda la importancia de los pequeños detalles



Precioso vestido de noche, de "crepe georgette" blanco, bordado en perlas blancas y doradas



La forma "sweater" lleva a la moda un hálito de juventud y elegancia. Los adornos de cuero trenzado son otra de las novedades que más aceptación tiene

Algunas notas de actualidad

ECOS DEL GLORIOSO RAID


FOTO LOUZÁN

El comandante Franco y el teniente Durán, trasladándose en una lancha al "Plus Ultra", para emprender viaje aéreo a Montevideo

EL CARNAVAL EN MAR DEL PLATA




FOTO RAY BAUDON

Varios grupos de elegantes niñas concurrentes al grande y animado baile de fantasía, que clausurando el carnaval, se celebró en los salones del Hotel Romano

HOMENAJE PÓSTUMO


FOTO CABADA

Concurrencia al acto de homenaje que se llevó a cabo en el cementerio de la Recoleta en la fecha del segundo aniversario de la muerte de doña Helena Larroque de Roffo

DEL PERIODISMO


FOTO N. N.

Señor Adolfo Lanuse, distinguida figura del periodismo metropolitano, que acaba de ser elegido candidato a la gobernación de la Rioja



La poetisa disponiéndose a un paseo matinal



Juana Ibarbourou, la más popular de las poetisas del Uruguay



En el retiro de su blanca y riente casita

De la vida montevideana

Juana Ibarbourou, poetisa popular



A Juana de Ibarbourou se le considera la primera poetisa del Uruguay. Existe, además, quien no la considera poetisa, sino poeta, en el sentido de valor absoluto y fuerte. Pero lo que no se dice, sin embargo, es que Juana de Ibarbourou es la poetisa más popular del Uruguay. Quizá sea la única poetisa verdaderamente popular. Y, probablemente, la única mujer verdaderamente popular. Hay quienes se complacen, quienes sienten un cierto pueril orgullo, llamándola, simple y familiarmente, Juana. En Melo, la ciudad donde nació y vivió sus primeros años juveniles, no se le conoce más que por Juanita.

Sin embargo, la admirable y admirada poetisa de "Las lenguas de diamante" no es personalmente familiar al público de Montevideo. Su popularidad es nada más que literaria. Sólo de vez en cuando la silueta grácil y fina de Juana de Ibarbourou aparece en la cátedra para dar una conferencia, generalmente literaria, respondiendo a un cometido que le solicitara, hace un tiempo, el Ministerio de Instrucción Pública. Las conferencias de Juana de Ibarbourou, siempre brillantes y reflejando siempre la flexibilidad de su talento, constituyen una de las reuniones intelectuales de más selecto auditorio.





En su mesa de trabajo



Fuera de la cátedra, es difícil hallar a la poetisa en reuniones, en paseos, en teatros. ¿Por qué? Porque la vida de Juana de Ibarbourou, que parece debiera hallarse consagrada a la poesía escrita, está en cambio consagrada a la poesía de la maternidad. Juana de Ibarbourou es "una señora de su casa"; y con el amor de su compañero y de su hijito ha conseguido construir un hogar y levantar las paredes de una pequeña pero riente, blanca y bella casita en la proximidad del mar.

Por eso, por la proximidad del agua en que ha levantado su casa, hemos podido encontrar a la poetisa, a la hora en que regresaba del baño, en la pintoresca playa de Malvín, uno de los nuevos balnearios montevideanos que van poblándose con rapidez ante la insuficiencia — por efecto del aumento de población — de los balnearios más centrales de la ciudad. Desde la playa de Malvín, a través de la rambla Wilson, se levanta, en lo más alto de una pendiente, la casa de Juana de Ibarbourou.

Ella, contemplándola a la distancia, blanca, riente, de líneas gráci-

(Continúa en la pág. 60)

Las actrices bonitas



La aplaudida bailarina vienesa Ella Ilbak

El chic femenino

Las prendas interiores





Rica combinación de seda, modelo de la casa Garnier, de París, festoneada y bordada, y que por su comodidad se ha impuesto entre las elegantes parisienses

Otro modelo de combinación, de espumilla rosa, adornada con festones y plegados, original de la casa Garnier, de París





Una de las últimas creaciones de la casa Garnier, en lingerie, cuya elegancia ha sabido conquistarle el favor del mundo elegante



Los pedidos del interior dirigirlos a la casa central.

Al interior se remite en el día.

CRUZ zafiros calibré, perla Evax, $ 27.—

CRUZ zafiro, perlitas Evax, pesos 37.—

BARRET zafiros calibré, perla Evax, a pesos....... 29.—

MEDALLA nácar fino, perlitas Evax, a pesos....... 37.—

PRENDEDOR gatito, perla Evax, $ 22.—

MEDALLA nácar fino, perlitas Evax, a pesos....... 55.—

Los eximios artífices de París colaboran en nuestros desvelos para proporcionar al público argentino creaciones del más refinado gusto combinadas con las célebres

PERLAS "EVAX"

únicas en el mundo por su belleza incomparable.

PRENDEDOR zafiros calibré, perla Evax, a pesos........... 30.—

PRENDEDOR zafiros calibré, perla Evax, pesos........... 32.—

COLLAR perlas Evax, largo 45 cm., con rico broche, cadenita seguridad y estuche... $ 35.—

PRENDEDOR zafiros calibré, perla Evax..... $ 30.—

BARRET zafiros, perlas Evax, $ 30.—

AROS de oro, zafiros y perlitas Evax, a pesos.... 20.—

ANILLO de oro 18 k., zafiros calibré, perla Evax, $ 38.—

ANILLO de oro 18 k., zafiros calibré, perla Evax, $ 52.—

AROS de oro 18 k., perlas Evax, $ 30.—

PULSERA tejida, perlitas Evax, pesos.................... 45.—

PULSERA perlas Evax, $ 34.—

Unicos Concesionarios

Creaciones Montseny

CASA CENTRAL:
CORRIENTES, 789
Anexo: G. GUEMES

SUCURSAL:
MAR DEL PLATA
SAN MARTIN, 2334
Frente al F. C. S.

El carnaval en provincias



TUCUMAN

Conjunto de disfraces premiados en el baile de fantasía realizado por la Asociación Ex Combatientes Italianos, en cuyo concurso el jurado estuvo formado por periodistas locales



ROSARIO

En el coso de Saladillo: señoritas de Vila, Harispe y Recalde, con trajes fantasía 1750

Señoritas de Quintana, Grassi, Guerrero, Gonzalez y Ocia, con disfraces de románticas portuguesas



Manual de labores

(Continuación de la pág. 21)

primera, pero alternando los puntos, y cuidando siempre de no espaciar las filas (fig. 2).

Terminado el trabajo de pasar los hilos, se procura pegar los bucles siempre por el revés. Para esto se diluyen dos puñados de almidón en una taza de agua tibia, lo que debe formar una especie de gelatina con la cual se impregna bien la tela con la mano. En seguida se saca el trabajo del cuadro y se pone a secar durante una noche entera. Después de haber secado, se procede a cortar los bucles, cuidando de cortarlos bien al medio (fig. 3).

Terminado el trabajo, se sacude bien la pieza, lo que hace notar en seguida las imperfecciones del rasaje.

FLORES DE CUENTAS DE VIDRIO

Estas flores de estilo moderno, bastante originales, que vemos dispuestas en una maceta (fig. 1), son de una ejecución fácil.

En uno de los últimos números hemos dado a conocer una adaptación de estas flores para una aplicación mural al mismo tiempo que los detalles todos para la ejecución de las flores y las ramas. Hoy vamos a ampliar el conocimiento y ejecución de tal trabajo con



Fig. 1

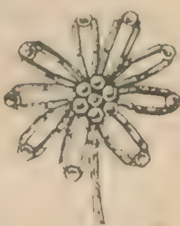
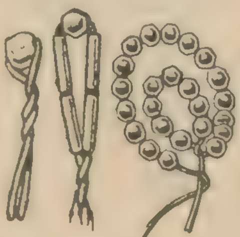


Fig. 2

la explicación de la manera de hacer margaritas y hojas con el mismo procedimiento de las cuentas de vidrio.

Véase la margarita formada, en la figura 2. Para hacerla, se toman para el centro cinco alambres de cinco centímetros de largo; se desliza en cada uno de ellos una cuenta redonda amarilla, blanca, etc., que se coloca al medio doblando el alambre y retorciéndolo tal como lo indica la figura 3. Para los pétalos en número de ocho o nueve se usan alambres de siete centímetros en los cuales se enhebran dos cuen-





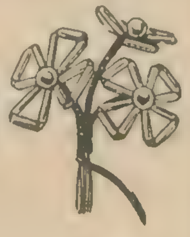


Fig. 3 Fig. 4 Fig. 5 Fig. 6

tas tubulares, una redonda y dos perlas tubulares más, amarillas o blancas, ligando las extremidades del alambre como lo indica la figura 4.

Para montar la flor se empieza por atar con una hebra de algodón brillante (verde si las flores son de color, y gris muy pálido para un conjunto enteramente blanco), las cuentas montadas para formar el centro después se dispone todo alrededor los pétalos que se retienen atándolos de la misma manera, y al mismo tiempo se monta la flor sobre el tallo, cuya longitud varía.

Florcitas azules, rosadas, amarillas u de otros colores con corola amarilla azul marino o blanca, se hacen de la misma manera con una sola cuenta al centro y cuatro pétalos hechos de tres perlas tubulares cada uno (figura 6), que se reúnen en pequeños grupos al extremo de un mismo tallo.

Las hojas se hacen verdes o blancas enhebrando cuentas redondas sobre un alambre de trece centímetros de largo (fig. 5), se curva el alambre en bucle para contener ocho cuentas, después un segundo bucle más grande, de diez y seis cuentas, se trenzan los dos extremidades del alambre y se fija de la misma manera la hoja así hecha, a la misma altura del tallo.

50.000 madres

tal vez sea mayor la cifra, pero consideramos que no menos es el número de madres que en todo el país recurren a la ayuda eficacísima de la Malta Palermo para amamantar a sus hijitos.

Corrobora este dato el elevado porcentaje de hermosos bebés en cuyos rostros se refleja un estado admirable de salud, prueba inequívoca de una perfecta lactancia, la cual difícilmente podría proporcionarse sin el concurso de la Malta Palermo.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. Buenos Aires



Malta PALERMO



en el período desarreglado, metritis, hemorragias, flujos, etcétera, se toma

"Específico Scheid's"
Frasco $ 4.—

EN LA FALTA, escasez o atraso del período se toma

"Amenorrol"
Frasco $ 4.—

El Cuerpo Médico cuando opina que un específico es eficaz, es una opinión de verdadero valor, LA ÚNICA QUE VD. DEBE TENER EN CUENTA. No descuide las dolencias, pues conducen a trastornos mayores.

Dice el Dr. AGESILAO MILAÑO, Jefe del Servicio Clínica Médica en el Patronato de la Infancia y Asilo Maternal del Sur, Clínica Médica general, Niños, Señoras: "El médico que subscribe certifica que ha usado en su clientela particular y hospitalaria el "Específico Scheid's" y "Amenorrol" con excelentes resultados, especialmente en los trastornos menstruales y afecciones de la matriz en general".

GRATIS pida por carta a J. Valle, C. Pellegrini 644, en sobre cerrado, sin membrete, el interesante libro explicativo, con copias de los muchos certificados médicos de esta capital y de personas agradecidas que constituyen una real garantía de la eficacia de estos dos específicos.

Pida en toda buena farmacia el que necesite emplear, mencionando sus nombres con claridad. No admita otros. Hágalo hoy mismo. En ningún caso perjudican la salud. Depósito general: Scheid y Valle, Carlos Pellegrini, 644, Bs. Aires.



Haga feliz a su nene..

Obsequiándole un lindo anillito de oro 18 kilates, macizo, con iniciales o nombre en esmalte fino a fuego y que confeccionamos en nuestros talleres, por el precio excepcional de

$ 9.50

SOLICITE CATALOGO GRATIS

JOYERIA Y RELOJERIA
M. SANTARELLI & Hnos.
CANGALLO 581 Bs. Aires



Toxinas del alma

Por

LEON JUQUELSON



EN la amplia biblioteca del célebre neurólogo Jaime Agote se habían reunido varios amigos para matar más ligeramente las horas de aquella pesada noche de enero.

Los amplios ventanales permanecían abiertos, y Kato, el criado japonés del doctor Agote, sentía sus músculos ya acalambrados de preparar tantos "cocktails", refrescos, "gins", etc., y dirigía de vez en cuando una mirada imploradora al cielo, ansioso de percibir "la hora azul", que significaba el fin de la tertulia, y para él la tan deseada hora del descanso.

Aquellos cuatro hombres habían agotado casi todos los temas usuales que se gastan en semejantes circunstancias: se habló y se comentó el último éxito de librería..., los trapicheos de tal o cual diputado..., de los últimos chismes galantes del balneario..., etc. Y, por fin, como si fuera ley natural, la conversación bruscamente giró respecto a los suicidas.

Cada uno de los que acompañaban al doctor Agote había contado algún caso y expuesto su manera de ver y entender el asunto. Y se esperaba que éste también lo hiciese, máxime cuanto por su carácter de neurólogo debía tener alguna autoridad su opinión.

El doctor Agote se levantó. Dirigióse al escritorio y, sacando un cuadernito de tapas rojas, dijo:

— Según mi opinión personal, el suicidio es una enfermedad. En un momento dado brota en un cerebro la idea de suprimirse; y si ese ser no puede eliminar esa idea tóxica, es un caso perdido. Tarde o temprano la realizará. Es como un mortal vicio que se arraiga en el pensamiento y en el alma. Ellos se tornan débiles, no pueden luchar con ventaja y caen vencidos. En el intervalo que dura la lucha, el sujeto sufre horriblemente y ansía con todas sus fuerzas la muerte, que representa para él la liberación de su martirio.

— ¿Y los que se suicidan por amor? — interrumpió uno de los presentes.

— Me extraña su pregunta, amigo mío — replicó el doctor Agote. — Sepa que el amor es y tiende a la vida. Los que se suprimen son los enamorados. Una cosa es el "amor" y otra "estar enamorado". En el amor todo es abnegación y sacrificio por y hacia el ser amado; es todo altruísmo, aunque en el fondo no representa más que uno de los tantos egoísmos. El que está enamorado desea ver un súmmum de amor hacia él; en caso contrario, se produce una lucha en la cual intervienen el despecho, el amor propio, el orgullo, etc., que van envenenando al alma y venciendo al cuerpo, y fatalmente cae en lo que expresé hace unos instantes.

"Muchas son las ideas que llevan hacia el suicidio; pero ninguna tan interesante como ésta. — E indicó el cuadernito que tenía en sus manos.

— Es el diario del suicida más raro que he conocido. Les leeré unos párrafos."

Y, dirigiéndose a Kato, le dijo:

— Sirve a los señores...

Luego se arrellanó en su butaca y, con su magnífica voz fuerte y metálica, leyó:

"21 de junio:

"¡Por fin he triunfado! El ensueño que me obligó a abandonar a mi madre querida y mi apacible aldehuela se ha convertido en realidad... Pero, ¿por qué no estoy alegre? Casi diría que me pesa mi triunfo... Muchas veces había pensado que su realización me iba a hacer verter lágrimas de alegría; sin embargo, no ha sucedido así... ¿Qué misterios encierra el alma humana?... ¿Existe? ¿O es pura invención de los filósofos y literatos?

"16 de julio:

"Decididamente he perdido tres años... Tres años ha durado la realización de mi ensueño juvenil... Mas... ¿por qué no me satisface la convicción de mi éxito?...

"Siento en mí tal vacío...

"1º de agosto:

"Mi estado de ánimo es un fiel reflejo del ambiente: frío, nebuloso, decaído.

"No siento nada. No me atrae nada... Una abulia atroz me corroe... Sin duda estoy perdiendo paulatinamente mis sentimientos y mi sensibilidad.

"Esta tarde, después de una larga lucha conmigo mismo, me eché a la calle. A poco de andar, antes de doblar una esquina, un viejo mendigo me extendió su mano implorando una limosna... Yo, impertérrito, seguí mi camino... No había hecho aún unos pasos, cuando reflexioné: un hombre sensible, bueno, ¿también haría eso que hice yo? No, fué la contestación... Rápidamente hubiera recompensado el gesto del pobre con una dádiva.

"El resto del día me lo pasé atormentado por la idea de que yo era "malo".

"Había perdido el tesoro que mi madre me inculcó: la bondad.

"La ciudad me había vencido.

"A cada momento se me presentaba, nítido, en la memoria un párrafo que había leído en un libro hace años: "La ciudad es mala e ingrata como un desierto... En el desierto todos son enemigos, hasta los granos de arena. Los hombres constituyen la arena en la ciudad."

"16 de agosto:

"Con pesar evoco el pasado. Feliz época aquella, en la cual nuestro pobre corazón sufría a la par que el héroe de la novela que leíamos... Cuando cualquier contrariedad nos hacía humedecer la almohada.

"Ayer recibí carta de mi hermana, noticiándome que su hijo falleció... Le contesté otra de consuelo. Pero no fué sincera. No me la dictaba el corazón...

(Continúa en la pág. 59)

La moda actual nos presenta una silueta ondulante y flexible

(Continuación de la pág. 36)

El vestido acompañado es siempre práctico y bonito.

Estos conjuntos gozan de gran popularidad y es que no se puede concebir la moda actual sin crear un vestido para un abrigo o viceversa.

Admitiéndose diferentes telas y aun colores distintos con tal de que guarden entre sí una perfecta armonía.

El corte intrincado es lo que caracteriza a estos tapados; un "panneau" que desciende de la espalda hacia abajo, dándole el vuelo necesario y con un corte audaz de tijera puede muy bien dar vuelta y llegar aproximadamente a la línea de los bolsillos para formar curvas y zigzags o algún otro dibujo, estos detalles son de un chic indiscutible, muchos van adornados con pieles de igual tonalidad al tapado o bien con bordados de mostacilla muy pequeña, la que cubre totalmente el abrigo, cuya distinción pone de relieve la singular belleza de estos géneros y bordados.

La línea actual, flexible y movediza, es favorable para las "toilettes" de noche, no existiendo antagonismo alguno entre el vuelo y la línea espiritual.

Una de las notas más salientes de los trajes "habillés" es la manga larga, ¡pero qué mangas!

Todo cuanto se diga es pálido ante el imponderable encanto de contemplarlas.

Adoptan mil formas distintas y a cual más seductoras; aglobados entre el puño y el codo; incrustaciones de pieles, o de cuero, plateadas y doradas adornan en forma de guantelete los bordes de las mangas.

Todo lo que se diga sobre el entusiasmo por el dorado y plateado es poco. Los trajes de encajes metálicos, o de tules dorados con bordados en que se emplean dibujos clásicos modernos, futuristas o cubistas son los buscados. Admitiéndose en los bordados cuantas tendencias se quiera según el ingenio de los creadores.

Perlas gruesas, finas piedras de colores policromos y centelleantes se llevan en profusión, así como las lentejuelas y las perlas de metal.

Los terciopelos laminados son maravillas, algunas de una delicadeza y flexibilidad sorprendentes, su color nos recuerda exactamente la pureza del oro.

Se insinúan algunos trajes de tul con viso de metal. Un "as" de la costura presentó una creación bordada en hilos de plata y oro, bordeando y rellenando las luminosas flores de que estaba salpicado el vestido, no había escapado a la sutileza del modisto las gotas de rocío que eran representadas por el centelleo de piedras sabiamente colocadas.

Como nota original se puede admirar unas flores de piel dorada o plateada, que se colocan diestramente en el hombro o en el talle.

Temas escolares

Por LA SRTA. PALOTES

GRADOS INFANTILES

ARITMÉTICA

NÚMEROS 1, 2 Y 3. — *Ilustraciones:* Palitos, botones, libros, cuadernos, granos de maíz, porotos, etc.

Idea concreta de número. — Hágase observar a la clase los objetos que rodean al niño y su propia persona, para nombrar: una nariz, una boca, dos ojos, dos orejas, dos brazos, un pañuelo, una regla, un libro, tres botones del guardapolvo, tres dedos, un pie.

Llevarles a recordar cosas de la calle: una casa, un camión, una vereda, dos autos, tres balcones, dos banderas, etcétera.

Disponer los palitos sobre los pupitres así:

+ + × / ≡ = − ||| || |

Asociar a la idea de número la cifra correspondiente y poner sobre los palitos 1, 2 y 3.

Aprovechar las figuritas para enseñar los signos + — ×.

Proceder en igual forma con los botones, agrupándolos y separándolos a necesidad.

Combinar cálculos más o menos así:

1º Acercar un lápiz a otro ápiz, un libro a otro libro, un niño a otro, y decir:

$$1 + 1 = 2.$$

2º Separar los botones y palitos a fin de que cada alumno tenga un par, frente suyo. Ir sacando un palito, un botón de cada par. ¿Cuántos quedan?

$$2 - 1 = 1.$$

3º Repartir, de a uno, tres objetos a la clase:

$$1 + 1 + 1 = 3.$$

Con ejercicios semejantes se conduce a estos cálculos:

$$2 + 1 = 3$$
$$3 - 1 = 2$$
$$3 - 2 = 1.$$

4º Doy un libro a Luis, otro a Juanita y otro a Raúl. ¿Cuántas veces 1 libro he dado? Tres veces un libro. Se representa gráficamente y se hacen muchos ejemplos similares para enseñar que:

$$3 \times 1 = 3$$
$$1 \times 3 = 3.$$

5º Sacar tres manzanas de una caja y presentarlas reunidas sobre el escritorio.

Vamos a repartir estas manzanas entre un número de niños, de manera que tengan todos la misma cantidad, es decir, una manzana entera. ¿Cuántos niños pueden participar del reparto? *Tres.*

Escribir 3 : 3 = 1.

Una vez fijados estos conocimientos, debe procederse a nombrar las operaciones efectuadas.

1 + 1 = 2, puede escribirse también así:

$$\begin{array}{r} 1 \\ +1 \\ \hline 2 \end{array}$$

Esta es una cuenta de sumar, etc. (Igual procedimiento con las restantes operaciones.)

CLASE DE MORAL

Las fábulas y apólogos ofrecen un rico filón en la enseñanza cuando se trata de inculcar principios morales sin caer en áridas declamaciones.

Doble oficio desempeñan si van acompañados de bella forma y buen estilo, pues constituyen un valioso elemento para clases de lenguaje.

Hago estas consideraciones en presencia de los "Cien apólogos rioplatenses" de María Velasco y Arias, de cuyas páginas tomo el asunto de hoy.

EL VUELO DEL PEZ. — Sabido es que en algunos puntos del gran océano hay pececillos que vuelan. Pues bien: un pececito volador cayó, durante la siesta, en la cubierta de un buque. La fuerza de sus alas, transparentes y húmedas, no le alcanza a ninguno de estos nadadores para vuelos largos ni altos; por eso, apenas salen de la superficie del agua, vuelven a ella como si estuvieran cansados. Se hallaba solitario el barco; después de comer, se habían recogido los marineros y sólo estaban en pie los que hacían guardia. Una gaviota vió ciertos desperdicios de comida, y bajó al vapor.



— Mi querida Blanquina — díjole el pez al verla, — tengo que pedirte un favor.

— ¡Hola, simpático Pajarito del Agua! ¿Qué haces y qué deseas? — interrogó, a su vez, la gaviota acercándosele. — Siempre que miro a los cielos me nacen deseos muy grandes de subir; ¿quieres llevarme tú, que tienes alas resistentes y ágiles?

— Ahora mismo — contestó con gusto Blanquina.

— Bueno, déjame remojar un poquito — dijo el pececillo volador tirándose al mar, del cual salió en un periquete chorreando gotas como brillantes grueso.

— Ponte sobre el lomo, Pajarito del Agua — recomendó la gaviota.

Empezó a volar sin aleteos para que no se molestara su pasajero.

— ¡Qué cosa tan admirable es el aire! ¡Sube más, sube más..., más..., Blanquina adorada!

El ave nada decía, obediente a la voz del pececito. Bajándose un poco la gaviota, dejó sin apoyo al viajero; pero éste no pudo sostenerse en el espacio porque la humedad se le había secado en el camino y sus alitas estaban como dos hojas de papel de estraza.

El ave siguió subiendo en la creencia de que el pez la acompañaba. Al notar luego que iba sola, miró a todas partes y comprobó, sorprendida, que Pajarito del Agua descendía pesadamente, lo mismo que un pedazo de palo, con la cabeza abajo y la colita arriba.

Quiso ayudarlo y no pudo ya, porque la distancia que le faltaba para llegar hasta él era mucha, y con gran dolor de su corazón le vió caer sobre una roca, donde quedó desmayado por la pérdida de una aleta, hecha pedazos al golpearse.

Algunas personas son como este pobre volador: buscan en darse gusto hasta en cosas que les causan males. *Las que toman bebidas, por ejemplo, se dañan y viven dañando sólo porque se figuran hallar placer en ellas.*

El placer que buscares;
joven, procura
que, aunque sea sano y bueno,
no te consuma.
Y si es maligno,
ten en cuenta que pagas
tu desatino.

CONVERSACIÓN. — ¿En qué medio viven los peces? ¿Cuál fué la ambición del pececillo de este apólogo? ¿Era sensata su pretensión de compararse a la gaviota? ¿Por qué?

Blanquina mostró dos grandes cualidades.

— ¿Son?

— La bondad y la complacencia.

— ¿Sirvió su generoso esfuerzo para algo útil?

— Solamente para enseñar a Paja-

rito del Agua lo peligrosos que son los caprichos.

—¿Qué debió hacer el pececito?

—Permanecer en el agua y dar los saltos que sus alitas permiten, sin envidiar el alto vuelo de las aves.

—Hay niños y aun personas mayores que se parecen a Pajarito del Agua. En vez de conformarse con las cosas y vestidos sencillos, quieren usar otros lujosos, que no pueden costearse, y entonces se crean mil dificultades en la vida.

La ambición es provechosa cuando se pone en altos fines: llegar a ser un sabio, un buen obrero, un alumno sobresaliente, un hombre de mérito, un inventor, etc.

—¿Qué le ocurrió a Pajarito del Agua cuando cayó?

—Recibió tal golpe que se quebró una aleta.

Como dice la moraleja del apólogo, aquellos que intentan solamente darse gusto, suelen terminar muy mal.

Así los niños que fuman, que se aficionan a los licores, que emprenden juegos peligrosos, etc., con toda seguridad *pagan su desatino.*

Busquemos siempre entretenimientos saludables, que no puedan ocasionar daño a nadie.

GRADOS SUPERIORES

El trabajo

Substantivos. — Nombrar *ocupaciones, profesiones, oficios, cargos, empleos y funciones.*

Recordar los nombres dados al producto que se obtiene mediante el trabajo: *ganancia, paga, salario, jornal, sueldo, emolumento, remuneración, gratificación, indemnización, honorarios, gajes, estipendio,* etc.

Indicar para qué clase de trabajadores se usa cada una de esas denominaciones.

Agregar: el *beneficio* del comerciante, el *dividendo* del accionista, el *interés* del capital.

Adjetivos. — Para ganarse la vida hay que ser: *vivo, activo, hábil, enérgico, capaz, consciente* y no *perezoso, torpe, inactivo, indolente, pesado, lento, desmañado, obtuso, rudo,* etc.

Verbos. — Las acciones relativas a profesiones en general son: *ganar* su vida, *llenar* una función, *desempeñar* un cargo, *ocuparse, ejercer* una profesión, *ejecutar, producir, pagar.*

Redacción. — 1º Describir, en un párrafo de ocho o diez renglones, el trabajo de una madre de familia que cose a máquina.

2º Explicar lo que representa de esfuerzo y trabajo un pedazo de pan.

3º Una mancha de tinta cae sobre el cuaderno: pintar la escena.

Ejemplo del último tema:

"Nunca me había esmerado tanto en hacer el ejercicio como ese día. El resultado fué magnífico y la página escrita me pareció perfecta.

"Las letras regulares, claras, bien formadas, conservando los mismos espacios, ofrecían un conjunto armonioso.

"Para admirar mejor el trabajo, me incorporé en la silla y adelanté el cuaderno a cierta distancia de la vista.

"Fué tan desgraciado el movimiento del brazo, que tocó el tintero y lo volcó íntegro sobre mi espléndida página.

"Inútilmente traté de limpiarla. ¡Tal era la abundancia de tinta que corría por ella!

"Un arranque de cólera irresistible me impulsó a desgarrar la hoja, murmurando que no siempre el trabajo halla su recompensa.

"Luego comprendí la necedad de estas palabras. Me puse de nuevo a la obra, con toda calma y buena voluntad.

"Debo añadir que mi deber mereció los mejores elogios de la maestra y una alta clasificación. Mi trabajo no se había perdido."



Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

EL TARRO DE DULCE

MARCELO era un lindo niñito de seis años, rubio, sonrosado, con un rostro encantador como el de esos angelitos que se ven en algunos cuadros religiosos.

Pero, ¡ay!, las apariencias engañan, y aquella linda envoltura escondía al pilluelo más grande que haya roto zapatos en todo el universo.

Un día en el almuerzo sirvieron un dulce que venía cuidadosamente envasado en monísimos tarritos de porcelana.

Marcelo se apresuró a comer su parte y pidió más.

— ¿Cómo? — díjole la madre. — ¿Has terminado tu tarrito?

— Sí, pero tengo ganas de comer más, dame otro.

— No, hijo mío; puede hacerte daño. Mañana comerás otra vez, ya que tanto te ha gustado, pero hoy no quiero que abuses de la comida, pues puedes enfermarte.

— Yo quiero otro tarrito — chilló Marcelo.

— No, hijito; no puedo darte más.

— Entonces, no haré mis deberes — dijo con furia, al tiempo que estrellaba contra el suelo el tarrito vacío.

Su papá lo miró severamente, y dijo:

— Muy bien, caballerito. En castigo de su mal humor, irá usted a la cama inmediatamente.

Y en medio de un griterío ensordecedor fué el niño conducido a su cuarto, y a pesar de su resistencia desesperada fué metido en la cama.

Después de una hora de lloriqueos, Marcelo se serenó un poco. ¿Creéis que estaba arrepentido? Nada de eso.

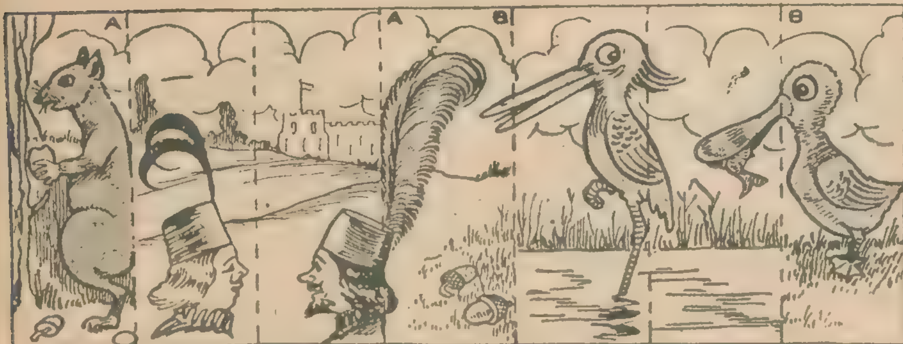
Silencioso como un ratón, saltó de la cama, y con pasos cautelosos se dirigió hacia el comedor. Sobre el aparador estaban los codiciados tarritos.

— No han querido dármelos — gruñó Marcelo, — los tomaré yo.

Y diciendo y haciendo, arrastró un taburete hasta ponerlo junto al apara-

SECCIÓN RECREATIVA

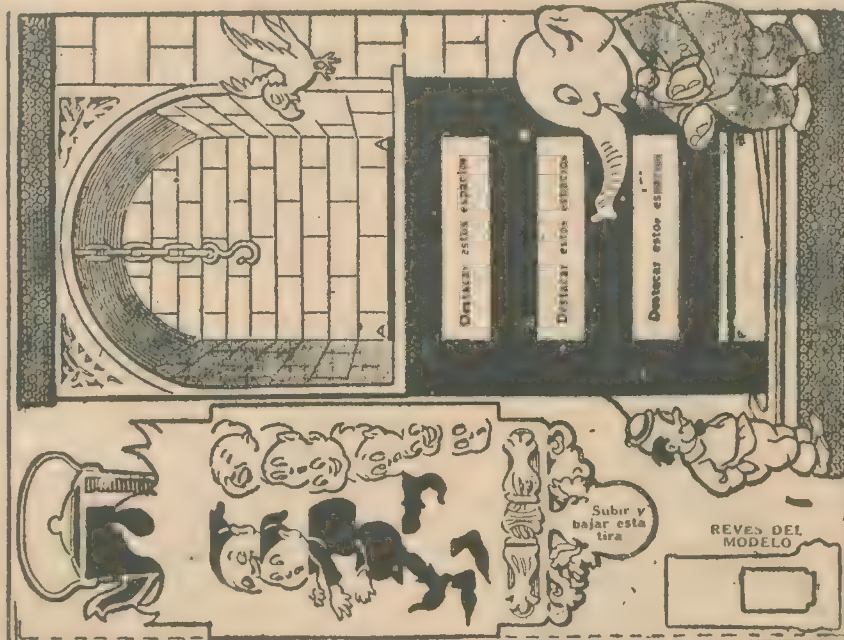
CAMBIO DE ESCENA



Para variar el cuadro ofrecido por este grabado no hay más que doblarlo de modo que *A* coincida con *A*, y *B* con *B*. Hagan la prueba mis nietecitos.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

EN LA CHIMENEA



Aparecen alegres figuritas entre las llamas de la chimenea, para ver las cuales debemos preparar sobre cartón y pintar las dos piezas del grabado. Con un cortaplumas filoso se abren hendiduras en *A A* y *B B*, por las cuales se pasa la parte de la pava.

No olviden mis amiguitos de destacar los espacios señalados y pintar todo con bonitos colores. Al subir y bajar la tira, se ven alegres visitantes en la chimenea.

dor, se subió en puntas de pie para alcanzar al dulce y... el estruendo fué formidable. Los tarritos, unos platos y una compotera yacían en el suelo, en medio de un mar de almíbar lleno de cristalitos muy bonitos a la vista pero malos de digerir.

Fácil es imaginar la actitud del pobre goloso, que acabó por echarse al cuello de la mamá, llorando a mares.

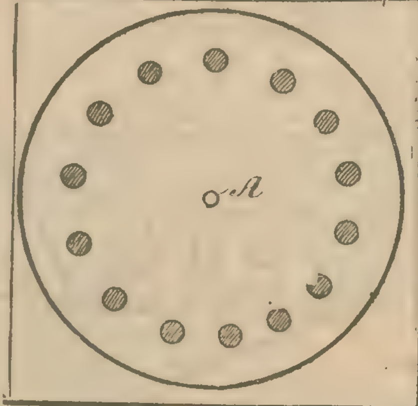
No paró en esto solo su desventura. Al salir de su cama calentita para ir en busca del famoso tarrito de dulce, había atrapado una influenza que degeneró en una bronquitis de las peores. Escarmentado por la dura lección, procuró corregirse de sus defectos. Hoy es un niño bueno, cariñoso y obediente que cuenta a sus hermanitos cómo le fué una vez a cierto chico que quiso comerse a escondidas un tarro de dulce.

Pero no les dice quién fué ese niño, porque le da mucha vergüenza.

SECCIÓN RECREATIVA

Payasín





Después de dar bonito colorido a Payasín, recorten mis lectorcitos ambas piezas y las peguen sobre cartulina. Luego, con un cortaplumas filoso, destaquen el arco señalado. Coloquen a continuación el disco tras la figura, y fijen un broche por (A), en ambas piezas juntas. Haciendo girar el disco, Payasín ejecuta juegos malabares.

El ratoncito



Fabricar una bandejita pegando el dibujo sobre cartón y cortando los ángulos para formar los bordes. Destacar los espacios y pegar del revés una cartulina. Por separado se arma al ratoncito sobre cartón, y luego se pone dentro la bandeja. El juego consiste en hacerlo entrar en las cuevas, sacudiendo la bandejita. Gana diez tantos en la de arriba y cinco en la de abajo. Hay que reunir cincuenta, y los jugadores toman al gato por turno.

Nerón

(Continuación de la pág. 16)

prostituye la majestad soberana a todas las payasadas del circo, a todos los oropeles del teatro.

Su viaje a Grecia es la historia de un arlequín coronado: marcha allí al frente de un ejército de cinco mil palmoteadores, y canta, lucha y declama en todas las arenas helénicas. Y aunque canta con la nariz más que con la garganta, aunque cae torpemente de su carro, aunque baila torpemente, porque sus débiles piernas no pueden sostener el peso de su abdomen, aquel pueblo de artistas aplaude frenético las piruetas y las bufonadas del divino Nerón. Se le adjudican mil ochocientas coronas, y se arrastran a los sumideros, para dejar espacio libre a las suyas, las estatuas de los antiguos vencedores en los juegos olímpicos. El éxito del terrible comediante era siempre seguro: su superioridad en las tragedias de la vida real le aseguraba el primer puesto en todos los géneros del arte dramático.

Aparecer en un teatro al lado de Nerón era peligrosísimo; así es que el atleta más robusto cae, fingiéndose vencido, a su primer puñetazo; el auriga que corre con él imprime a su carro el paso de una carreta; la voz más melodiosa afecta una ronquera súbita o se extingue apenas comienza a alternar con la del tirano. Un *virtuoso* de Corinto tuvo la debilidad de cantar con afinación en una de aquellas representaciones imperiales: le aplaudieron, y se perdió sin remedio. A un gesto de Nerón, los demás actores le empujaron contra una de las columnas del teatro y le cosieron la garganta a puñaladas.

La sangre era el vino de estas grotescas orgías. En todas las farsas de Nerón la muerte desempeña un papel. ¿Veis ese cochero, vestido de verde, lanzar su carro en los jardines del Vaticano? La cuadriga galopa entre dos filas de extraños candelabros; un olor de carne quemada se exhala de ellos: parece que las llamas gritan, y que el humo se queja. Esas antorchas vivas son cristianos empalados y untados de cera: Nerón se pasea triunfante en su carro infernal entre una iluminación de mártires.

Es curiosísima la demencia creciente de este alucinado del poder. Su cerebro se debilita a medida que su corazón se endurece. Su máscara de histrión acaba de devorar los contornos cesáreos que había conservado su rostro. En los tres últimos años de su reinado, Nerón no es otra cosa que un bufón desenfrenado que parodia a los dioses. No hay en él ni lo que podríamos llamar la política del asesinato, la corta, pero recta lógica del puñal: mata a diestro y siniestro sin motivo y como para satisfacer una necesidad física de su temperamento. Su lujo, sus vicios, sus orgías, sus caprichos, se asemejan a hipérboles orientales realizadas. Es un monstruo, y tiende a lo monstruoso, llenando a Roma, la ciudad positiva por excelencia, de las fantasmagorías del despotismo asiático. Para reedificarla, la quema, y sobre las ruinas de sus barrios incendiados, levanta la *Casa de oro*, palacio que encierra entre sus muros tres de las siete colinas, que tiene lagos por fuentes, llanuras y selvas por jardines, cuyos subterráneos están cubiertos de preciosos frescos y cuyas cámaras artesonadas de marfil reciben lluvias de perfumes desde sus bóvedas mudables como el cielo. Pesca con redes de oro, hace poner a sus mulos y a sus búfalos herraduras de plata, se pasea en un barco de marfil por el estanque de Agripa entre dos filas de grupos obscenos, dispuestos a los lados. Uno de sus juegos favoritos consiste en rebajar la fortaleza y en manchar el pudor. Mezcla las matronas con las cortesanas, hace que los senadores y los gladiadores luchen en el circo, y obliga a un caballero romano a montar un elefante.

Estos excesos del poder tienen, sin embargo, un término: el repertorio del despotismo está limitado por la Naturaleza.

Llega un momento en que la materia humana da al que la oprime cuanto en sí contiene de lodo, de sangre y de lá-

grimas. ¿Qué hacer para distraerse una vez llegado ese momento? Sólo queda lo imposible, y a lo imposible se dedica Nerón en sus últimos días. Tácito le llama "el amante de lo increíble": *Incredibilium cupitor*.

Un griego le hace creer que va a transformarse en pájaro, y Nerón le alberga en su palacio y espera que le salgan las alas. Un saltimbanco egipcio come carne cruda, y Nerón se propone perfeccionarle, hacer de él un cíclope y acostumbrarle a comer carne humana. La ternerilla de madera que responde en el circo con gritos de mujer a los mugidos de un toro furioso, es una invención de Nerón parodiando la fábula de Pasiphae.

Pero si Nerón ha agotado lo que el mundo podía darle todavía, le resta escalar el cielo. Comienza por destituir en masa a todos los dioses, los decapita y coloca su propia cabeza sobre las espaldas de las estatuas mutiladas: después diviniza su barba y su voz, consagrando la primera al Capitolio, y haciendo ofrecer sacrificios a la segunda: arroja barro a un ídolo, se baña en el agua de las fuentes sagradas, confisca en Delfos las tierras de Apolo, y cierra la boca subterránea por donde la pitonisa recibía el aliento divino.

La magia le ocupa un momento: se rodea de adivinos y examina con ellos los libros de Oriente y las entrañas de las víctimas. Su última manía decreta una debilidad singularísima, presentándonos el César romano bajo el aspecto de un sultán de África. Un plebeyo le regala una estatuita, imagen de una muchacha: Nerón se enamora de aquella muñeca, la proclama su suprema divinidad, y le hace cada día tres sacrificios. Sin detenerse en su estúpida reverencia a los amuletos, va hasta el fetichismo: rompe un vaso de cristal que usaba a menudo, ¡y eleva un mausoleo *a sus manes!*...

En su caída es donde aparece tal cual es la miserable naturaleza de este dios de teatro, que recuerda aquel idilio de la Biblia roto sobre el pavimento del templo y dejando escapar de su cabeza de oro unos cuantos ratones.

La tiranía, que endurece horriblemente la energía de los fuertes, que da a Tiberio sobre su roca de Caprea una actitud despreciativa no desprovista de elevación; la tiranía enerva a los débiles, los corrompe y los embrutece. Despojad a un hombre de la conciencia, del sentido moral y del corazón: si no hay en él genio para llenar esos vacíos, ¿qué quedará en él? Un simulacro de poder puesto en movimiento por unos nervios débiles, una voluntad descarriada, la animación de la fiebre, la vacilación de la embriaguez, un poco de bilis en las venas, otro poco de espuma en los labios..., nada o casi nada.

Llega un día en que el mundo pierde la paciencia; en que el grupo de cariátides sobre el cual patalea desde hace quince años aquel dios frenético, se cansa al fin de sufrir los rebotes de sus brincos, se retira y le deja caer.

Vindex subleva la Galia y Galba promueve la insurrección en España. Al mero rumor de estas lejanas revueltas, se desploma el poderío de Nerón. La inminencia del peligro no le inspira más que cóleras pueriles o proyectos insensatos. Lo que más le afecta en la furiosa proclama de Vindex, es que le haya llamado "mal músico", y escribe al Senado poniéndole por testigo de la injusticia de semejante reproche. Promete a los dioses, si le conceden la victoria, tocar en una fiesta el órgano hidráulico y bailar el paso de Turno.

Imagina desarmar las legiones de Galba, saliendo a su encuentro y llorando delante de ellas. Después se entrega a veleidades belicosas, y sus preparativos de guerra consisten en cortar los cabellos a sus esclavas, distribuirles hachas y formar con ellas un escuadrón de amazonas. Sus mismos sueños — los sueños fatídicos que en la antigüedad iluminan bajo formas tan grandiosas la última noche de los moribundos — son los que podrían engendrarse en el cerebro de un enano o en la fantasía de un bufón. Nerón sueña que es devorado por hormigas y que cabalga sobre un mono con cabeza de caballo, que lanza relinchos cadenciosos.

De cuando en cuando vuelve a apoderarse de él la vanidad: se agarra desesperadamente a los restos de su trono, y recobra su jactancia y su fisonomía de César. Vagas ideas de exterminio pasan por su mente: asesinar a los generales, envenenar al Senado en un gran festín, incendiar a Roma por segunda vez y soltar las fieras del circo por sus calles... ¡Inofensiva espuma de una rabia impotente!

Una noche abandonaron los pretorianos la guardia de Nerón, y éste concluye para siempre. Roma hizo el vacío en torno suyo, y este vacío formó la sima en que había de caer. El temible César de la víspera no es más que un proscripto que vaga durante la noche por las calles, llamando a puertas que no se le abren. La historia de las catástrofes imperiales no ofrece espectáculo parecido al de Nerón huyendo de la ciudad descalzo, cubriéndose el rostro con su pañuelo y arrastrándose de rodillas para entrar en la cueva de su liberto como un reptil perseguido que busca un agujero donde esconderse. Esta miseria empequeñece hasta el extremo su despreciable naturaleza, y despojado de la púrpura, aparece tal cual es: un niño cobarde y mimado. Sus últimos pensamientos son melancolías de *virtuoso* y lamentaciones de epicúreo aburrido *Hoc est Neronis decocta!* (¡He aquí el caldo de Nerón!), dice bebiendo agua de una charca, recogida en el hueco de su mano. Al sentir el ruido de los caballeros que le persiguen, declama un verso de la *Iliada*: "El galope de los corceles ha resonado en mi oído." Histrión hasta la medula de los huesos, piensa en su laringe en el instante de perder la vida y el imperio. La muerte, para él, es la extinción de la voz; su último suspiro es una nota aguda de vanidad musical. *Qualis artifex pereo!* (¡Qué artista va a perecer!), dice estrangulándose con mano indecisa y torpe.

Una deuda

(Continuación de la pág. 35)

Era el herido hombre bueno, noble y leal, si bien terco y obstinado en sus asuntos. El capitán fué el primero en alegrarse al saber que la herida no era mortal; era, por otra parte, tan hondo su sentimiento por el percance, que al día siguiente, al emprender de nuevo la marcha la partida, don Domingo de Vivar y Marquina caminaba a la vera de los que, en angarillas, transportaban a Martín Díaz. Éste, en verdad, ¿no se había portado caballerescamente al pelearse por una frustrada conquista femenina? De Vivar pensaba que sí.

Los soldados, seguidos por una retahila de guanacas cargadas de provisiones, iban enmudecidos, en atención al herido y al suceso de la víspera... En la gloria de la alborada, millares de pajarillos refugiados en las palmeras levantaban el vuelo, asustados, ante el férreo cortejo de los conquistadores.

LOS primeros días calurosos de enero sorprendieron a los españoles sobre el arcilloso suelo del Chaco, atravesando bosques virginales para los blancos y desbrozando para el mundo civilizado un nuevo continente. La partida se encontraba muy mermada; de los doscientos hombres, apenas si quedaban un centenar: los demás habían muerto consumidos por las fiebres y las privaciones o en las luchas contra los aborígenes.

Martín Díaz de Olmedilla era transportado todavía en angarillas. A su lado veíase, constantemente, a don Domingo de Vivar y Marquina, atento de consuno a la dirección de la expedición y al herido, que mejoraba. El capitán estaba siempre cabizbajo. El soldadote estaba apesadumbrado por la actitud de su subordinado, a quien, con sinceridad, quería por razones de parentesco y vieja amistad. Martín era terco, demasiado empeñoso en sus cosas, y solía responder a las afectuosidades del jefe con brusquedades incomprensibles. Una tarde departían así los dos:

—Dígote —decía el último de los nombrados— que fué tu ciego ardor el que te procuró esta herida. Bien sabe Dios que yo no te he buscado.

—No habéisme buscado, es cierto, pero me habéis provocado.

—No volvamos al viejo tema, Martín. Juntos hemos pasado nuestra primera infancia, con los mismos gozos, con los mismos pesares; juntos hemos venido en busca de gloria y oro a estas Indias; juntas, paralelas, correrán nuestras vidas, porque hasta la misma sangre corre por nuestras venas. Tratemos, pues, de olvidar para siempre lo que haya podido abrir un abismo entre nosotros. Volvamos a ser lo de siempre: amigos, compañeros.

El conquistador sonreía, emocionado. No así Martín Díaz de Olmedilla, que dijo, brioso:

—¿Olvidar? ¡Nunca! Vos podréis olvidar..., ¡yo, no!, y ahora menos que nunca, ¿me entendéis?, ¡menos que nunca!...

De Vivar, conciliatorio, murmuraba:

—Reflexiona, Martín. Tu vida está a mi merced, te tengo en mis manos, y si quisiera hacerte matar podría hacerlo sin impedimentos. Quiero ofrecerte mis manos en son de amistad y pones ante mí la punta de tu espada.

—No me mataríais; bien sé que no. Sois caballero, y, de lo contrario, seríais cobarde y villano.

El capitán se alejó del herido. Estaba lastimado en su amor propio: pedía la paz y, por respuesta, desplegaban ante él la bandera roja de la guerra. El antiguo oficial de don Juan de Ayolas, corazón generoso no obstante su varonil firmeza, sentía ganas de llorar al cerciorarse de la cerril actitud de Martín Díaz, cuanto más que lo apreciaba sobremanera.

Las cosas de esta suerte, a altas horas de la noche del 6 de enero del año de gracia de 1539, el herido, que dormía al lado de don Domingo de Vivar y Marquina, vióse acometido por un fuerte delirio. Despertado por las angustiosas voces de éste, el capitán buscó, en vano, algún remedio para Olmedilla, que pedía agua para sus labios, secos por la fiebre, cuando en todo el campo

(Continúa en la pág. 57)

Guía de la mujer práctica

Los arreglos de una estación para la otra

¡Qué de economías se realizan y cuántas satisfacciones personales se obtienen mediante el poco gasto con que se logra transformar los vestidos de una estación para la otra! Para este efecto, la fantasía, de acuerdo con la moda, sugiere siempre ideas inagotables.

Un recurso siempre práctico para realizar estas transformaciones de vestidos, es el de añadir siempre alguna nueva tela lisa y diferente a los vestidos que se poseen y cuya variación se procura. Efectos muy interesantes se obtienen combinando un vestido de color liso con añadidos o adornos de tela estampada o adamascado, de esas de las cuales la moda nos presenta gran variedad.

La parte alta destruída, de un vestido a cuadros, se reemplaza con una pieza de género liso. Para cubrir un vestido derecho, se puede disponer también de un volante liso ligeramente en forma, que rodea las caderas y la espalda

Se recortan en primer término las partes destruídas o simplemente usadas del vestido viejo. Se disminuye la escotadura; y se reemplazan las partes levantadas por tiras que forman a manera de galones o piezas nuevas.

Se usan y combinan incrustadas en el género piezas de puntas triangulares, o en formas de rombos, etc., que forman adornos de efectos.

La habilidad de una mujer puede demostrarse de una manera elocuente combinando de dos grandes o pequeños vestidos uno nuevo de moda. Los jaquettes cortos se alargan; se recogen en cambio los manteaux largos, para rejuvenecer los trajes tailleur y las tres piezas.

Con un manteau deformado se combina un adorno que transforma completamente un vestidito que acompaña. Con aquél puede hacerse un volante plano o en forma que se aplica a la falda derecha; también pueden hacerse godets incrustados que animarán la línea; o anchos pliegues huecos que le darán amplitud.

También puede modificarse un vestido aplicándole nuevos panneaux fruncidos o plegados en tela más liviana que la de aquél, de un color parecido o diferente que haga buen juego. La muselina de seda puede servir muy bien para adornar un vestido usado de seda transformándolo completamente. La muselina se corta en tiras que se incrustan luego sobre la otra tela, a la cual se le habrán hecho previamente aberturas para aplicarle aquélla.



Unas tiras incrustadas de género parecido o igual al bajo del vestido, permite unir pequeños trozos de tela y reusar la parte destruída de la misma. Con la "basque" de un manteau semejante al vestido, se hacen los panneaux plegados que ensanchan aquél

Decorado de interiores

En la actualidad se están usando con mucha mayor frecuencia que antes, los espejos para el decorado de interiores. Los decoradores modernos han sabido darles mil usos distintos, aumentando su número y colocándolos en rincones, antes completamente desprovistos de ellos. Tratemos, pues, de imitarlos, utilizando las lunas, ingeniosamente dispuestas, para embellecer nuestros interiores. Existe, por ejemplo, esta manera original para decorar la pared de un salón. Procúrese un espejo de dos metros de alto por uno de ancho. Es inútil elegir uno que tenga un marco suntuoso o esté biselado, porque esto último ya no lo exige la moda. Se reemplaza el biselado en los espejos de lujo por un ligero cuadriculado de toda la superficie. Cuadrados de veinte centímetros de lado, dibujado sobre el fondo con delgadas líneas blancas.

En cuanto al marco puede ser de hierro batido, también, más económicamente, de madera pintada. El color más usual es el gris.

Ese espejo se colocará en el medio de la pared que se desea adornar. A su pie puede usted poner un recipiente, pintado con el mismo color lleno de flores, y en el que las macetas se hallan disimuladas debajo del musgo. Es preferible poner en el mencionado recipiente floreros, porque de tratarse de plantas naturales, en tierra se tendría bastante trabajo para regarlas en un salón.

El efecto de ese decorado es muy bonito, especialmente en la estación de las hortensias, begonias y geranios. En invierno se reemplazarán los floreros por plantas verdes o también por flores artificiales.

La moda de las cintas

El valor de la cinta como adorno no ha perdido su importancia con las nuevas modas. ¡Cuántas y qué hermosas combinaciones pueden hacerse con ellas! Ya sean de satín, de faya, de terciopelo, etc., ya sean cintas clásicas lisas, o cintas de fantasía, anchas o estrechas, se emplean en múltiples y variadas aplicaciones, algunas de las cuales vamos a permitirnos ocuparnos.

Para los sombreros, puede decirse casi que no habría manera de pasarse sin cintas. ¿No se está viendo por ahí que no hay sombrero que no tenga por adorno alguna cinta? Doblada o plegada, se presta a innumerables combinaciones de cocardas o motivos diversos que adornan sobriamente las pequeñas formas de fieltro, de paja o de terciopelo. Pero aparte de estas combinaciones de que nos hemos ocupado ya otras veces, sucede también que se confeccionan sombreros cubiertos totalmente de cinta.



Fig. 1 Fig. 2

Formas rígidas son cubiertas por pequeñas cintas de faya dispuestas de un lado al otro en forma que, ya entrelazadas, fruncidas o plegadas, lo cubren sin uniformidad.

Entre las novedades de la moda ofre-

cemos el modelo de la figura 1. La copa dividida en secciones de armoniosas proporciones se eriza graciosamente con una a manera de cresta, de pequeños bucles que dan al modelo una gentil originalidad. Se hacen particularmente de gros-grain, cinta de terciopelo flexiblemente enrollada o dispuesta en vuelta alrededor del fondo de la mis-



Fig. 3

ma copa oval hecha de la misma cinta. Ésta se obtiene con varias cintas unidas por sus costados, o con una cinta ancha.

Otros modelos ofrecen un trabajo más complicado, están formados de trozos de cinta diferentes unidos a manera de mosaico. Se combinan con cintas de clase y color diferente, satín y gros-grain, velours y terciopelo, o bien en colores opuestos. Desde luego, que se cortan las cintas siguiendo una forma geométrica única: triángulo, rombo, etcétera, lo que da al trabajo una forma regular; pero si se le dan formas geométricas diferentes, se obtendrá un efecto de mayor fantasía, tal el modelo de la figura 2.

Para reemplazar una corbata o cuello de piel, resultará maravillosamente un cuello de cinta como el de la figura 3, cuya gracia flexible es debida a los paños de cinta que se prolongan.



Fig. 4



Fig. 5

Un pequeño relleno de algodón deslizado entre dos bandas de cinta de terciopelo, le dará un espesor agradable y al mismo tiempo confortable.

Con las cintas se hacen también agradables arreglos y combinaciones para el cuello y los puños de las mangas.

He aquí (fig. 4), una manga larga y estrecha transformada por medio de un brazalete de bucles de cinta de velours o de satín. La idea no carece de novedad, pero no debe ser aprovechada cuando se tiene un brazo grueso y corto. Mejor es para este caso el arreglo de la figura 5, no menos original y más propio para adelgazar el brazo.

La cinta es también un precioso auxiliar para los bordados. Empleada como un galón, o como un soutache, viste bien y es muy fácil de trabajar.

Conservación de las flores Las flores son un delicioso adorno para la casa. Tan así es que una desearía verlas en todas las piezas, llenando todos los floreros. ¡Cómo encantaría adornar con ellas las mesas, las consolas y los armarios si no fueran tan costosas y tan frágiles! Porque esos son los dos defectos capitales de esas pequeñas hadas embalsamadas y delicadas, que, poco a poco, van adornando ya solamente las casas suntuosas...

Empero, si se habita una casita, rodeada por un jardín en flor, las rosas y los crisantemos no le costarán nada. Se podrá engalanar su casa con ellas, y para conservarlas el mayor tiempo posible, es bueno que se siga este consejo: tómese una patata y hágase en ella un agujero recto y bastante profundo. Tómese la flor y colóquese su tallo en la patata perforada poniéndola luego en el fondo del florero. En esta forma la flor se conservará fresca durante unos días.

Existen también otros métodos más conocidos: el empleo del carbón de leña y del bicarbonato de sodio.

Tanto en un caso como en el otro, algunos fragmentos de carbón de leña o una pequeña cantidad de bicarbonato sódico, puestos en el agua, impiden su fermentación.

"Reyes" modernos

(Continuación de la pág. 23)

EMILIO. — ¡Ofelia!

OFELIA. — *(Entrando.)* ¡Hola, Santini!... ¿Cómo le va?... *(La mano a Mario.)* ¿Ha visto qué hermano tan dormilón?...

EMILIO. — Ni tiempo tuve para preguntarte cómo te trataron los "Reyes"... ¿Qué tal, che?

OFELIA. — ¡Lo más bien!

EMILIO. — ¡Ahá!...

OFELIA. — Me trajeron esto. *(Por un "sautoir" que luce en su garganta.)* ¿Le gusta, Santini?

MARIO. — Muy bonito... Muy... muy bonito...

EMILIO. — ¿Y nada más te trajeron?

OFELIA. — ¿Qué más? ¿Te parece poco?

EMILIO. *(Mientras Santini, presa de gran confusión, mira a la calle como si algo extraordinario aconteciera abajo, dice a Ofelia en voz baja.)* — ¿Pero no viste el retrato de ese infeliz en tu zapato?

OFELIA. — ¿Eh?... ¡No!

EMILIO. — ¡Entonces lo estás usando como plantilla! ¡Pedí mi ayuda otra vez!

OFELIA. — ¡Te presto los cien pesos, si te haces humo!

EMILIO. — Bueno. *(Se sienta y saca un cigarrillo.)*

OFELIA. — ¿Y te sientas?...

EMILIO. — Para hacerme humo, tengo que hacer humo. *(Fuma a grandes bocanadas.)*

OFELIA.—*(Ha comprendido. Fuerte.)* ¡Supongo que no pretenderás asfixiarme con tu cigarrillo!

EMILIO. — ¡Ah! "¡Pardón"!

OFELIA. — *(Mientras Emilio se aleja.)* Venga, Santini, tengo que hacerle una pregunta... *(Bajo.)* No quiero que oiga Emilio.

EMILIO. — *(Saliendo al balcón.)* ¡Pobre hombre! ¡No se han casado, y ya lo tiene bajo el pie!

Una deuda

(Continuación de la pág. 53)

no había una gota del preciado líquido. La voz implorante, cascada, ronca, despertó en el jefe de los expedicionarios una inusitada agitación nerviosa, una hiperemia. ¿Cómo dar fin a aquel suplicio? Enloquecido, transformado, se adentró en el bosque, hundido en tinieblas, dispuesto a hallar una fontana o un manantial que apacigüase la sed del herido.

Al llegar el alba, el capitán no había regresado. Los soldados recorrían las inmediaciones del campamento, sospechando alguna traición; pero infructuosamente, puesto que no lograban hallarle. Fué al mediodía, al disponerse la gente a reanudar su caminata, cuando él apareció. Llegó con la faz desencajada, anhelante, el mirar fiero, mas traía, al fin, el agua. Había pasado la noche perdido, desorientado, a través de la selva, sintiendo el vaho de las fieras y el aleteo de los pájaros nocturnos junto a su rostro.

Martín Díaz de Olmedilla se salvó; con agua o sin agua hubiera sido igual. Sin embargo, para él, Domingo de Vivar y Marquina se rehabilitó con aquella su acción desinteresada, noble. Y cerca de Asunción, una mañana radiante, llena de sol, de este buen sol americano, el convaleciente caminaba apoyado en el hombro de su rival.

— ¿Aun existe entre nosotros alguna deuda, querido Martín? — preguntó De Vivar.

— Ahora más que nunca.

— ¿Cómo? — exclamó, entre sonriente y bromeante, don Domingo.

— Sí; estoy con vos en deuda... de gratitud y de amor.

Martín Díaz de Olmedilla se reía, con su risa bárbara de hombre tosco y sencillo, y golpeaba, fraternalmente, la espalda de su camarada y amigo, el recio capitán don Domingo de Vivar y Marquina.



El salvamento de Nepomuceno

Por

J. H. ROSNY



CUANDO yo era secretario de M. Artemio Callemarre — refirió Desnoyers — no tenía grandes esperanzas. M. Callemarre era rico y paleólogo. Me empleaba en redactar sus Memorias, clasificar sus notas y vigilar el arreglo de su museo, en el cual se amontonaban osamentas innumerables, armas y utensilios de piedra tallada, de piedra pulimentada, de cuerno, de bronce o de hierro, esculturas prehistóricas, coprolitos, insectos marinados en el ámbar, vajillas milenarias.

"Era un hombre paciente, erudito e idiota. Me aseguraba el alojamiento con la alimentación, más setenta y cinco francos al mes. Por lo demás, fuera de los trabajos que me asignaba, yo existía para él mucho menos que una aguja de ojo de los tiempos lacustres.

"No existía yo mucho más para sus amigos, que casi no ascendían sino a nueve o diez personas de los dos sexos, entre ellas un numismático fósil, un asiriólogo con nariz de tapir, y la familia Guerlin, compuesta de dos hermanos, Nicolás y Nepomuceno, respectivamente entomólogo y estadístico, viudo el uno y armado el otro de una mujer pintora y de una hija tan despegada, tan fresca, que semejaba un agabanzo entre las coles.

"Yo tuve la debilidad de prendarme de esta señorita. Cuando su roja boca de clavel, sus cabellos, en que se mezclaban diez matices de rubio, sus ojos de turmalina, aparecían en la terraza o en la penumbra de los salones, una extraordinaria inquietud agitaba mis arterias. Yo guardaba estas emociones para mí mismo, porque no he tenido jamás visiones quiméricas y sabía qué distancia me separaba de Colette Guerlin. Era exactamente la distancia que separa setenta y cinco francos al mes (más la alimentación y el alojamiento) de cuarenta mil libras de renta y vastas esperanzas. A esto había que añadir la aversión que me testimoniaban generosamente la señora Guerlin, Nicolás, el entomólogo y, sobre todo, el estadístico Nepomuceno.

"Este último era el tío. Tenía un hocico violáceo y grosero, ojos de caimán horriblemente inmóviles y, como el príncipe de "L'Immortel", llevaba el arte de despreciar a sus últimos límites. Y yo creo que no despreciaba a nadie tanto como a mí. ¿Por qué? Este era el secreto de su alma de estadístico.

"En cuanto me veía, el desdén crispaba su labio, plegaba sus mejillas una sonrisa amarga y sarcástica, y su ojo de saurio se fijaba en mi rostro con una insolencia glacial. Como era el que tenía las riendas, tanto por ejercer una especie de fascinación sobre su hermano Nicolás como a causa de su superior fortuna, su aversión hacia de mí, para los Guerlin, el excremento de la tierra. La cosa iba tan lejos, que yo temía perder mi plaza cerca de Artemio Callemarre...

UNA tarde de verano pensaba yo en mi suerte mísera a la orilla del río. El sol quemaba como nunca. La tierra estaba tan caliente como un horno de cal. En el camino me había cruzado con Nepomuceno; me halla yo melancólico hasta la neurastenia, y me dije: "¡Este puerco me traerá la desgracia!"

"Y siniestros presagios turbaban mi cerebro.

"Como había ido con intención de tomar un baño, me desnudé en una barraca abandonada, revistiéndome con unos calzoncillos. Después de algunas brazadas, teniendo cuidado de no separarme apenas de la orilla, pues no soy diestro en la natación. Tomaba aliento, de pie sobre un banco de arena, cuando oí un clamor horripilante.

"Al mismo tiempo divisé, aguas arriba, una masa blanquecina que se arremolinaba entre las ondas, y reconocí al señor Nepomuceno. Durante medio minuto largo desapareció, reapareciendo a flor de agua. Yo estaba paralizado, mirando con ojos que debían estar fijos, redondos y estúpidos. Evidentemente, no tenía deseo alguno de arriesgar mi pellejo por aquel sucio ejemplar de la raza estadística. Al fin, el azar lanzó a Nepomuceno hacia mi lado, y, después, al alcance de mi brazo.

Entonces solamente, así al ahogado por su vestido de piqué y le atraje dulcemente. Tenía los ojos cerrados, estaba inerte, perdido en los países lejanos de la inconsciencia. No sin trabajo le coloqué sobre la orilla, prodigándole algunos cuidados elementales y ridículos, que hicieron su efecto. Nepomuceno abrió los ojos, embrutecido al pronto, y soplando como un otario; por fin, exclamó:

"—¿Sois vos..., vos?

"Y, en seguida, fué presa de un delirio.

"—¡Os habéis zambullido tres veces! — afirmaba. — Habéis arriesgado diez veces vuestra vida...

"Me cogió la mano, estrechándomela con fuerza, y repetía:

"—¡Tres veces! ¡Os habéis zambullido tres veces, noble joven!

"Yo quise protestar. Pero él, alzándose del suelo, me interrumpió con vehemencia:

"—¡Nada de falsa modestia! Sois verdaderamente un héroe..., uno de esos héroes sencillos que no tienen historia... pero que no desconoce la estadística.

"No quiso desistir de ello. Refirió a los suyos, refirió a Callemarre, refirió al numismático y al asiriólogo la aventura tal como su cerebro la había concebido al salir del desmayo. Al contrario de M. Perrichon, el reconocimiento no era para él una molestia. No solamente quiso tenerme por secretario y me prodigó las gratificaciones, sino que me hizo tratar como a un hijo por Nicolás y la mujer pintora; y cuando se enteró de mi inclinación hacia Colette, la favoreció definitivamente...

"La tarde de los desposorios llevó a los invitados a su gabinete de trabajo.

"— Os voy a dar una sorpresa — dijo.

"Se veía, colgado en la pared, un cuadro cubierto. Descubriólo. Entonces apareció una pintura que representaba un hombre arrebatado por la corriente y otro que se precipitaba, heroicamente, en su socorro.

"—¡Tres veces se zambulló — murmuraba Nepomuceno con ternura. — ¡Sin él, yo dormiría bajo la fría tierra!... Sin él, mi grande obra "Las estadísticas de los crímenes y de los traumatismos" hubiera quedado en estado de esbozo.

"De esta manera conocí, para dicha mía, hasta qué punto es superior la ilusión a la sencilla realidad y de qué fortuitos encuentros depende la suerte de las débiles criaturas.

Allende Iragorri

(Continuación de la pág. 8)

gones, por ejemplo. Lugones lleva todos sus versos al inmenso público, y a éste lo tienen muy sin cuidado los versos de Lugones. Tomás Allende Iragorri, en cambio, que careció de vehículo divulgador, hubiera contado con mucho y variado público para sus versos.

Hoy Tomás veranea en Buenos Aires. Una biblioteca popular de las que a precio de revista callejera ponen un libro en manos de ustedes, ofrecerá las mejores poesías de nuestro "desconocido"; el maestro De Rogatis termina la música al segundo acto de su libreto "La Hija del Hereje"; en una mesa de café de la Avenida, Tomás comunica bríos, como antaño al grupo de neófitos barceloneses, a una peña de pintores, músicos y escritores hechos y derechos, y, por último, uno de los "nuevos" le ha dicho que los versos de "Transfiguración", libro en germen, son versos superrealistas, esto es, "dernier cri".

Y ahí está porqué Tomás Allende Iragorri, redondo, y rosado como en sus veinte años, ríe igual que un niño a quien se le ha regalado el mejor de los juguetes: un juguete que esta vez no romperá, sino que defenderá (así él lo espera, y así pedimos a Dios que sea) contra follones y malandrines, volviendo a hacer de su pluma una lanza, ahora que, como pluma, ya la tiene probada genialmente.

La verdadera historia de Hamlet

(Continuación de la pág. 12)

secreto la criatura en la puerta de un convento. Allí le recogen, crían y educan bajo el nombre de Constante. Quince años más tarde, el emperador visita el monasterio y descubre la superchería. Constante es por él enviado a presencia de su mariscal con una carta en que le ordena dar muerte al portador.

El adolescente se detiene ante los muros del castillo y queda dormido. La emperatriz le divisa; siéntese prendada de su gracia y, robándole la carta fatal, la substituye por otra con la orden de casar a Constante con la hija del monarca.

Realizada la boda, el emperador se inclina ante el victorioso destino.

De igual manera, Hamlet será comisionado por el rey de Gran Bretaña para presentar una demanda de matrimonio a la reina de Escocia. Sabía él que tales embajadas eran castigadas con la muerte... Hamlet se duerme en el camino. Los cortesanos de la reina le substraen el mensaje. Maravillada la reina, reemplaza por una recomendación el pedido fatal y se casa con Hamlet.

Procede el príncipe de Dinamarca directamente de la costa mediterránea, aun cuando muchas reminiscencias orientales se mezclan en su aventura. Recordemos su doble boda.

Bígamo, no vacila en volver a Inglaterra, donde ambas mujeres viven y conspiran contra él. Hay aquí recuerdos de poligamia asiática, reflejo de cuentos orientales que matizan a veces la literatura francesa y alemana de la Edad Media.

Indudablemente, los textos griegos y latinos eran desconocidos por los escaldas y compositores de sagas.

Pero toda una corriente de navegantes, comerciantes y soldados del Norte volvían a sus bosques y sus "fiords", luego de haber traficado en los puertos del Mediterráneo o servido en la corte del emperador bizantino.

No se hallan restos de una transmisión directa, científica diremos. Los temas clásicos han penetrado originariamente en Escandinavia por una especie de contagio popular.

Sea como sea, el mundo ha olvidado al Hamlet de las leyendas.

Quien ha conquistado el alma de la humanidad es el otro, el melancólico Hamlet creado por el genio de Shakespeare.

¿Cómo es posible no amarle?

Acaso todo el secreto de su simpatía esté en mostrarse, antes que príncipe, *un hombre en medio del mal universal.*

Toxinas del alma

(Continuación de la pág. 45)

Fué el cerebro... Con sumo cuidado realicé mi propia introspección..., y con dolor confieso que no experimenté nada...

"¿Qué se ha hecho de mi alma, que vibraba a la menor emoción?

"Yo, que era tan sensible, que lloraba cuando alguien me hablaba en voz alta. No puedo, por más que me esfuerzo, hacerlo ahora...

"28 de agosto:

"Todo he intentado para volver a poseer mi antiguo yo; pero es en vano.

"Quise nuevamente alimentar mi espíritu con ilusiones... Aturdirme con luchas... Adormecerme imaginando mis nuevos triunfos; pero fué inútil... Todo lo encuentro artificioso, ficticio... Con terror pienso si habré perdido la fe en mí mismo.

"Me parece que si pudiera llorar me aliviaría, descargaría este peso que me oprime y me tortura sin cesar.

"Con angustia evoco el placer que experimentaba mi cuerpo cuando lo invadía el frío que sucede al llanto.

"¡Qué no daría por sufrirlo nuevamente!

"2 de septiembre:

" "El cuerpo, que no elimina sus to-

xinas, va envenenándose poco a poco."

"¿Tendrá el alma también toxinas?... ¿Cuáles son?... ¿Por qué no podré llorar?...

"14 de septiembre:

"No cabe más duda. Mi alma está envenenada.

"¡No poder sentir! Ser igual que una máquina... ¡Qué tortura!

"Las lágrimas que vertemos forman una nueva pila bautismal.

"Cuando lloramos nacemos de nuevo.

"17 de septiembre:

"Siento que ese raudal de lágrimas que no he podido verter ahoga, inunda, intoxica a mi pobre alma...

"Es mil veces preferible la muerte.

"¡Ah! Por fin he dado en la idea salvadora. Morir... Morir es la salvación..."

El doctor Agote cerró el cuadernito. La hora azul se filtraba a través de los balcones abiertos.

En silencio casi religioso se levantaron los contertulios y abandonaron la casa.

Kato se había dormido de pie...

Juana de Ibarbourou, poetisa popular

(Continuación de la pág. 38)

les, nos dice, sin dejar de mirarla y poniendo en su rostro expresión de arrobamiento:

—¿Verdad que es linda, que es graciosa, que es juvenil mi casa? Con mi marido siempre decimos que vamos a ser viejos nosotros y nuestra casa va a continuar siendo joven...

Podemos observar con detenimiento a la poetisa. Pequeña, delgada, flexible, en toda ella se conserva cierta frescura, cierta gracia de la niña. Como suele ocurrir con los poetas, todo el espíritu de Juana de Ibarbourou se vuelca en su rostro, en cuyos ojos obscuros arde constantemente una llamita, una llamita misteriosa, que quizá sea la expresión genial.

De vez en cuando alisan sus manos finas las negras hebras de su cabello, casi como una expresión de coquetería, pero, en realidad, expresión simplemente femenina. La poetisa no se complace en hablar de poesía ni de literatura. Esto quizá pueda parecer modestia; pero es, sin duda, manifestación espontánea de su sensibilidad. La mayor parte de los verdaderos artistas sienten rubor de sacar a la luz del día, a la vista de todos, su personalidad espiritual.

Hemos dicho de Juana de Ibarbourou que es "una mujer de su casa". Su satisfacción, su orgullo, su felicidad, su amor, su vida, es su hijito. Para ella nada existe ni puede existir en el mundo, que no sea su hijito. Y de su hijito nos dice:

— Me quiere tanto..., tanto..., tanto..., que busca todos los días nuevas formas de expresarme su amor. Hoy, figúrense ustedes, me decía, mientras con una de sus manecitas me acariciaba la cabeza: — Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo; te quiero hasta con los microbios de mi cuerpo, hasta con los microbios de los microbios de mi cuerpo!

Las obscuras pupilas de la poetisa se iluminan con una nueva luz, una nueva luz que seguramente no corresponde al alma de una poetisa, sino de una mujer que vale mucho más que todas las grandes poetisas, de una madre, de una madre amantísima.

Así, sencilla, buena, humilde, es Juana de Ibarbourou en la intimidad. Vivió la niñez junto a una madre amorosa y solícita, que la habituó a las mil pequeñas cosas de la vida doméstica, y, niña todavía (todavía está en florecimiento de juventud), pasó al hogar de su esposo, que es hoy también el de su hijito, un hijito que se siente enormemente feliz con el amor y con la gloria de su mamá.

Fué así cómo Juanita Fernández, una niña que, un poco avergonzadamente, dedicaba versos a los campos, a los arroyos, al cielo de su pueblo, llegó a convertirse en poco tiempo en la gloriosa Juana de Ibarbourou que hemos encontrado en la playa de Malvín, contemplando a lo lejos la silueta de su casita blanca, grácil, juvenil...

El buen humor de los demás



LAS MAMÁS

—Como yo sabía que ese matrimonio no te convenía, le he dicho: "¡Míreme fijo a la cara!"... ¡Y hubieras visto cómo corría!

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

En el cementerio de Stratfordshire, en Inglaterra, hay sobre una tumba cinco lápidas idénticas en forma y en color, pero diferentes en las incripciones.

La primera dice así: "Aquí reposa Ana, primera mujer de Juan Brown."

La segunda: "Aquí reposa Juana, la segunda mujer de Juan Brown."

La tercera: "Aquí yace Mary, la tercera mujer de Juan Brown."

La cuarta: "Aquí yace Clara, la cuarta mujer de Juan Brown."

Y la quinta: "Aquí yace Juan Brown, que al fin descansa en paz."

Don Gaspar es hombre rico, pero amarra el dinero demasiado. Se le muere su mujer, le hace los consiguientes funerales, y se encuentra con que le apuntan como gasto de dos mil trescientos pesos.

—Dos mil trescientos pesos —dice él. —Preferiría que no se hubiera muerto.

Don José es un buen maestro, que se desvive porque sus discípulos aprendan, y le pregunta a Luis, que es muy goloso:

—Vamos a ver: ¿cómo te arreglarías tú para repartir, a partes iguales, trece manzanas entre catorce niños? Ahí tienes un problema bastante complicado.

—¿Complicado? ¡Ca, no, señor!

—¿Cómo? ¿A ti te parece que no es complicado?

—¿Repartir trece manzanas entre catorce niños? ¡Yo haría compota!



LOS NEGOCIOS

—Me temo que usted se haya comprometido ya con Pérez...

—Tranquilícese usted; sólo tiene mi palabra de honor.

HUMORISTAS DEL VERSO

ANTONIO PALOMERO ("Gil Parrado")

CARNAVAL

Tiempo hace que a todo el mundo
le dió el naipe por decir:
"¡Va el Carnaval a morir...!
¡Ya está casi moribundo!"

Contestemos la verdad
a quien la frase repita:
"¡Si es que ha muerto, resucita
con toda puntualidad...!"

El Carnaval nos complace
bailando sobre su fosa...
¡como el ave fabulosa,
de sus cenizas renace...!

Y en estos días amenos
dice a los hombres sensatos
que tiene, como los gatos,
siete vidas... por lo menos.

Nos hizo perder la fe
porque, con ciertos detalles,
andaba por esas calles
tan aburrido y "fané";

pero ya va su esplendor
poco a poco recobrando
y nos lo están animando
las gentes de buen humor...

Yo soy un hombre jovial
que espanta los sinsabores...
Y, no obstante, ¡a mí, señores,
me revienta el Carnaval!

Del porqué no me doy cuenta,
ni hallo razón convincente
para que a mí me reviente...
¡Sin embargo, me revienta!

Mas como el propio fastidio
no es argumento que aplaste,
miro el ajeno contraste
y honradamente le envidio.

¡Quién fuese un alma sencilla
para tener la fortuna
de entregarse a la tontuna
por las calles de la villa!

¡Quién fuera de esas personas
que se alegran dando gritos
disfrazadas de diablitos,
de bebés o destrozonas!

Admiro a ciertos sujetos
que con disfraz caprichoso
van y vienen sin reposo
tres horas por Recoletos;

y al joven de buena pasta
que disfruta y se alboroza
metido en una carroza
como sardina en banasta;

y al sedicente estudiante
que, terciada la capita,
corre, trota, suda y grita
para hacer de postulante;

y a la criatura inquieta
que —pasmo de los corrillos—
se destroza los nudillos
zumbando la pandereta.

Gracias a eso, su esplendor
va el Carnaval recobrando...
¡Que nos le están animando
las gentes de buen humor...!

Alegre, vistoso, ameno,
distinguido, original,
ya ha llegado el Carnaval...
(¡Me alegro de verle bueno!)

HUMORISMO MÉDICO

Por el doctor FÉLIX HERCE

ALGUNOS AFORISMOS MÉDICOS

El sarampión y la escarlatina son unos simpáticos duendecillos que gozan pintarrajeando de rojo a los niños en castigo de los que éstos pintan por las paredes y libros.

¡Qué ridículo y qué bonachón es el resfrío de nariz!... Se cura jugando al tresillo, al amor de la lumbre.

La laparotomía exploradora tiene el mismo encanto que los juegos de azar.

Los riñones son unos órganos antipáticos, meticulosos, que todo lo filtran, lo aquilatan, ordenan su eliminación... No van con mi carácter: yo, a ser posible, prescindiría de ellos.

El aneurisma de la aorta es una enfermedad buscada para morir el paciente en un lujoso despacho jocundo y teatral.

La meningitis es el alma maléfica de Herodes que flota sobre los niños.

La pulmonía es una enfermedad innoble; es un "apache" que en una noche de invierno nos ataca por la espalda con su frío y mortal estilete.

Las mayores barbaridades se hacen en cirugía menor.

La traqueotomía, como toda la cirugía de urgencia, tiene el encanto para el médico, que sea algo cruel, de procurar no llegar a tiempo a gozar retardando el momento de la intervención.

ANUNCIOS MÉDICOS

Original mezcla de anuncios, vista en un diario madrileño:
"*Vendo camas*, doctor X, del Hospital Central, de cuatro a cinco."
¡Oh, humorismo del cajista!

Radioactivan las aguas los *Radiolitósicos* Pons. Enfermedades del riñón y contra la tifoidea. Llevando tres cajas se regala un vaso.
(Este Pons es genial; idea unos polvos para estropear el agua..., y encima regala un vaso.)

Proteged a la infancia con la vacuna plúmbica *Star*, contra *chauffeurs* imprudentes. No falla.

¡No más calvos! Ni un día más, ni una hora más, deje usted de estar sin pelo.
El doctor Boroez, de Interlaken y Navalagamella, ha descubierto que el pelo es debido a una secreción interna de la hoja del esternón, y ha ideado un suero, compuesto de extracto flúido de esternón de oso, y cocimiento de hojas de "Gillette", de maravillosos resultados.
El éxito es asombroso: pelo en horas, usando el *Osolocrinol Gillette*.

Sanatorio de los doctores Lanceta (padre e hijos). Situación inmejorable, depósito de cadáveres, espacioso, con compartimentos independientes para cada cirujano.
Del treinta al cincuenta por ciento de comisión por cada intervención al cirujano; corredores e intérpretes en todas las consultas y a la llegada de los trenes.
Rayos X, con placas impresionadas de todas las regiones y con toda clase de lesiones, para ganar tiempo. Comedor con orquesta.
¡Ojo! No confundir este Sanatorio con el restorán de El Cojo, situado enfrente.—Teléfono 000.

Anecdotario de la señora de Lavalle

(Continuación de la pág. 10)

de ese tatita haya volado al Cielo como premio de sus crímenes y barbaries?...

CUÁNTO tiempo sin verla, misia Dolores — la saludó, cierta vez, una dama, cuya insignificante debilidad la había llevado a querer dignificar su distinción natural de matrona argentina con un título nobiliario que sólo pregonaba la miseria pecuniaria de quien se lo incorporaba a trueque de sus muchos pesos.

— Así es, señora — le contestó la hija del general Lavalle, — desde que usted dejó de ser Jacobita Rodríguez (?) y yo "Dolorcitas" — recordando el diminutivo cariñoso con que era llamada antes de estampar un escudo en su carruajes y en sus papeles y sobres, que sólo servían para la risa mal disimulada de sus muchas amistades.

DISTINGUIDA hasta en la ironía, a la pregunta candorosa de unos novios de su cariño, sobre si encontraba feo que se tomaran de la mano:

— ¡No hijita — contestó en seguida, — pero no dejen de avisármelo antes, así puedo dar vuelta la cara y mirar hacia otro lado!

HACE un cuarto de siglo, al ir a ser operada por primera vez, de mal grave, se acercó al doctor Máximo Castro en momentos en que el gran cirujano repasaba sus bisturíes.

— Afile bien, doctor — le dijo con la más entera confianza, — así corta mejor.

Y sumando ochenta y ocho años, después de contener una risa que no pudo reprimir al ver entrar a los médicos, ya enmascarados, que la iban a intervenir de nuevo, como un supremo recurso de vida o muerte:

— Esto parece de opereta—exclamó. Y pidió que la dejaran conservar en la diestra un pequeño crucifijo milagroso.

Y al terminar la operación, sin anestesia general, prolongó su mirada de fe intensa y de gratitud profunda sobre la santa imagen.

AL darse por terminada la apoteosis de su jubileo de oro con la Sociedad de Beneficencia, monseñor Duprat, jefe virtual de la iglesia argentina, ofrecióle el brazo.

— Muchos encontrarán impropio de un sacerdote hacer esto — le hizo notar, — pero a ellos habría de contestarles que para la Iglesia son las reliquias.

Y dijo bien el prelado.

AL iniciarse la campaña episcopal en favor de monseñor De Andrea, aun no olvidada, cuatro señoras fueron a anunciarle que una comisión numerosa habría de pasar a pedirle que encabezara con su firma una petición nacional dirigida al Excmo. señor presidente.

La buena amiga apenas si pudo terminar su discursito.

— Esas no son cosas en que puedan entrometerse las mujeres — la interrumpió con suave decisión.

Y dejó muerta la iniciativa.

ÉXITO FEMENINO

LEEMOS en un diario francés:

" Por vez primera, en 1922, una mujer, Mlle. Jane Rospars, tuvo el honor de ser elegida secretaria del Colegio de Abogados.

" Al año siguiente, Mlle. Lucila Tinayre, hija de la conocida novelista, renovó el mismo suceso. Pero, a despecho del proverbio popular "No hay dos sin tres", el año 1924 fué fatal para las abogadas. Ninguna de ellas fué admitida en la referida corporación.

" Con todo, ellas han tenido una hermosa revancha el año último: dos de aquéllas han sido elegidas, y Mlle. Julieta Veillier puede envanecerse también de haber obtenido el mayor éxito, pues ha sido elegida también segunda secretaria del Colegio. "

Los días de "La Ribera"

(Continuación de la pág. 6)

prende el idioma de los pájaros libres y conversa con los cautivos. Tenía un picaflor que acudía a la mesa a beber su cáliz de almíbar. Poseía un cardenal que tocaba sonatas, golpeando todos los objetos sonoros, con una horquilla que sujetaba con el pico. Ambos fueron muertos a picotazos por sus compañeros. ¿Celos, envidias?

La verdad es que aquí las aves abundan. Chajás, gallinetas silvestres, zorzales, calandrias y boyeros, gritan, vuelan, cantan, como agradeciendo la bondad y belleza que les rodea. Todo animal de pluma o pelo tiene derecho a habitar en "La Ribera", menos los gatos. La caza está absolutamente prohibida.

Subimos con el poeta a la parte alta del castillo, donde están las bibliotecas y el taller. Don Francisco es un hombre estudioso y laborioso, en grado que asombra, realmente. Sus libros editados ya pasan de veinte. Domina varios idiomas, desde el latín hasta el danés. Ha traducido en verso, de los más famosos autores, varios miles de poesías. Su obra inédita pasa tal vez los cincuenta volúmenes.

Extraño y conmovedor espíritu, lleno de virtudes y amante de la soledad, que él puebla de visiones y sonoridades. Su cerebro que percibe la nota, el color y la forma, está pronto siempre a vibrar por cualquier sugestión de arte. Es un trabajador que jamás se aparta del yunque: le veréis siempre con un libro en una mano y un lápiz en la otra. Su caudal es a veces tan excesivo que se atropella, se enturbia. Pero de aquella ola revuelta salta de golpe un borbollón de espumas, que el sol irisa; de aquella corriente sin pausa, se desprenden apacibles remansos, donde los sauces de la orilla se reflejan en un desmayo melancólico...

— Hábleme de su vida en Francia — le digo. — Usted, que conoció a Debussy, dígame algo de él.

— Venía a casa con mucha frecuencia. "La cathédral engloutie" la tocó en nuestro piano por la primera vez... Era un hombre espeso, de donde a ratos partía un relámpago que anunciaba el genio. Gran comilón, reía sonoramente.

— ¿A Verlaine, lo conoció?

— Lo traté en sus últimos días. Hace ya más de treinta años. Fuí a verle en su casa, que quedaba, si mal no recuerdo, en la calle Léonie. Se hallaba muy enfermo, en toda la desolación de su derrumbe. El labio caído, la tez lívida, las piernas envueltas en vendajes. Tiritaba de frío, y, a cada rato, arrastrándose hasta una modestísima chimenea de hojalata, me decía, poniendo su espalda al calor: "Mon ami, pardonnez-moi: je veux rechauffer mon derrière."

— ¿A quién más trató?

— Al gran Jean Paul Laurens, que fué el maestro de mi María. Era la más alta figura, con el tipo del sud de Francia, donde se había reunido todo el genio de los gascones... También traté mucho al colombiano don Rufino José Cuervo, el más sólido valor castellano en filología. Y a Palacio Valdés, que vivió tres meses en mi casa. Por cierto que aquel pasaje de "La hermana San Sulpicio", que ocurre en la Venta de Eritania, se lo referí yo... Aquel pasaje en que clavan, con un puñal, las dos manos sobre la mesa...

— Lo recuerdo muy bien: ¡algo estupendo!

— Sí; le ocurrió a un hermano mío. Mejor dicho, él lo provocó en un lance, siendo revolucionario en el Uruguay... ¡A Palacio Valdés le impresionó mucho!

Rodeado de sus libros, en comunión con sus afectos íntimos y amigos predilectos, don Francisco Soto y Calvo vive la existencia de un árcade, en el más noble sentido de la palabra. Su fe en la obra le despierta todas las mañanas con una nueva ilusión.

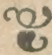
Él y su esposa realizan diariamente la alta misión de arte que se han impuesto. Mientras tanto la naturaleza colabora a su alrededor, con la flor, con el fruto, con el idioma de los pájaros que vienen a beber en las fuentes. Y el Paraná paternal les canta su canción eterna, lenta y profunda, como todo lo que marcha por la vida realizando una obra de fecundidad...

El mujik y las ciruelas

Apólogo ruso

Por

LEON TOLSTOI



UN mujik compró en la feria seis hermosas ciruelas para repartirlas entre él, su mujer y cuatro hijos.

De vuelta a su casa, entregó a cada uno de los muchachos una ciruela, diciéndoles:

— A ver cuál de vosotros hace mejor empleo de ella.

Al día siguiente llamó a su hijo mayor, y le preguntó:

— Vamos a ver, Iván: ¿qué hiciste con la ciruela?

— Me la comí, padre — respondió el muchacho; — estaba riquísima... Pero guardé el carozo, y cuando llegue la época de sembrarlo, lo plantaré en el huerto. De aquí a dos años, ya podremos tener ciruelas.

— Muy bien, hijo mío — aprobó el mujik. — Veo que eres previsor, y eso me agrada en extremo, pues tu porvenir está asegurado y pasarás tus últimos años en paz.

Luego hizo comparecer al segundo de sus hijos, llamado Vanka.

— Padre — dijo éste. — Yo comí la ciruela que me diste y la mitad de la que diste a madre. Como los carozos no me servían, los tiré.

El mujik torció el gesto.

— Mal hecho, hijo mío; si hubieras seguido el ejemplo de tu hermano, serían dos ciruelos los que habríamos plantado en el huerto, y mayor cosecha habríamos obtenido. Eres imprevisor y glotón, pues le quitaste la mitad de la fruta a tu madre. Corrígete de esos dos efectos, que pueden conducirte por muy mal camino.

Sergio, el tercero, se adelantó, y sin esperar a que el mujik le preguntara, dijo:

— Padre: yo recogí los carozos que tiró Vanka, saqué las almendras que tenían dentro y me las comí. En cuanto a la ciruela, se la vendí a Teodor Ivanovich y me dió por ella tantos kopeks que mañana podré comprar en la feria una docena. Me comeré dos y venderé las diez restantes, y así, poquito a poco, aumentaré mis ahorros.

— Tu modo de proceder no me agrada — dijo el mujik con tristeza; — porque veo que eres egoísta y avaro. Nunca te faltará qué comer, pero, ¡ay del infeliz que llame a tu puerta en demanda de un pedazo de pan! Malo es tirar las cosas y no pensar en el porvenir, como ha hecho Vanka; pero peor es pensar exclusivamente en sí mismo y vender al prójimo por el triple de su valor lo que no nos costó absolutamente nada. Ten cuidado y lucha contra esas dos funestas inclinaciones que agotarán tu corazón... Y tú, hijo mío — añadió el mujik dirigiéndose al menor: — ¿qué hiciste con la ciruela?

Sacha se adelantó, confuso, bajando la cabeza:

— Padre — contestó: — Nikita, el hijo de nuestra pobre vecina está muy enfermo, y para aplacar la sed que la fiebre le produce, le di a comer la ciruela. Si he hecho mal, padre mío, perdóname.

— ¿Perdonarte? — exclamó el mujik con los ojos llenos de lágrimas. — Ven a mis brazos, hijo mío: tú eres el que ha hecho mejor empleo del regalo de la ciruela, porque la caridad es lo más hermoso de la tierra, ¡lo único que consuela y alegra el corazón!...

Soliloquio primaveral

Por

AMALIA BANCHS DE LEDESMA

¡PRIMAVERA! Lástima estar encerrada en estas cuatro paredes del aula, que nunca como hoy me han parecido tan áridas.

Los ojos se me escapan a contemplar el patio, donde el sol se ha instalado entre un aromo envidioso de un rosal abrumado de flores y un jazminero que parece estar diciendo: "¡Ya me verán a mí, dentro de poco!"

Acaban de llegar unos gorriones a picotear las migas de la merienda infantil. ¡Qué banquete! Ahora llegan dos más. Me parece oírlos gorjear; pero debe ser ilusión. Están muy lejos, y, además, se oye demasiado el cántico de los chicos del primero: "Dos más dos, cuatro; cuatro más dos, seis; seis más dos, ocho."

¡Cómo molesta ese grado! Indiscutiblemente, las paredes medianeras de las aulas debieran ser de tres ladrillos.

Los gorriones están ya satisfechos. Han volado hasta una rama alta del aromo. Ahora sí que éste contempla al rosal con orgullo, por su preciosa carga. Sólo el jazminero ha quedado sin adorno, pero no pierde, por eso, sus aires de prepotencia: "¡Ya me verán a mí! ¡Ya me verán!"

....

¡Cómo debe estar el campo! ¿Y los jardines?

¡Pensar que hay quien le hace cargos a la Primavera! Ayer no más escuché una retahila: Que el viento, que las lluvias, que la tierra, que un día con frío y otro con calor. ¡Válgame Dios! ¿Y el despertar de la naturaleza, el maravilloso despertar de la naturaleza? ¡Milagro que los chicos trabajan tan callados!

Hoy Blas se ha venido "a poncho". ¡qué criatura! Hace diez minutos que está delante de la hoja, y apenas si ha resuelto dos cuentas, amén de las miradas oblicuas que dirige a la plana del compañero. Al preguntarle hace unos momentos por qué no había preparado la lectura, se le iluminó la cara, y me contestó, casi con gozo: "El sábado fuí al campo con papá, y volvimos esta mañana."

— Y ¿no podía haberla estudiado en cualquier momento? — le dije.

Se le agrandaron los ojos, y me miró con asombro. Adiviné su pensamiento: "Esta pobre mujer no sabe lo que es el campo... ¡De la escuela iba yo a acordarme!"

Confieso que me avergoncé de la exigencia, y, sin mirarlo, le ordené que se sentara. No faltará un compañero de mal pensar que crea mi indulgencia debida al espléndido ramo de rosas que me ha traído... ¡Qué rosas! Si no fuera por el temor de estropearlas, hundiría en ellas la cabeza y apretaría el remo contra la cara.

¿Por qué no será siempre Primavera? ¡Vaya una ocurrencia! Si fuera así, no me parecería ahora tan hermosa. Esto es bien sabido: lo bello existe por lo que no lo es, lo bueno por lo malo... Es necesario haber asistido al letargo invernal para apreciar esta nueva vida.

¡Qué larga me parece esta hora!... Muchos chicos terminaron ya sus cuentas y están impacientes por el recreo. ¡Al fin! ¡La campana!

Pero ¿qué gritería es esa? ¡Un tintero en el suelo! ¿También la tinta ha sentido deseos de escapar de su prisión?

Disparatario

con que en muy poco tiempo, sin maestro, por sí sola cualquier mujer se puede espirituar de lenguaje, y hacerse enfadosa, como si toda su vida lo hubiera sido, que los propios diablos no la puedan sufrir; y es probado.

Por

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

CULTIGRACIA



A su marido, por el hastío que causa el tal nombre, le llamará "mi *quotidie*, mi siempre"; y a él se le deja su *sempiterna* a salvo para cuando nombre a su mujer.

Si se ofreciere decir que despabilen las velas, dirá: "Suena catarro luciente, excita esplendores, pañizuela de corte".

Cuando llamare a las criadas no diga: hola Gómez, hola Sánchez, sino "*Unda* Gómez, *unda* Sánches": que *unda* y ola son lo propio, y ellas, aunque no lo entienden en latín, lo obedecen en romance, pues lo hunden todo.

Si hubiere de mandar que la compren un capón, que se le asen, o que se le envíen (que es lo más posible), no se le nombre, por excusar la compasión de lo que le acuerda; llámele "desgallo o tiple de pluma".

Para decir caldo sustancial dirá "licor *quiditativo*".

A las rebanadas de pan llamará *planicies*.

Y porque la palabra *gota* es muy facinorosa, y para los oyentes abunda de cosquillas, si se ofreciere decir: Deme una gota de agua, o deme dos gotas de vino, diga: "Denme una *podagra* de agua, o denme dos *podagras* de vino."

Al nudo ciego llamará "nudo *rezante*".

Al queso, "cecina de leche".

Al escudero llamará *manípulo*.

Cuando la preguntaren: ¿Cómo va vuesamerced?—por no responder con nota de agua va y la palabra fregona, al servicio de vuesamerced, dirá: "Estoy a vuesamerced oficiosa y afecta." Y si se quiere encarnar más en el latín, diga: *adjecta*.

La riña llamará *palestra*, al espanto *estupor*, *supinidades* las ignorancias. Estoy *dubia*, dirá: no estoy dudosa. Al arrope llamará "crepúsculo de dulce o abrigue sabroso"; que arrope y abrigue todo es uno, y dígalo en invierno.

Dame vino, no lo dirá; sino, cultivando la embriaguez, dirá "Dame *llegó*", que llegó y vino todo es uno, y no se disfama el gaznate; y una dama pide taberna en buen hábito; que yo conozco búcaros que sirven al tragazo de carátulas de Portugal, con poco temor de los empegados.

Al moño en culto llamará *herencia*, pues queda de las difuntas; y en pluscuamculto dirá: "Traigo el eco del mal rizado, o el enemigo sin di" (pues dimoño es el enemigo, y en quitándole el di, es moño, diablo mudo); y también le llamará el *casi-diablo*; y advierta no resbale, y le llame el cachidiablo de pelo.

A la olla llamará "la madre meridiana"; y para decir: No como olla, dirá: "Estoy *desollada*", y podrá acertar con dos verdades. Al ruido llamará *estrépito*; a la hoguera, *pira*.

Para decir: Yo gusto de beber frío de nieve, dirá: "Bebo con armiño del frío, con requesones de agua, con vidrieras de diciembre, con algodón llovido, con pechugas de nubes"; que poder remudar frasis es limpieza.

Ninguna culterana de todos cuatro vocablos ha de llamar al coche coche, porque no la respondan los regüeldos o los cochinos. Debe decir: "Auriga, pon el pasacalles"; que aunque va a riesgo de una arrebatiña de barberos, es mejor voz apagar de mi prosa.

Si la culta fuere vieja, como suele suceder, para no decir a la criada que la afeita: Macízame de pegotes de solimán estas quijadas y los carcabuezos de las arrugas, dirá: "Jordáname estas navidades cóncavas". Y si hubiere de mandarla que la tiña la greña de canas, la dirá: "Peléame esos siglos cándidos, escuréceme esas albas".

Si llegare a mandar que por falta de dientes la llenen la boca de chitas forasteras, dirá: "Fulana, empiédrame la habla; que tengo la voz sin huesos."

Si fuere moza, aunque tenga una cara bruja, que de puro untada vuele por las chimeneas, no ha de decir que se afeita; dirá: "Vengo bien mentirosa de facciones."

Y para decir que se pone mudas en las manos, dirá: "Yo traigo con calladas los diez embelecos."

A los chapines llamará "posteridades de corcho, adiciones de alcornoque, tara de la persona, ceros de la estatura".

Si se ofreciere decir: No vengo apercibida, dirá: "Vengo inerme"; y encomiéndese a Vegecio.

El burlar llame *frustrar*.

A las dueñas llame *funestas*; y si al epíteto pusieren pleito los cipreses, en tanto que lo juzgan las lentejas, llamaralas *deshombradas*.

En las visitas no dirá: Arrastra esa silla, que es ajusticiarla; dirá: "Aproxima *réquiem*", sin temor de los responsos.

Ingredientes llamará a los entrantes, aunque lo gruñan los boticarios y alquimistas.

No dirá zapatilla de pocos puntos, ni calzo o tengo pie pequeño; dirá: "Tengo pie lacónico, o calzo vizcaíno."

Si se ofreciere pedir: Quisiera aloja y barquillos, antes la buena cultosa reviente de sed que diga barquillos y aloja; dirá: "Traigas vive y rumores de oblea"; y si hubiere suplicaciones, llámelas "preces volubles". Y haga Dios lo que fuere servido, que aloja y vive, para con Dios todo es uno; y así se platica en las casas de posadas.

Es hombre *onusto*, dirá, por no decir pesado.

Al pastel llamará "pícaro de masa".

Para no decir: Vengo mal tocada, dirá: "Vengo mal adjetivada."

Al paje llamará *intonso*.

Está *inmediata*, para decir está cerca.

Por no decir: Estoy al cabo, dirá: "Ya agonizo"; y Dios la oiga.

A las medias llamará *no enteras*

Circundada dirá, no cercada.

Soy poco *fausta*, por soy poco dichosa.

Por no decir: Me acaba, dirá: "Vuesa merced me estrangula"; y es cosa muy lucida.

Mesticia es mejor que tristeza.

Pide el médico el pulso o otra cosa a alguna persona; no se ha de decir: "Tome vuesamerced", ni esta maldita voz se oiga en boca de hembra. Tome, digan ellos; y la cultísima dirá: *Aprehenda*, o *accipia*.

En los pésames ha de encadenarse la palabra *singultos* por sollozos, *atros* por lutos, *sarcófago* por sepultura.

La palabra *sepelido* no se olvide.

Y si el viudo o apesamado consiente, se dirá *manes*, con sus *sidereas sedes*, y su polvillo de *parcas*.

Los *rudimentos* de la mesa se han de llamar los antes, y los postres la *contera* del mascar.

Para decir: Tráeme dos huevos, quita las claras y trae las yemas, dirá: "Tráeme dos globos de la mujer del gallo, quita las no cultas, y adereza el remanente pajizo."

Huevos frescos son "globos instantáneos".

Encomiéndasele mucho, aunque no venga a propósito, estas palabras: *Lenta*, *intestina*, *palumbre*; y, sobre todo: *patíbulo* y *truculento*.

Estoy con fábricas dirá, por no decir cámaras.

Si hablare de predicadores, llámelos "metódicos, provectos, eruditos, facundos, invectivos y hiperbólicos".

Por no decir: Antes es apretado de bolsa que dadivoso, dirá: "Vuesamerced antes es estítico de bolsa que diurético."

Y porque si dura la visita o conversación mucho, suele acabarse a algunas cultas la cultería, y tienen conversación remendada de lego y docto, y se quedan a buenos romances, como a buenas noches, se ha de valer del laberinto de las ocho palabras que nunca se acaban.

LAS OCHO PALABRAS SON ESTAS:

"Si bien, ansí, de buen aire, descrédito, desaseada, cede, aplaudir, anhelar."

Dánseles por aforro y acompañadas las siguientes: "Galante, fino, sazón, emular, lo cierto es, esfuerzos, ejemplo, aunque."

INCIPIT CULTIGRATIA

Hilván perpetuo de dislates, sin salir de las ocho palabras en todas materias, cuando la doña Tal Latiniparla suelta la taravilla, y dice así:

"Aunque ceda el descrédito, es galante la fineza, si aplaudida anhela; si bien emular es desaseo de poca sazón; así más, no deja de ser galante por fino; y lo cierto es así, que no se está de buen aire en el descrédito; así por aplausos de la emulación; así cedida a los esfuerzos desacreditados en lo galante, de mejor aire, si bien desacreditan esforzados así."

Y con volver a lo "Cierto es", que es coyuntura de todos los desatinos, y sembrar la plática de "Ansí es", irá la buena culterana salpicando de necedades por donde quiera que hablare.

Si así lo hiciere, el latín la ayude; y si no, el romance la lleve. — *Amén.*

Los fotógrafos y las fotografías de "EL HOGAR"

No hay enlace, banquete, dancing, ni acontecimiento social de los muchos que se celebran en esta capital, en el que — fatalmente — no se presente algún titulado fotógrafo de EL HOGAR. Éste suele proponer al obsequiado, al organizador de la fiesta o al que supone más interesado, la compra de una docena de las fotografías que va a tomar. En esta proposición, naturalmente, va implícita la seguridad de que EL HOGAR reproducirá en sus páginas un grabado del acontecimiento. Y mediante tal condición, el precio — siempre elevado — no se regatea. El cliente paga y espera. Al cabo de unas semanas se presenta en son de queja a nuestra redacción, donde tiene la desagradable sorpresa de convencerse que ha sido víctima de una vulgar estafa.

A fin de evitar en lo posible la repetición de este abuso, advertimos a nuestros lectores que los fotógrafos de EL HOGAR llevan CARNETS que los acreditan como tales, y cualquiera tiene derecho a exigirles su presentación.

Por otra parte — y esto es lo más importante — EL HOGAR NO COBRA ABSOLUTAMENTE NADA por la publicación de cualquier género de fotografías, ni autoriza a nadie para vender reproducciones ni hacer arreglo alguno por el estilo. En todos los casos la selección y publicación de las fotografías quedan libradas exclusivamente al criterio de la Dirección.

Quien pida dinero o trate de vender fotografías en nuestro nombre, no es fotógrafo de EL HOGAR: es, simplemente, un estafador.

EL HOGAR no exige un solo centavo por la publicación de fotografías o retratos, ya sean para las páginas de actualidades sociales o las tituladas "Nuestro gran mundo", "Las actrices bonitas", y todas las demás.

Vea cómo este buen jabón le ahorra a usted tiempo y dinero.

Usando Jabón EL GAUCHO Ud. sólo empleará la mitad del tiempo que destina a las tareas de lavar y hará la mitad del trabajo acostumbrado porque no es necesario pasarse el tiempo fregando.

La ropa se le gastará menos y quedará encantadoramente limpia y blanca como la nieve. Si Ud. tiene máquina de lavar, le consumirá sólo la mitad de la corriente.

Todas las mujeres necesitan la ayuda inapreciable del Jabón EL GAUCHO. Para la limpieza de la casa en general: pisos, vidrios, patios, cocina, menaje, no hay otro que lo supere por la rapidez, seguridad y perfección con que trabaja.

He ahí cómo este buen jabón ahorra tiempo, energías y dinero. Razón por la cual lo usan muchas mujeres económicas.

Jabón EL GAUCHO

de Swift

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES

No mancha ni deteriora los tejidos, por finos y delicados que ellos sean.





LE SANCY · Nora · Duc · Reims · LE SANCY al Lilas · Kendal · JARDY · LE SANCY al Vetiver

Tanto en las fiestas de destacado relieve social, como en las íntimas, estas Aguas de Colonia y Polvos de tocador proporcionan muchas y halagadoras sensaciones... Y no es, ciertamente, la menos interesante aquella que define, realzándolo, el espíritu de distinción de las damas que en tales circunstancias prefieren tan deliciosas preparaciones.

Perfumeria Dubarry

Se venden en todo el país

PRECIO EN LA CAPITAL: **20** centavos



IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.



PRECIOS: En el Interior: **30** centavos
En el Uruguay: **10** centésimos